

Era así en efecto; los ayunos, las maceraciones y cilicios habian ya debilitado bastante su juicio, y hacia tiempo que imaginaba que veía visiones de ángeles y de diablos.

Las últimas palabras del judío la acabaron de volver loca.

—¡Oh! sí, en el castillo de mi hermano está, prosiguió diciendo sin que Abrahan, que la miraba atónito, tuviese valor para interrumpirla; allí correrá su sangre por mi mano. ¡Oh! ¡sangre! ¡sangre! añadía con un gesto de horror, mirando fijamente su mano derecha. Pero yo soy una segunda Judith.

Y luego cantaba:

 Mi diestra fortalece
 el Dios de Sabaoth,
 de acero impenetrable
 cercó mi corazon.

 Ved, ya he vencido,
 vedlo caer
 yerto á las plantas
 de una mujer.

Chis..... será menester mucho disimulo..... él tiene muchos guardias consigo, proseguia bajando la voz y acercándose al judío. Vamos, sí, vamos.

—Modera, hija mia, tu entusiasmo: tú has dicho muy bien. Es preciso como Judith engañar á los que guardan á ese segundo Olofernes: tú, como hermana del Castellano, tendrás entrada al momento en la fortaleza; allí te retirarás adonde nadie te vea sino yo, y

pasarás orando y ayunando tres días. Entonces el ángel del Señor te avisará.

Mirábale Elvira sin pestañear mientras hablaba, y luego que concluyó bajó la cabeza, y sin hablar ya más palabra echó á andar junto á ellos camino del castillo de Cuellar, en donde ambos frailes entraron aquella tarde.

— ¡Oh! sí, en el castillo de mi hermano...
guio diciendo sin que Atraban, que la miraba alóni-
to, tuviese valor para interrumpirla; allí corría su
sangre por mi mano. ¡Oh! ¡sangre! ¡sangre! añadia
con un gesto de horror, mirando fijamente su mano
detrás. Pero yo soy una segunda Judith.

Y luego cantaba:

Mi diestra sostenía
el Dios de Sabaot.
de acero impenetrable
cortó mi corazón.
Ved, ya he vendido,
vuelto caer
vuelto á las plantas
de una mujer.

— ¡Oh!... será menester mucho disimulo... él tiene
muchos guardias consigo, proseguia diciendo la voz y
acercándose al judío. Vámonos, si venimos.

— ¡Módate, hija mía, tu entusiasmo: tú has dicho
muy bien. Es preciso como Judith engañar á los que
guardan á ese segundo Olofernes: tú, como hermana
del Castellano, tendrás entrada al momento en la for-
aleza; allí te retirará, ahonde nadie te vea sino yo.

Capítulo XXX.

¿Vos, Hernando, en Arjonilla? dijo Peransurez cuando se vieron apartados del ventorrillo, todo lo que hubiera sido menester para no ser de nadie entendidos.

(*El Doncel de D. Enrique el Doliente; de don M. J. de Larra.*)

Volvamos ahora á nuestro Zacarías, que contando su dinero, y aunque no muy satisfecho de Saldaña, alegre con su aventura caminaba á paso de lobo hácia el campamento de los partidarios del nieto de Alfonso el Sábio.

Ocupaba su ejército las llanuras que se estienden camino de Segovia á la derecha de Iscar, en una legua de circunferencia, donde mil diversas banderas flameaban al aire en las tiendas de los capitanes.

Sobre un cerro, cuya superficie plana daba lugar bastante para establecer parte del campamento, y que en medio de aquellos llanos se levantaba como en un sitio de distincion, estaban las tiendas de los jefes

principales, que trajeron gentes de armas y que usaban de enseña propia; y alrededor en las faldas de la colina y en la llanura se veían las de la tropa hasta perderse de vista por un lado y otro á lo lejos.

Por una y otra parte rodeaban el campamento un número proporcionado de centinelas, que en los parajes más elevados podían descubrir con facilidad cualquier objeto á la distancia más larga que puede alcanzar la vista.

A la puerta de las tiendas de los señores había también una guardia compuesta de soldados escogidos entre los que había cada uno traído á aquella guerra consigo.

Era la noche, el campo estaba en silencio, y solo se oía el grito del centinela ó el canto de algun trovador que al rayo de la luna entonaba dulces canciones de amor, ó se animaba con himnos de guerra para la batalla.

La noche estaba serena, y ni una nube siquiera manchaba el terso velo de gasa que la diosa argentada bañaba con su pura luz.

Las tiendas del cerro, á la sombra y en monton, parecían negros fantasmas que se habían refugiado allí huyendo de la claridad que despedía la luna.

Nadie hubiera creído, al contemplar la paz que reinaba en aquellos sitios y la calma de la naturaleza, que al día siguiente inundarían aquel país lagos de sangre, se cubrirían aquellos llanos de muertos, y que era, en fin, aquella tranquila noche, la última que

habian de contar muchos que en aquel momento se prometian quizá grandes triunfos y largos dias de gloriosa vida.

Tal no pensaba empero, el Castellano de Iscar, que deseoso de venir á las manos en un combate decisivo, velaba en su tienda cuidadoso de su honra y meditando por esto los mejores planes que le parecian para poner en derrota á sus enemigos.

Acompañábanle varios jefes, y en medio de la tienda, sobre un tambor, ardia una luz, á cuyo alrededor estaban sentados sobre unos groseros escaños.

Dormian á la puerta, que estaba abierta por el calor, echados acá y allá en el suelo los soldados de guardia, reposando algunos de sus fatigas, y otros boca arriba mirando al cielo y silbando, mientras el centinela lentamente se paseaba.

—Pardiez, exclamó el jóven señor de Toro, que no hemos tenido noticia del judío, ni ha llegado todavía el jefe de nuestros espías. No que uno ni otro me importen mucho, y si los han ahorcado no han hecho mas que morir como debian; pero quisiera que por esta vez no les hubiese sucedido nada.

—El ejército de D. Sancho, decia un capitan viejo al de Iscar, consta de diez y ocho mil hombres, mas bien mas que menos; el nuestro, aunque bastante numeroso, no cuenta arriba de ocho mil soldados agueridos; por lo que mi opinion es que nos fortifiquemos en nuestro campo.

—La mia no, repuso el de Iscar, porque el soldado

se desanima cuando se le encierra, y es menester salir á recibirlos.

Hablaba el de Toro en secreto con otro jóven que tenia al lado, y de repente interrumpió la conversacion de los dos jefes con una carcajada.

—¡Ja! ¡ja! Tendrá que ver el judío si lo ahorcan vestido de fraile: ningun grajo se llega á él, apuesto cualquier cosa; creerán que es un espanta-pájaros.

—Podiais atender á lo que estamos tratando, dijo el viejo, y no estar pensando ahora en vuestro judío, que mal demonio le lleve.

—¡Ja! ¡ja! Si lo hubierais visto vestido de fraile como yo, juro á Dios que os habria hecho reir como á mí. Por lo demas, yo no me cuido de vuestra formalidad ni de lo que hablais, y quiero vivir alegremente hasta que llegue mi hora.

II.

La llegada de Zacarías, que entró en este momento en la tienda, cortó la conversacion con un *Deo gracias* que hizo volver la cabeza á todos.

—¡Ja! ¡ja! Ya está aquí nuestro beato, dijo el de Toro. *Benitum in Domino nomine*, ó que se yo como se dice. ¡Hola! costal de oraciones, buena alhaja, ya te habia yo creído en el cielo, ó por lo menos en actitud de volar hácia él colgado por ahí de un árbol.

—Dios ha sido servido de mirar por su siervo, respondió Zacarías.

—¿Qué traes de nuevo? preguntó el de Iscar. Las tropas de D. Sancho están ya en marcha sin duda.

—Mañana, siendo Dios servido, replicó el hipócrita, tendreis el gusto de verlas al amanecer.

—Tanto mejor, gritaron todos menos el viejo.

—¿Y dime, preguntó el de Toro, has hallado en tu camino dos frailes franciscos que salieron de aquí esta mañana?

—El señor no me ha hecho la gracia de hallar á sus santos ministros en mi camino. Permitidme, prosiguió Zacarías dirigiéndose al de Iscar, que os haga en particular una comunicacion de suma importancia, y que solo debe ser oida de vos.

—Nos retiraremos, dijo el veterano capitan haciendo intencion de ponerse en pié.

—No hay para qué, respondió D. Hernando; salgamos afuera, buen hombre, y me dirás lo que quieras.

Diciendo así se levantó de su asiento, y embrazando la espada salió de la tienda acompañado del villano Zacarías, que ejercia el mismo oficio en los dos ejércitos enemigos. A pesar de la oposicion que el noble don Hernando habia manifestado á que el Velludo con su partida auxiliase la revolucion, supo el astuto judío manejarse de tal manera que logró componer todo sin digustarle, conviniéndose con los otros jefes, quienes los incorporaron entre sus tropas sin darle á él cuenta.

Conocia apenas el de Iscar á Zacarías, habiéndole visto antes solo dos veces sin haber casi reparado en él, por lo que lejos de mirarle con odio le tenia por un

mentecato fanático, que cuando mas, merecia su desprecio, que en alto grado le dispensaba.

Salieron, pues, solos al campo, marchando el de Iscar delante y á pocos pasos siguiéndole Zacarías, hasta que llegaron á un sitio apartado de lo vigías, y en donde nadie podia oir su conversacion.

—Bien estamos aquí, dijo; habla.

—Loada sea la Providencia divina, exclamó Zacarías, que va á poner á vuestra disposicion el trono de Castilla.

—¿Qué dices? repuso asombrado el de Iscar: ¿es cierto? despáchate: habla.

—El cielo protege por último la buena causa, y os entrega al tirano para que hagais de él á vuestra voluntad. *Utrum rex regum*, etc.

—Demonio, di, y no andes con mas preámbulos.

—Grande es el poder de Dios, que derriba el de los reyes. Ayer tarde cuando fui á espiar las intenciones del enemigo fui apresado, y fué la voluntad del Señor que me llevaran á la presencia del rey. Yo soy hombre veraz, y no diria una mentira por quanto Dios crió.

—Adelante; al grano, y no me impacientes.

—Es, pues, el caso, *fama erat*, que el rey me preguntó donde estábais vos, y tuvo el benéfico pensamiento de hacerme ahorcar, por lo que le prometí quanto me quiso si perdonaba. Pero ya sabeis vos *quod est dictum non est scriptum*.

—Yo no se latín, respondió D. Hernando con im-

paciencia, y si no me hablas claro te arranco la lengua; prosigue.

—Pues señor, el rey me ofreció montes de oro si, como él decia, le entregaba yo al jefe de los rebeldes, en lo que convine.

—¡Cómo, pícaro!

—Aguardad, señor; no fué mas que una promesa, como antes dije en latín. Para esto quedamos en que él enviaria alguna gente á un paraje donde yo os llevaria, en lo que convino al momento, y me repitió sus ofertas; pero yo que, como todo el mundo sabe, quiero mas mi virtud que cuantas...

—Adelante.

—Pues sí señor, aparenté convenir, aunque le puse algunas dificultades, y solo pensé en servir la santa causa que Dios me manda que sirva. Buen latín os perdeis por no dejarme hablar en otra lengua que la mia. Díjele que yo os amaba sobremanera, en lo que no mentí, y que aunque estaba dispuesto á entregaros, temia no obstante por vuestra vida, y que si él no me daba una seguridad de que nada os sucederia, estaba determinado á perecer primero que cometer tal infamia, que Dios no permita. Entonces me aseguró daria orden al jefe de la emboscada para que os respetase como á su misma persona; pero habiendo yo insistido en mi duda, quedó pensativo un momento y dijo: *Está bien: quiere decir que yo mismo empezaré y acabaré la guerra en un dia*; y me prometió venir en persona. Sali de allí, despues de concertar con él el sitio y la hora

de vuestra entrega. Escondíme, observé los pasos de todos, y si teneis el ánimo que en tantas ocasiones habeis probado, esta noche en cambio voy á entregaros el rey. Está en un pueblo aquí cerca sin guardias apenas, habiéndose adelantado del ejército, y la emboscada está puesta no lejos de allí: esta noche despues de media noche están creidos que habeis de ir conmigo: si no os atreveis, capitanes hay en vuestro ejército que aceptarán con gusto...

—Villano, interrumpió el de Iscar, ¿osas tú decirme que si no me atrevo?

Quedó pensativo un rato y dijo:

—¿Qué seguridad me das tú de que es cierto lo que dices?

—Mi juramento...

—No basta; pero no importa, tu vida me respoderá; vendrás conmigo.

—Pensad que Dios os entrega un rey, y...

—¿Qué gente piensas que lleve?

—Poca y buena, respondió Zacarías, Dios ha descubierto las maquinaciones de los impíos, y...

—Está bien; sígueme.

Dicho esto echaron á andar, y habiendo vuelto á la tienda llamó á Nuño, que estaba mandando la guardia, y le dijo lo que pensaba.

—Habrà bastante con cincuenta hombres, repuso Nuño, y llevaremos atado al guia. Ya os he dicho mil veces que no debeis fiaros tanto de vuestro valor, porque, como decia vuestro padre...

—Mi padre decia muy bien, pero lo que ahora importa es que nos despachemos, que no faltan mas que dos horas.

Y el buen Nuño se apartó, y tomando la gente que le parecia más granada, volvió adonde estaba ya su amo á caballo aguardándole lleno de orgullo y contento, pensando nada ménos sino que iba á hacer prisionero al rey.

—Buen hombre, le dijo Nuño al espía, ven aquí junto á mi caballo: al menor movimiento que hagas que me descubra tu traicion, mueres.

—Yo solo confio en el Señor Todopoderoso, Padre nuestro, etc.; y echó á andar al parecer con serenidad, procurando todos no meter ruido, y saliendo sin alarma ni dar nada que sospechar.

Capítulo XXXI.

El ominoso Marte, que preside
á la sangrienta lid con ceño airado,
la frente de laureles va ciñendo
al que vuela sañudo
los campos de cadáveres cubriendo.
Impune yere el bárbaro asesino
y tranquilo se goza en sangre humana
retiñendo el puñal de muertes lleno,
y asesinando vive
alumbrándole el sol que alumbra al bueno.
(A la muerte de una niña.—D. J. B. Alonso.)

I.

Al arma, al arma, resonaba el campo de los partidarios al romper el día, y al espantoso estrépito de sus instrumentos guerreros correspondían con no menos estruendo los de un numeroso ejército, que marchando hacía ellos como á tres tiros de flecha se descubría.

Pero bien pronto hizo alto, y varios cuerpos de caballería, armada ligeramente, salieron de entrambas alas á camppear, mientras los contrarios del rey se presentaron en batalla con bastante serenidad é imponen-

te aspecto, poniendo en las primeras filas á sus flecheros, que armados los arcos y colocados los cuerpos en actitud de tirar, solo aguardaban á que el enemigo se acercase para llenar el aire de un diluvio de flechas.

A pesar de esta aparente firmeza, la falta de Hernando de Iscar, á quien no habia visto nadie desde su expedicion de la noche antes, daba mucho cuidado á sus amigos, y habia introducido cierto temor y desconfianza en la tropa.

Los veteranos de Iscar no hacian sino preguntar por su jefe, y echando de menos entre ellos á algunos de sus compañeros de armas que habian marchado con él, no se atrevian á pensar si sería algun estratagema de D. Hernando, ó si le habria acaecido algo desagradable, inclinándose generalmente todos á lo peor.

Pero quien sobre todos estaba inquieto era el cantor, que ido uno tras otro preguntando á cuantos habia encontrado por su señor, y que ahora montado en su buen caballo acupaba su puesto gallardamente entre las pocas lanzas que componian la fuerza casi total de la guarnicion de Iscar.

La distancia á que se hallaban unos de otros no permitia reconocer los jefes contrarios, puesto que un guerrero del ejército del rey que galopaba entre las filas, y que á lo lejos parecia un fantasma negro, medio polvo y medio aire, cualquiera habria creído que era Sancho Saldaña.

—Dónde diablos iría anoche el señor de Iscar, decia el viejo capitan en un corro en que algunos jefes se ha-

bian reunido, frunciendo las cejas y al parecer no muy satisfecho.

—No hay miedo, repuso antes que ninguno el de Toro, que si se fué con Zacarías no se lo llevará el diablo.

—Antes creo yo, dijo otro, que Zacarías y el diablo son una misma persona.

—Pues sentiria que lo hubiesen matado, dijo el viejo retorciéndose con mucho despacio el bigote entrecano, cuyas puntas caídas le rodeaban la barba.

—Pues si ha muerto, dijo el de Toro, como ha de ser. Al que se muere lo entierran, ó se lo comen los cuervos.

—¡A las armas, señores, que ya se empiezan á cruzar flechas!

—El que caiga que aguante, dijo el aturdido de Toro; hasta la vista.

II.

En efecto, habian avanzado ya ambos ejércitos, á ménos de tiro de flecha, despues de algunas escaramuzas entre los campeadores, que fueron reñidas con bastante igualdad, sin que la victoria quedase por ningun lado.

Fué tanta la multitud de saetas que se arrojaron, que puede decirse sin mentir con cierto poeta antiguo

que el sol en aquel día
la batalla miró por celosía,

puesto que muchas se deshicieron encontrándose unas con otras en su carrera.

Algunos soldados y varios caballos cayeron víctimas de este primer ensayo.

Duró este simultáneo flecheo cerca de media hora.

Sancho Saldaña, que era en efecto el caballero de la negra armadura, se retiró á una altura, desde donde veía la batalla pacíficamente á caballo, y reposando sobre su lanza un guerrero de ojos de águila, cuyo casco ceñido de puntas de acerado hierro, y cuya rizada melena que por sus armados hombros se desprendía, daban á conocer al rey.

Estaba rodeado de algunos otros caballeros que ya conoce el lector, y en su rostro brillaba cierta marcial alegría con cierta mezcla de ferocidad, que realzaba la fisonomía enérgica de su semblante.

Saldaña parecía también ménos tétrico, y su buen paje el atildado Jimeno, no ignoraba el por qué.

Un hombre alto y seco que llevaba atado á la cabeza un lienzo blanco, teñido sin duda en su propia sangre, muy devoto de ojos y con palabras melosas, corría detras de ellos rogando, á lo que parecía, le diesen algun dinero siquiera para curarse la herida que en su servicio habia recibido.

Algunos cuerpos de caballería que se divisaban confusamente á lo lejos acá y allá por el campo: tales eran los grupos parciales que por aquel lado se distinguían aparte del gran cuadro que el total del ejército presentaba.

La misma perspectiva poco más ó ménos ofrecia el de los partidarios, solo que al extremo del ala derecha, que apoyaba en un enmarañado bosque de pinos, se veia una porcion de tropa suelta, independiente al parecer del ejército, y que en número de doscientos á trescientos hombres obedecian al Velludo.

Llevaba éste su gente en dispersion, habiéndoles mandado ocultarse como mejor pudieran, con intencion de flanquear el ejército de D. Sancho, y caer sobre él de repente, para lo cual habia ya combinado su marcha con los movimientos de la fuerza principal.

Deslizábanse sus soldados escondidos entre los árboles, rodeando el bosque con intento de colocarse en posicion de acometer al enemigo ventajosamente, y el Velludo, acompañado del catalan y del veterano Tinieblas, marchaba en acecho observando las maniobras de ambos ejércitos.

—Por la Virgen de Covadonga, mil diablos me lleven si sé yo lo que hace Zacarías ahora hablando con Sancho Saldaña.

—Voto á Deu, respondió el catalan, que non es pas bueno repicá y aná en la procesion, y ahora que nos van rompiendo el cap, puede Mosen Zacarías estar acá.

—Mucho me engaño, replicó el Velludo, si ese pícaro hipócrita que Dios confunda, no nos ha vendido y ha entregado en poder de Sancho Saldaña al señor de Iscar. Lo cierto es, que anoche fueron juntos á una

expedicion, segun se dijo, de mucho riesgo, y él está allí y D. Hernando no ha parecido.

—¡Cómo! respondió Tinieblas con su gravedad acostumbrada: un hombre tan santo como Zacarías, y que ha vivido tanto tiempo con gente como nosotros, es imposible que haya cometido semejante infamia. El de Iscar habrá sido herido ó muerto en la refriega, y él tal vez esté prisionero.

—Miren, miren, exclamó el catalan, que tins un chirlo sin duda.

—Así es, respondió Tinieblas, que lleva un pañuelo en la cabeza todo empapado en sangre.

—A pesar de eso, dijo el Velludo meneando la cabeza, me atrevo á jurar que nos ha vendido como á un mal caballo por cualquier cosa. Pero, hola, las trompetas tocan ya la carga: ved, aquel es el rey; el de Lara y Saldaña van á su lado; tambien va allí otro rehecho y pequeño con un hacha de armas como la mia. Tambien los nuestros van bien; el de Toro, que está siempre riéndose; ¿pero quién es aquel muchacho que se adelanta de todos y parece que quiere él solo decidir la batalla? Juro á Dios que creo que es Usdrobal. El es, él es, que se ha pasado sin duda á los nuestros. ¡Hola! allí va el vetereno Gutierrez, el capitan de los aventureros de Saldaña, con el bigote goteándole vino. ¡Ea! ya desaparecieron entre el polvo que levantan los caballos en la carrera. A ellos, á ellos, valientes caballeros, buen ánimo. Catalan, reune tú esos muchachos, que ya es tiempo: á ellos.

Y diciendo así reunió su gente y echaron á andar á pasos precipitados, deseosos sobremanera de llegar á las manos con sus enemigos.

III.

Era la caballería del rey más numerosa y mejor, por lo que tuvieron la ventaja en este primer encuentro, y los partidarios de Lacerda perdieron terreno, aunque no por eso los buenos caballeros que allí venían, perdieron su buena fama.

Antes bien, revolviendo los caballos con nueva furia, embistieron en los reales con tanto brio, que los obligaron á ceder á su vez, y en una y otra acometida rodaron por el suelo muchos caballos con sus ginetes, y el campo se llenó de armas, muertos y heridos de ambas partes.

Confundíanse todos en aquella espesa revuelta, y entre el polvo, el estruendo de las armas, los gritos de los heridos, la vocería animosa de los combatientes, hubo algunos minutos de tal confusion, estrépito y polverío, que no podían verse ni oirse.

El calor y la fatiga suspendieron por último la batalla, y como de comun consentimiento los contrarios escuadrones quedaron fijos en sus puestos por algun tiempo mientras tomaban aliento.

Entonces fué cuando se vió el hacha de armas del rey bañada en sangre hasta el mango, Sancho Saldaña

hollando cadáveres con solo un pedazo de lanza en la mano, y el de Lara y Salcedo con toda su armadura apoyada.

Andaba el de Toro y los otros jefes de los revoltosos, no ménos encarnizados, repartiendo golpes á diestro y siniestro, y derribando un enemigo en cada embestida.

El viejo capitan consejero del de Iscar habia probado aquel dia, que aunque tan prudente en el consejo, no era ménos resuelto en el campo; pero el sobre todos intrépido era el guerrero que el Velludo habia creído Usdrobal, y que despues de muchas hazañas dignas de eterna memoria habia peleado y derribado cuerpo á cuerpo, habiéndole muerto el caballo, al lindo paje de Saldaña, que cayó sin sentido en tierra.

La primer intencion del desconocido, cuando vió á su enemigo en el suelo, fué apearse de su caballo y clavarle en el pecho la *daga de misericordia* que llevaba al cinto, y de que echó mano, pero se le interpusieron tantos contrarios en un momento, que harto hizo con defenderse.

Entonces, viéndose rodeado por todas partes, tiró la lanza y empuñó la espada, y metiendo espuelas á su troton al mismo tiempo, rompió, como una nave la ola que la embiste, por medio de todos, barrenando el pecho á uno de paso y llevándole á otro las riendas del caballo de una cuchillada.

—Por vida de..... que nos hace falta Hernando de Iscar, decia el veterano.

—Buen ánimo, muchachos; no hay que retroceder, gritaba el de Toro.

Pero en este momento una espantosa gritería se levantó á espaldas del ejército del rey, y como un rio que sale de madre se desbandaron á un lado y otro las tropas, empujándose, atropellándose y esparciéndose precipitadamente y en monton por el campo, embestidos y apretados por retaguardia.

El grito de *á ellos, que huyen*, resonó á un tiempo por todas partes en el ejército de los Lacerdas, y como una bandada de langostas se arrojaron en desórden sobre el enemigo.

En vano el rey, Sancho Saldaña, Lara y los otros capitanes trataron de reanimar el espíritu de su gente y rehacerlos: en vano en medio del enemigo daban el ejemplo combatiendo como valientes; sus gritos y exhortaciones se perdian entre las voces que acá, allá y en todas partes sonaban de *somos perdidos, que nos cortan*, y otras de tanto desánimo y cobardía.

Todos huían; atropellábanse unos á otros; el terror habia penetrado en el corazon de los más intrépidos; muchos maltrataban á sus amigos porque intentaban detenerlos; el trastorno y el miedo habian llegado á su colmo, y cargados á un tiempo de frente y por la espalda, donde el Velludo habia primero introducido el desórden, hallábanse á donde quiera que revolvian con las afiladas espadas de sus enemigos.

IV.

La angustia de la estrechez, la desesperacion de la fuga sucedió en un instante á la arrogancia y la osadía del valor, y en tan horrible conflicto, sin atender nadie á las órdenes de su capitan, cada uno procuraba salvarse como podia, sin curarse ya de la honra con tal de guardar la vida.

Corria furioso el rey acompañado de Salcedo y Lara, la espada en alto haciendo rostro á los suyos y á sus contrarios, y á unos y á otros maltratando y matando cuanto encontraban.

—A ellos, gritaba el de Toro, que por aquella parte capitaneaba, viendo á su gente que retrocedían aterrados de los tremendos golpes de los tres guerreros que habian logrado mantener todavía algunos pocos en órden.

—Voto á Santiago, cobardes, que huís de un hombre solo como si vuestras espadas fuesen de lana; dejadme solo, que por el sol que le he de quitar la gana de comer antes que él nos quite la honra. ¡Caterva de villanos, fuera! Amigo mio, le dijo al guerrero desconocido, sigueme.

Y diciendo y haciendo, sin mirar si le seguian ó no, se afirmó en los estribos, inclinó el cuerpo, enristró la lanza y salió á escape á encontrar con el rey, que no ménos animoso partió el camino y se apresuró á recibirle.

Acometiéronse con igual impetuosidad, y las lanzas se hicieron mil astillas en el encuentro. Pero echando el rey mano á la espada en aquel momento, sin volver su caballo para tomar carrera, ni cubrirse con el escudo, la rodeó con ambas manos por la cabeza, y dirigiéndola sobre el yelmo de su contrario, que aún estaba aturdido del primer encuentro, la descargó con tanta furia y en tan buen punto, que el casco y la cabeza cayeron divididos á un lado y otro, saltando acero, plumas, sesos y sangre á más de una vara de distancia, y cayendo en seguida el mutilado tronco del desventurado de Toro sobre la arena.

Apareció entonces el Velludo pié á tierra con su formidable hacha de armas chorreando sangre, al frente de su escasa tropa de foragidos, que habian puesto en tanto desórden aquel ejército.

Habia atravesado para llegar hasta allí por entre miles de lanzas y espadas, combatiendo sin descansar, hiriendo y matando, y llevando el terror y la muerte por donde quiera, hasta el punto de haber casi dado la victoria á los de su partido.

Venia el catalan á su lado, con los ojos encarnizados y el gorro de cuero calado hasta las cejas, manejando su espadon y echando un voto á Deu á cada golpe que descargaba.

Pero una desmandada saeta que acertó á venir silbando, disparada de alguna cobarde mano, puso término á su vida atravesándole la garganta de parte á parte, de modo que apenas pudo acabar de decir su

acostumbrado juramento, cortándole la palabra al mismo tiempo que le derribó en el suelo sin movimiento; hallábanse ya en demasiado apuro, no obstante, el rey y los pocos que le seguían á despecho de su valor, y la batalla se había decidido en favor de los partidarios.

Solo ellos peleaban, mientras los demás huían ó perecían al filo de la espada enemiga; el desorden crecía en aquellos á la par que el valor en estos, y era mas que probable que Sancho el Bravo y sus caballeros cediese al fin al número de los que sin darles un instante para respirar los acometían, acosaban y perseguían.

Capítulo XXII.

Ya vencedor, ya vencido,
se ve cada cual á instantes,

.....
Con mas enojo acometen
y con brazo mas pujante,
espumarajos vertiendo
silenciosos y tenaces.

I.

Era Sancho Saldaña demasiado buen capitán para no haber dejado algunos cuerpos de reserva con que volver al combate en caso de una derrota, por lo que metiendo espuelas á su caballo, y desesperado de rehacer aquellos cobardes, trató solo de renovar el combate con nuevas fuerzas.

Luego que llegó á la izquierda del camino que va desde Segovia á Cuellar, donde habia dejado unos dos mil caballos, mandóles que le siguiesen, se puso al frente de aquellas tropas, y á todo galope volvió al sitio de la pelea. Estaba ya el ejército rebelde tan confiado en su triunfo, que sin cuidar de otra cosa que de

perseguir á los fugitivos, se hallaban desbandados y sin orden, impelidos del ardor que hacia que cada uno obrase aisladamente, y guiado solo de su valentía.

Los pocos parciales combates que acá y allá sostenian con los mas bravos que preferian la muerte á la fuga no hacian sino aumentar el desorden, acudiendo cada uno á donde su propio instinto le llevaba creyéndose mas necesario.

Veíanse algunos grupos arremolinados peleando aquí y allí, buia acullá un caballero seguido de dos ó más que le iban á los alcances, corrian á rienda suelta en monton muchos otros vencidos y vencedores confusamente, y algunos heridos y caidos luchaban todavía en el suelo unos contra otros, á la par que con las agonías de la muerte.

Tal era la situacion de ambos ejércitos cuando llegó Saldaña.

Venia delante de las tropas que conducia, gritando con voz de trueno á los fugitivos que se detuviesen, y procurando asimismo que se formasen á retaguardia.

El primero que ordenó su tropa fué el veterano Martin Gutierrez, que dió aquel dia repetidas pruebas de ser tan valiente en la guerra como fanfarron era en la paz, y que habia logrado mas de una vez contener el ímpetu del enemigo.

Un clamor general de alegría en los unos y de sorpresa en los otros fué la señal de la llegada de aquel

inesperado socorro, y las trompetas de los rebeldes empezaron á tocar llamada.

II.

Estaba Hernando de Iscar prisionero desde la noche anterior en el campamento de D. Sancho con su buen Nuño, que asimismo habia caido en la red que habia tendido á Hernando el hipócrita Zacarías.

Persuadido que iba á decidir la suerte de la guerra si el rey caía en su poder, habia formado el señor de Iscar cuantas medidas de seguridad creyó necesarias para el logro de su empresa; pero guiado en todas ellas por Zacarías, tuvo éste buen cuidado de que todas fuesen inútiles.

El orgullo de ser él solo quien acabase con tan acertado golpe una guerra cuyo término parecía tan dudoso, deslumbró al intrépido Hernando, que cayendo con sus cuarenta ginetes en una emboscadura, dispuesta ya de antemano, se halló rodeado de pronto por mas de trescientos hombres, quienes despues de un muy reñido y obstinado combate se apoderaron de su persona.

En vano fué allí el valor y aun la temeridad, porque ahogados por el número de sus contrarios nada pudieron hacer sino morir matando, habiendo quedado tendidos noblemente en el campo casi todos los veteranos de Iscar, Hernando herido malamente en el brazo

derecho de una estocada, y Nuño, que habiendo perdido el caballo cayó en tierra y al punto fué apisionado.

Tuvo el buen viejo no obstante la fortuna de abrirle á Zacarías la cabeza al momento que fueron acometidos, aunque el hipócrita evitó en parte el golpe derribándose en el suelo en el mismo instante, por lo que llevaba sin duda liado el lienzo blanco de que hemos hecho mencion.

En resolucion, Jimeno, que mandaba aquella emboscada, no dejó nada que desear á su amo, habiendo apisionado al de Iscar, que era el blanco de sus deseos, puesto que le costó perder treinta ginetes de los mejores.

Hablábanse amo y criado, prisioneros ahora en una torre perteneciente al señor de Cuellar que á un cuarto de legua del sitio de la pelea, sobre una albara, se descubria, y habian visto con el ánsia y la inquietud que fácilmente puede imaginarse los sucesos de la batalla. Hubieran deseado tener alas para volar al combate, y no pudiendo hacerlo daban voces y órdenes desde alli como si pudieran los de su partido oirlas y obedecerlas.

Desesperábase Hernando al verse encerrado, y mas de una vez habia tratado de arrancar la reja para arrojarse; pero los hierros eran demasiado fuertes y estaban muy asegurados para ceder á las fuerzas de un hombre, y no tenia otro recurso que sufrir pateando el suelo, apretando los puños y rompiendo á cada ins-

tante el vendaje que le cubria la herida, á pesar de los respetuosos esfuerzos de su fiel Nuño, que en vano trataba de sosegarle. No estaba éste menos descontento que su amo; pero su sangre, mas fria ya por los años, le hacia mirar todo aquello como un acontecimiento natural en la guerra, por lo que llevaba su encierro con mas paciencia.

—En el año de 1248, decia, cuando caí yo cautivo en la batalla de...

—Por Dios, Nuño, que os dejeis ahora de cuentos: estamos aquí mordiendo la cadena como unos perros, y me venís ahora á contar historias.

—Iba á deciros, repuso Nuño con calma, que aquel dia me sucedió poco mas ó menos lo que nos sucede ahora, que estuve mirando desde lejos la zarracina, como el hortelano que desde la ventana de su casa ve á los chios que le roban la fruta del huerto, y se tiene que contentar con dar voces para espantarlos. Bien lo sabia vuestro padre que...

—Por vida mia, exclamó el de Iscar, que agarrado fuertemente á la reja no atendia ya á lo que le hablaban su servidor, por vida mia que la victoria es nuestra, y que los enemigos van de vencida. ¡Allí está el rey! Buen golpe le ha tirado al de Toro; me parece que él es el caido. No importa; ¡buen ánimo! ¡valerosos caballeros! ¡já él! Ya huyen; si yo estuviera allí... ¡vive Dios! Los pocos que siguen al rey son los únicos que resisten. Venga una lanza. ¡Cobardes! Diciendo así asió de Nuño con la mano izquierda con tanta fuer-

za, que se lo trajo sin mirarle medio arrastando á la reja, é interrumpió su discurso, que llevaba trazas de no acabar en un año.

—¡Qué mas quisiera yo, señor, dijo á su amo, que poderos dar esa lanza que me pedís! Pero no hagais esas fuerzas, porque vais á lastimaros la herida.

—Valientes caballeros, prosiguió Hernando sin oírle: ¡á ellos! ¡la victoria es nuestra! ¡Que no estuviera yo allí! Acordaos de la gloria que nos espera.

—Decís bien, dijo Nuño asomándose á ver lo que sucedia; el rey va á caer prisionero: allí le veo rodeado de diez ó doce; pero es preciso confesar que pelea como un segundo Perez de Vargas. ¿Pero qué polvareda es esa?...

—¡El rey ha caído! exclamó el de Iscar: no, no ha sido él, ha sido otro; apenas se ve. ¡Por la Virgen! ¡Mil diablos!

—Sí, todo eso es verdad; pero mirad por aquí á nuestra derecha la tropa que les va de refresco, que van como alma que lleva el diablo, y me acuerdo que el año...

—¡Maldicion! gritó el de Iscar volviendo la vista hácia donde Nuño le señalaba. ¡Somos perdidos si aquellos villanos huyen! Es algun cuerpo de reserva que tenían preparado. ¡Y yo estoy aquí! Muerte y condenacion! Los van á acometer, y en el desórden en que están los nuestros van á hacerlos pedazos. Si yo pudiera ir á avisarlos, si me oyeran... ¡pero qué! estas malditas murallas sofocan mi voz, y no la oiría un

hombre que estuviese ahí abajo. No hay remedio: somos perdidos.

Diciendo así echó á andar por el cuarto á pasos precipitados, la cabeza baja, los ojos ensangrentados, y contraído el semblante como si estuviera loco, dando de tiempo en tiempo una vigorosa patada al pasar en la robusta puerta de encina tachonada de clavos, que con cien candados los encerraba, bajó asimismo Nuño los ojos, y quedó pensativo un rato.

—¿Los ves? ¿los ves? gritó Hernando volviendo de nuevo á la reja; ya están envueltos; las tropas del rey se rehacen. ¡Caballeros, si teneis en nada la honra, pelead por la vida al menos! ¡Malsines! ¡Canalla! ¡Ya se trocó la suerte, y son los nuestros los derrotados! Voto vá... ¡Firmes! Ya vuelven. ¡Valientes capitanes! ¡buen Aguilar! ¡animoso Vargas! vosotros sois la nata de la caballería: primero morir que volver la cara; pero ya retroceden, no pueden resistir el ímpetu de aquellos tres caballeros que siguen al mal hijo de don Alfonso. Caigale la maldicion de Dios. Daría lo que me resta de vida por medirme con ellos. Los nuestros caen, todos huyen, y allá van todos envueltos y confundidos.

—¡Cómo ha de ser! respondió Nuño; mañana será otro día: hemos perdido la batalla.

—Y yo mi honra, mi hermana y mi causa, añadió Hernando levantando los ojos al cielo desesperado.

Y yéndose á otro lado de la habitacion mandó callar

á Nuño, que era sin duda la persona ménos á propósito para consolarle entre cuantas su mala suerte podía haber asociado con él.

III.

En esto los últimos rayos del día se escondieron en Occidente, y la luna con su pacífica luz empezó á subir por el horizonte.

Pero la escena que iluminaba esta noche estaba muy lejos de parecerse á la que la noche anterior presentaban aquellos campos.

Corria cierto airecillo frio que mecía á lo léjos en la oscuridad algunos girones de banderas rotas, varias esparcidas plumas, y el eco repetía los lamentos de los moribundos, que confundidos entre los muertos se arrastraban con penosa agonía.

Las tiendas de los jefes estaban caidas, muchos de ellos muertos, las orgullosas enseñas de su nobleza rasgadas, y desfigurados sus blasones.

Veíanse caballos amontonados sobre caballos, hombres sobre hombres; y al pálido resplandor de la luna, algunos cuajada la sangre en el rostro, la boca entreabierta y los ojos desencajados, parecían las imágenes que suelen rodear el lecho del moribundo en el delirio de su última hora.

Todo era luto y desolacion allí, donde poco antes todo habia sido movimiento y vida.



La algarazara de la batalla habia cesado enteramente, y el silencio y el horror de la muerte reinaban en aquellas ensangrentadas llanuras: ni aun se oían los cánticos del vencedor, y solo allá á mucha distancia se descubrian algunas hogueras y sombras que se cruzaban, y el brillo tal vez de alguna arma, ó de tal cual exhalacion que al punto desaparecia.

Capítulo XXXIII.

Y en ciego desvario;
lánzase á la virtud, lánzase al crimen.

(De D. Ventura de la Vega.)

I.

Algunos dias despues de esta reñida batalla volvió Sancho el Bravo á descansar en Cuellar de las fatigas de la guerra, habiendo puesto guarniciones en algunos castillos de los señores que habian tomado parte en la rebelion, demolido otros, y reducido á la obediencia aquella parte de Castilla que primero habia tomado las armas.

Solo el Velludo, que en la derrota de aquel dia, fatal para los conjurados, habia logrado salvarse, andaba aún por aquellos contornos con su partida, burlando la vigilancia de las tropas reales, y algunas veces molestándolas y causándoles descabros que, aunque de poca consecuencia, obligaban á tener todavía mucha gente ocupada en su persecucion.

Seguia prisionero Hernando aguardando la muerte con resignacion, no dudando que, así como los otros señores que habian caído bajo el poder del rey, seria declarado traidor y acabaria su vida en un cadalso para escarmiento de los que en adelante intentasen seguir su ejemplo.

Su conciencia, no obstante, estaba tranquila, y el nombre de traidor en aquella ocasion le parecia que iba á añadir nuevos timbres á los adquiridos honrosamente por sus abuelos.

Solo le molestaba y entristecia el pensamiento de la suerte que quizá esperaba á su desvalida Leonor, si ya no era tanta su desgracia que se hallase deshonrada y envilecida.

Pero la persona más digna de compasion entre los habitantes de la fortaleza de Cuellar, era Elvira, que aconsejada del judío únicamente, y encerrada en su habitacion, sin ver otro hombre que él, habia perdido el juicio, de modo que solo y para mayor desventura lo recobraba á intervalos, luchando entonces entre el fanático y cruel deber que se habia impuesto á si misma, y los sentimientos dulces y generosos de su corazon, creyéndolos al mismo tiempo un delito, y no saliendo de este terrible combate sino para volverse loca y delirar lastimosamente.

El implacable judío, sin pensar en más que en el buen resultado que la muerte de Sancho el Bravo debia producir en favor de D. Alfonso Lacerda, habia agotado todos los recursos de su elocuencia bíblica, y

empleado todo su ingenio para encontrar sofismas con que persuadirla á cometer un asesinato.

La cabeza volcánica de Elvira estaba asaz dispuesta á recibir las impresiones que el supuesto fraile intentaba grabar en ella; y si el aventurado golpe de matar al rey no se habia verificado ya, habia sido porque la tarde en que los dos judíos y ella entraron en el castillo, fué la misma en que el rey y sus tropas juntamente habian emprendido su marcha contra los rebeldes.

Su vuelta ahora al castillo iba á proporcionar nueva ocasion al judío para realizar sus proyectos.

Cualquiera otro no obstante que se hubiera hallado en su lugar habria tratado ya de fugarse abandonando todo al ver perdido tan completamente su causa; pero el judío era harto tenaz y tenia demasiada confianza en sí mismo para ceder al primer golpe contrario de la fortuna, determinado una vez á desafiarla y vencerla, fortaleciéndose tanto más su valor cuanto mayores dificultades hallaba.

Habia entrado en el fuerte valido de su hábito franciscano, despues de haber pedido permiso á Saldaña para permanecer en él por algun tiempo, así como el otro religioso, su compañero, de quien supuso que estaba enfermo.

El supersticioso Saldaña titubeó un momento en concederle la entrada, temiendo que viniese á maldecirle y á anatematizarle por sus pasados delitos; pero luego que vió que el astuto fraile le prometia indul-

gencia y la gloria si hacia aquella obra de caridad que le pedia, creyendo que por aquel camino quizá podria sosegar su sobresaltada conciencia, les dió permiso para permanecer el tiempo que les pareciese bien en su fortaleza, muy ajeno de sospechar el áspid que habia abrigado.

El carácter de sacerdote que habia tomado inspiraba demasiado respeto para que nadie intentase oír sus diálogos con Elvira, y mucho más no teniendo motivo alguno para desconfiar de él, y proporcionándole su hábito entrada en todas partes, ménos en la habitacion de Leonor, donde sin duda de miedo de alguna reprension religiosa habia mandado Saldaña que se la negasen.

II.

Celebraban ya en el castillo la vuelta del rey y las victorias que habia alcanzado, y todo era algazara, gustos y regocijo en sus habitantes.

Veíanse coronados los cerros é irundados los llanos de labradores, soldados y mujeres, juntos en diferentes corrillos.

Bailaban allí, allá comian y bebían, acullá jugaban á las bochas, tiraban la barra, luchaban ó ejecutaban peligrosos equilibrios que ofrecían materia de abundante risa á los espectadores, con las caídas de los poco diestros que se aventuraban á desnucarse. Iban, venían de un lado á otro incesantemente, la diversion

seguia, y todos habian olvidado ya las fatigas de la guerra, las muertes de sus amigos y los riesgos á que tal vez el dia antes habian estado ellos mismos espuestos.

La mañana estaba templada, el aire puro y el cielo alegre, todo lo cual realzaba y animaba el júbilo natural en los vencedores.

En un mirador de piedra de forma ojiva que daba á la espaciosa esplanada, brillaba la reina adornada y engalanada soberbiamente con ricas joyas y pedrería, acompañada de sus damas, poco menos magníficamente vestidas, atrayendo á la luz de su hermosura las miradas de los caballeros que en la esplanada torneaban gallardamente.

Pero como ya se ha descrito muchas veces este género de pasatiempos, y nadie ignora en lo que consistian, nos contentaremos con decir únicamente que el torneo duró hasta las dos de la tarde desde las ocho de la mañana, en cuyo tiempo hubo muchos encuentros que merecieron los aplausos de los circunstantes, y en que algunos caballeros ganaron honra y otros perdieron la silla y fueron declarados vencidos.

Mostrábanse empero todos alegres, y aun el mismo Saldaña pareció mas animado que ningun dia.

Luego que la reina, tambien reina del torneo aquel dia, mas por adulacion que por verdadero mérito, puesto que otras habia mas hermosas, repartió premios á los vencedores y se hubo concluido el torneo; el rey y los caballeros acompañaron las damas al principal sa-

lon del castillo, donde les aguardaba un brillante festin, en diferentes mesas cubiertas de ricos manjares y servidas por un sin número de criados y pajes aderezados galanamente.

Faltaba allí no obstante el pulido Jimeno, á quien negocios que averiguaremos despues traian sin duda muy ocupado.

Varios juglares y trovadores, á cuyas canciones y música era muy aficionado el rey, entonaron algunos himnos en alabanza suya y de los hermosos ojos que estaban adornando el banquete.

Sancho el Bravo, para quien no habia belleza comparable á la de su esposa, celebró asimismo en muy delicadas trovas su virtud y sus gracias, dando á conocer que si esgrimia la espada como el mas diestro, no pulsaba el laud con menos habilidad.

Varios caballeros propusieron diferentes brindis á la gloria de los valientes y en honra cada uno de la dama de sus pensamientos.

Solo Saldaña parecia algo taciturno y melancólico en medio de tantos alegres, pero como su humor era ya conocido de todos, el rey le dirigió la palabra varias veces, y aunque él le contestó secamente nadie hizo alto ni por eso se interrumpió la alegría.

Pero otro acaecimiento de mucha mas consecuencia iba aquel dia á turbar el general regocijo, y acaso á convertir los placeres de la tarde en llantos y las ricas galas en luto. Tiempo hacia ya que el atrevido judío hablaba á puerta cerrada con la infeliz Elvira, dispo-

niéndola en aquel instante á cometer un crimen, abusando de su fanática credulidad.

III.

Hallábase Elvira en uno de aquellos accesos de locura en que el mentido religioso había logrado ponerla.

Su rostro, generalmente pálido, parecía un hierro encendido, corría el sudor por su frente en gruesas gotas frías que le innundaban el rostro, tenía el cabello erizado, y en sus movimientos y contorsiones la habría comparado un griego de la antigüedad á la famosa pitonisa de Delfos, hiriendo la tripodè con su planta.

Brillaba un puñal en su mano derecha, en que á veces fijaba con estúpido horror la vista, y otras con alegre ferocidad.

Enfrente de ella á cierta distancia, friamente inmóvil y observándola con cuidadosa tranquilidad, estaba el sagaz hebreo cubierto de su hábito franciscano, los brazos cruzados sobre el pecho y echada la capucha al rostro, que flaco y consumido, apenas se veía de él mas que la acaballada nariz que distingue los de su raza, y sus apagados ojos, que á veces no obstante parecían despedir relámpagos.

Hablaba Elvira interrumpiéndose al mismo tiempo con cantos y oraciones que ya entonaba en voz alta, ya rezaba entre dientes de rodilías delante de un Cru-

cifijo, cuyos piés tal vez besaba con religioso ardor.

—Señor, señor, decia. ¿Y eres tú quien me pides sangre? ¿Por qué la mia no puede espiar mis pecados?

Y levantándose de repente continuaba arrebatada de su locura:

Tú inflamaste el pecho impávido
de la animosa Judith,
que derribó
la soberbia y los ejércitos
de aquel potente adalid
que te irritó.
Alcanta cánticos
hombres y ángeles.
Temblad, ó príncipes,
la ira de Dios.
¡Señor! ¡señor!
esfuerza tú mi débil corazón.

En cantando así callo, y el judío dijo:

—Baltasar está en el festin, y Dios ha decretado su ruina: las fatídicas palabras están ya trazadas sobre el muro. Sal de aquí y les oirás blasfemar y mofarse del que puede hacerlos ceniza. Allí están, y su voz ronca con el vino entona canciones impías. Anatema, anatema sobre el malvado hijo que no solo no respetó á su padre, sino que insulta su memoria despues de muerto. Hiere, ó virgen del Señor, hiere, y sea tu brazo fuerte como el de Sanson, y no tiemble tu corazón en tu pecho. Cien coronas de flores resplandecientes tejen para tí las vírgenes del paraíso. El ángel de la victoria te guía, y yo en nombre de Dios te absuelvo de todos tus pecados, aunque entre ellos contases haber asesinado á tu padre.

Diciendo así, alzó el brazo derecho, y haciéndola poner de rodillas, le echó la bendición, arrojó algunas gotas de agua, que él dijo bendita, sobre el puñal, y ayudándola á levantarse, en seguida la obligó á beber el cordial que siempre llevaba consigo, comunicándola de este modo nuevo espíritu y ardimiento.

—¡Dios mio! exclamó Elvira, benigno acepta mi sacrificio y ten piedad de mi hermano.

Y enagenada, de repente prosiguió diciendo en voz baja:

—¡Siento un peso en mi corazón! Yo quisiera llorar y no puedo. Allí centellea la espada del querubín: hermano mio, ¿me oyes? ¿Es verdad que tú estás ya arrepentido? No, no es debilidad, padre; si yo mostrara en este momento flaqueza, el Señor me castigaria. La ira de Dios va á aniquilar el impío.

Y luego, alzando la voz, exclamó:

—Ya me siento mayor; fuego del cielo ha inflamado mi alma. Llevadme en presencia del rey. ¿Nadie me verá, es verdad? ¿Mi mano será invisible al herirle? Ya palpo la nube que me rodea. ¿Oís? Es un canto de guerra.

Levanta el brazo fuerte,
ó Virgen de Sion,
que acecha ya la muerte
al que las iras provocó de Dios.

Cayó el impío, el mundo cantará;
gloria al Señor que su poder mostró;
hiere sin miedo, que en tu diestra va
la ira celeste que en Sodoma ardió.

Levanta el brazo fuerte,
ó Virgen de Sion,

vuela, que á eterna muerte
le condenó de Dios la maldicion.

—Son los ángeles que cantan: ¿oís? ¡Oh! es el canto de muerte. Vamos.

—Sí, vamos, hija mia, dijo Abraham, que no creyó oportuno dejar pasar su delirio sin aprovecharse de él. Vamos.

IV.

Diciendo así tomó el brazo de Elvira, y echaron á andar precipitadamente hácia la estancia donde el rey y sus caballeros festejaban muy ajenos de ningun peligro, llenando mil veces las copas y entonando alegres cantares.

Iba Elvira fuera de sí hablando consigo misma, tirada atrás la capucha de su almalafa, erizado el cabello, y el puñal en la mano como una furiosa vacante.

Persuadíala el judío, ya encargándola el disimulo, ya manteniéndola en su locura, con sus infames discursos.

—Aquí, le dijo tomando el cuchillo, lo has de esconder, entre los pliegues del pecho. Llegas á él, te arrojas á sus piés, y al levantarte, no temas, clávaselo en el corazon. ¿Oyes, oyes los gritos de los malvados, el murmullo de sus conversaciones? Allí están descuidados del riesgo que les amenaza. Dios te lo entrega. Pero no: ya dejan las mesas y salen sin duda al jardin, que está todo iluminado, y donde va á empezarse

la danza. Vé y colócate á la salida que está al otro lado de la habitacion.

Oíale Elvira sin replicar palabra, y como una máquina se dejaba llevar del judío.

Empezaba ya á oscurecer, y todo iba sucediendo á medida del deseo de Abraham, que no desperdiciaba nada de cuanto pudiera enagenar el espíritu de su víctima.

Luego que llegaron al sitio señalado para el sacrificio,

—Espérate aquí, le dijo; el Señor queda contigo, no temas: ya le conoces, derribale muerto á tus piés. Adios.

Diciendo así se retiró pensativo y lleno el corazon de zozobra, dudoso del éxito de tamaña empresa como trataba de llevar á término, y muy desconfiado de la resolucion de Elvira si su delirio se calmaba, ó si en su arrebató se precipitaba fuera de tiempo.

Pero satisfecho que no estaba de su parte hacer más, y pensando ya en su seguridad, se determinó á salir del castillo en aquel momento, abandonando lo demás á la suerte, á quien correspondia decidir el resultado de su temerario proyecto.

V.

Quedó, pues, Elvira sola y oculta en una vuelta del corredor, temblando á veces al menor ruido, esperando otras con ansia y arrojo, rodeada de la oscuridad

de la noche, el cerebro ardiendo, tiritando con frío sudor, ó latiendo tal vez todo su cuerpo con la repetida pulsacion de la fiebre que la abrasaba.

El son de las arpas, que heria de cuando en cuando su oído, las voces que en rumor discorde se confundian, el melodioso canto del trovador, todo se acordaba y convenia en su delirante cabeza, representando en estrañas formas delante de ella objetos ya sombríos, ya radiantes, á que daba cuerpo y movimiento su imaginacion.

Parecíale á veces que sentia pasos, y amedrantada se estremecia; otras imaginaba que no era ella misma la que estaba allí, y se palpaba atónita dudando de su existencia.

En fin, todo era lóbrego y sublime en torno de ella, y embozada en su negra túnica, en un rincon del oscuro corredor, sin movimiento y sin sentirse su respiracion, cualquiera que á la distante luz que reflejaba allí, alguna vez la hubiese visto de lejos, la habria tomado por una sombra, ó un sueño de su fantasia.

Daba una puerta de la habitacion del festin á la magnífica esplanada, que iluminada de hachas de viento, puestas en las torres y ventanas del castillo, á par que en los árboles y muros de alrededor, brillaba con tanta luz como si fuese de dia.

A un lado de aquella puerta doblaba el corredor interior, estrecho y enteramente á oscuras entonces, donde la muerte quizá aguardaba sin remedio al rey; y en calle horizontal enfrente se estendia á un lado y

á otro la magnífica galería que caía á la esplanada, alumbrada asimismo soberbiamente.

Las músicas sonaban allí, y en los jardines que la rodean varias tocatas alegres, que regocijaban y despertaban con su bullicioso sonido el pecho más melancólico.

Alegres turbas de jóvenes y mancebos del pueblo bailaban el antiguo baile en círculo de los asturianos, saltando, cantando y animándose con dichos al mismo tiempo.

En el salón del banquete continuaban aun los brindis, los agudos chistes y las entretenidas canciones; en fin, todo era júbilo, y todo lo había dispuesto el lindo Jimeno por orden de su amo para que, cuando no realmente, lo hubiese, se fingiera y aparentara del mejor modo.

Sin duda en aquel mismo instante, tal vez entre los más alegres, vagaban muchos que más debieran maldecir y llorar aquellas fiestas que aplaudirlas y festejarlas.

Muchas madres no habían vuelto á ver á los hijos que vieron arrancar de sus brazos para conducirlos á sostener lo que ellos mismos quizá ignoraban, muchos labradores habían perdido sus cosechas y visto quemar su casa, huérfanos desvalidos había que lamentaban la pérdida de sus padres sin tener adonde volver la cara á pedir sustento.

Pero era preciso divertirse y estar alegre, porque tal era la voluntad del señor feudal, que quería agasa-

jar al rey, á quien no se debia fastidiar con lágrimas y quejas de cuatro malaventurados villanos.

Por último, el tiempo, que para Elvira andaba apenas con piés de plomo, llegó ya de dejar el banquete y salir á tomar el aire en la galería.

VI.

Púsose en pié el rey, y todos sus caballeros imitaron su movimiento, dirigió algunas chanzas á Saldaña sobre su humor melancólico y la vida retirada que hacia, al mismo tiempo que presentó una fineza á la reina y otra al de Lara, que seco y adusto no parecia estar muy contento, tal vez receloso de la influencia del señor de Cuellar.

Salieron primero las damas, y en seguida iba el rey á salir. Iba á su derecha el señor de Lara y á su izquierda el de Cuellar; Salcedo y los demás caballeros le seguian á corta distancia.

Volvia el rey la cabeza en aquel momento dirigiéndoles la palabra, cuando la fanática Elvira se aparece delante de él como por encanto, tira del puñal que llevaba escondido en el pecho, y antes que pudiese ninguno estorbarlo hiere al rey, que apenas tiene tiempo para poner el brazo.

—Cúmplase la justicia de Dios, exclamó Elvira.

Pero su brazo desfallecido, sin dar impulso al golpe, bajó el puñal sin acierto alguno y con tan poca fuer-

za, que no hizo sino rasgarle el cutis, hiriéndole levemente en el hombro.

—Traicion, gritaron todos; y se arrojaron á sujetarla.

—No es nada, dijo el rey con serenidad empujando al mismo tiempo con tanto brio á la infeliz fanática, que á gran trecho de él la derribó en el suelo dando un gran golpe.

—¿Qué quiere decir esto, señor de Cuellar? dijo el de Lara fijando los ojos con intencion en Saldaña; ¿estamos seguros en vuestro castillo?

—Quiere decir, replicó Saldaña con altivez, que no sé responder á esas preguntas sino con la espada.

—¿A qué viene alborotaros así? Veamos quién es ese miserable, dijo el rey, y sepamos qué le indujo á cometer tal crimen.

A pesar de esto cien espadas brillaron en un momento; la voz de *han muerto al rey, han asesinado al rey*, voló de corredor en corredor y de torre en torre por el castillo, esparciendo el alarma por todas partes.

La reina volvió al punto á informarse toda sobresaltada, sus damas gritaban, los nobles pedian justicia, las danzas, las músicas, todo paró donde cogió á cada cual la noticia.

Preguntó doña María á su esposo dónde tenia la herida, y viéndola se tranquilizó y la vendó ella misma.

El alarma seguia no obstante, y Saldaña parecia pensativo.

Yacía Elvira en tierra sin movimiento.

Cuando la descubrieron y trataron de levantarla estaba muerta.

Fué general el asombro al hallar, bajo aquel ropon negro, una mujer jóven aun, delicada, y que sin duda habia sido hermosa, en vez de un asesino como habian pensado encontrar.

Acercóse Saldaña á mirarla, y estremeciéndose exclamó:

—¡Es mi hermana! ¡Tambien Dios me pedirá cuenta de ella!...

Dicho esto quedó inmóvil como una estatua, mirándola sin ver ni oir nada de cuanto le rodeaba, hasta que de orden del rey retiraron de allí el cadáver, que el tétrico Saldaña acompañó lleno de congoja, pero sin derramar una lágrima.

Las funciones no obstante no quiso el rey que se suspendieran.

Capítulo XXXIV.

¡A Dios!.... esclama la encendida mora
bañando en llanto la cadena dura,
¡A Dios!.... que siempre el corazon te adora
aunque hiciste nacer mi desventura:
cadalso horrible, hoguera destructora
prepara el fanatismo á mi ternura...
Por tí perdí mi patria y mi inocencia,
¡por tí pierdo la misera existencial...

(D. Rafael Gonzalez Carvajal.)

Hay un campo fuera de Valladolid que llaman el Campo Grande, que sirve hoy de paseo á las gentes de aquella ciudad, y donde se cuentan hasta catorce edificios..... ó conventos, puesto que todavía á ciertas gentes les parecen pocos, por aquel dicho sin duda de que *nunca lo bueno fué mucho*. Pero dejando esto aparte, que á fé mia que el que quiera frailes en España no ha de llorar por ellos, seguiremos el hilo de nuestro cuento, si es que lo tiene tan enmarañada madeja, y veremos de poner nuevamente en la escena al-

gunas personas que probablemente no habrá olvidado el lector.

Era entonces el Campo Grande una espaciosa llanura, sin los secos árboles ni las enjutas fuentes que adornan hoy día la parte que se llama el Paseo, y la yerba que crecía allí á toda su voluntad no había sido aun arrancada para poner arena y chinás en su lugar.

Algunos álamos aquí y allí crecían solitarios, y solo tal cual huerta murada de algun convento solía alegrar de cuando en cuando la vista.

La gente entonces frecuentaba muy poco este sitio, y solo algun reverendo padre se veía tal vez pasear al caer la tarde con mucho sosiego delante de la puerta de su convento, tal vez algun viejo abandonado del mundo, ó al robusto lego franciscano que volvía de los lugares de la comarca con las alforjas llenas al hombro y un palo en la mano para ayudar el camino, despues de bien regalado y agasajado por las hermanas y hermanos de la cofradía.

Para los días de fiesta había otro paseo, adonde acudían los caballeros del pueblo, los mancebos, las mozas y los estudiantes, que ya entonces estaba establecida la Universidad.

El que desee saber algo de este paseo puede leer á Quevedo, y verá lo que de él dice algunos siglos despues, y nosotros solo diremos que era el famoso Espolón, citando al mismo tiempo cuatro versos del mencionado poeta.

Claro está que el Espolon
es una salida necia,
calva de yerbas y flores
y lampiña de arboleda.

Pero el *Campo Grande* no estaba siempre desierto, y algunas veces millares de hombres y mujeres de todas clases lo poblaban cuando se celebraban allí torneos y toros, ó servia de espectáculo algun criminal famoso, bruja ó mago, cuya sentencia se ejecutaba en aquel sitio generalmente: entónces se despoblaban los lugares circunvecinos, se levantaban tablados ó cadalsos para los jueces y las personas de alta gerarquía, se circunvalaba el paraje donde se habia de representar la tragedia, la gente se atropellaban unos á otros, los tejados de los conventos, las torres, los árboles se veian coronados de hombres y muchachos que trepaban hasta la veleta del campanario mas alto, armábanse pendencias por tomar puesto, mofábanse de los que estaban mal los que habian logrado colocarse bien, voceaban todos, reían, juraban, pensaban muchos que se divertian, y el Campo Grande era un herbidero de cabezas amontanadas y empinadas unas sobre otras para ver acaso perder la suya á algun infeliz condenado á muerte.

II.

El día en que sucedió lo que vamos á referir era justamente uno de aquellos que por famosos se cuentan en las crónicas de aquel país.

No que fuera un espectáculo nuevo la quema de una bruja, que al cabo no era otra cosa la diversion con que esperaban pasar su tiempo los dignos habitantes de Valladolid, sino que la fama de la hermosura de la desgraciada, sus estupendos y maravillosos crímenes que corrían de boca en boca, pasmando á los que los oían referir, y de que se hacían nuevas ediciones aumentadas y corregidas á cada instante, y sobre todo la grandeza y poder del señor que con sus artes habia hechizado, añadian tanta importancia á un suceso que ya en sí mismo ofrecia cierto encanto, que hasta los viejos más admiradores del tiempo antiguo confesaban que solo uno ú otro caso semejante habian presenciado en su juventud.

Un espacioso cuadro á manera de palenque cogia una parte del Campo: levantábanse á sus extremos fronteros uno de otro dos cadalsos cubiertos de bayeta negra, con asientos asimismo enlutados, para los jueces: ardia en el otro frente del cuadro un grande hornillo de herrería, cuyo fuego atizaban dos negros cíclopes con un enorme fuelle que hacia llover chispas á todas partes, y levantaba una espesa columna de humo que se disipaba á grande altura en el aire.

El día estaba nublado, y la llama resplandecía bastante á pesar de la claridad natural: otros tiznados compañeros machacaban largos hierros hechos áscua que metían á cada instantá en la fragua, y que cortaban y arreglaban en pequeñas barras anchas de un palmo y largas de dos piés.

El eco repetía el golpe de sus martillos, que entre el ruido y las voces de la multitud resonaba de cuando en cuando, y sus negras caras y ocupación infernal no les habría hecho desmerecer el título de demonios.

En el otro frente estaban en pié dos hombres de caras triangulares y ojos hundidos con un bonete rojo y una sobrevesta de mil colores, sobremanera charros y mal tejidos, que los hacían parecer tan ridículos como feos.

Detrás de ellos veíase un gran montón de leña seca, colocada con mucho cuidado, embreada para que no tardase en arder, junto al cual sentado tranquilamente aparecía un hombre de frente de buitre y cerviguillo de toro, grueso y pequeño de cuerpo, vestido de rojo y amarillo, con un hacha entre las piernas y que sin duda era el jefe ó padre de los otros dos cocodrilos que hemos procurado pintar.

Entre la hoguera y uno de los cadalsos brillaba sobre un altar cubierto también de paño negro un gran Crucifijo de plata, y algunos milagros de cera se veían colgados en los paños que servían al altar de dosel.

Algunos alabarderos procuraban contener el pueblo, que agrupados y hacinados unos sobre otros, traspas-

saba á veces la línea donde debiera pararse, mientras los impetérritos centinelas, saludando con el mango de sus alabardas á los mas atrevidos, los hacian bajar la cabeza mas de lo que ellos quisieran.

Resultaban de aquí disputas, echándose unos á otros la culpa del golpe que habian llevado sin merecerlo: reñian, y en medio de la quimera solia venir tal cual teja volando por el aire, que desde el tejado del convento mas próximo tiraba algun mal intencionado muchacho que despartia á los combatientes haciéndoles dirigir hácia otra parte su ira, causando nuevos agravios y dando que reir á los malignos mozuelos que haciendo diabluras por allí andaban.

Discutian en otro corrillo si quemarian viva á la bruja, ó el verdugo la cortaria la cabeza primero: hablaban los estudiantes á voces desde donde quiera que estaban, aturdiendo á todo el mundo con sus desentonados gritos, que retumbaban sobre el bullicio de la multitud, mezclando latinajos en su atronadora conversacion, y mofándose de cuantos hombres formales y mujeres de cierta edad acertaban á pasar delante de sus ojos por su desgracia.

Oíase la voz melancólica de los asquerosos pobres que pedian limosna con su acostumbrada pesadez, enojando y fastidiando á los que en aquel aprieto mal de su grado no podian alejarse de ellos.

Lloraban los chiquillos, que medio ahogados no podian salir de la apretura en que su curiosidad les habia metido, pellizcaban otros en las piernas á los

que los sofocaban, haciéndoles chillar y saltar bruscamente á cada picotazo que inesperadamente sentían: en fin, todo era ruido, disputas, voces, quimeras y juramentos, y sin poder siquiera rebullirse ni menearse, era cosa de ver aquel sin número de cabezas en movimiento, que, como nos pintan las ánimas del purgatorio, juntas y embutidas unas en otras ni aun podían volver á mirar atrás.

—Hola, señor Soguilla, parece que todavía le queda á vuesa merced la afición, dijo á un hombre gordo y que sudaba á chorros medio ahogado en aquel conflicto otro bizco, pequeño de cuerpo, de quien el lector no es difícil que se acuerde si no ha olvidado aun las figuras de los satélites del Velludo.

—Amigo, respondió el verdugo cesante, cada cosa á su tiempo y los nabos en adviento: á mí me toca ahora ver como otras veces me tocó lucirme; pero allí está mi sobrino, que parece un rey. Ved con qué serenidad está: vamos, da gusto; bien puedo decir que es sobrino mío sin avergonzarme.

—Así es efectivamente, respondió el bizco; pero voto á tal que no quisiera yo que él se luciese conmigo.

—Pues yo os juro, repuso el saludador con su voz bronca, que no sois hombre de gusto. Pero hablando de otra cosa, ¿cómo habeis dejado á mi compadre el Velludo, ó traes quizá algún encargo?

—Nada de eso, señor Soguilla; he dejado al Velludo por cosas muy largas de contar, y he venido acom-

pañando al señor Zacarías, que tambien ha de representar aquí su papel.

—Ya entiendo, sí, repuso Soguilla; es aquel buen hombre flaco que sabe latin, y tiene un pescuezo tan largo y delgado que más de una vez me han dado ganas de ahorcarle; porque, á hablar verdad, está diciendo comedme.

—Pues, el mismo; y si pudiéramos salir de aquí nos iríamos hácia el tribunal, donde veríais que se las tiene tiesas con el obispo.

—Voto á tal, que daría el mejor mulo de cuantos me queden que curar en mi vida, ó la cuerda mejor ensebada de que haya hecho uso el mejor de cuantos ajustan gaznates, con tal de verle disputárselas con el obispo; porque aunque no lo entiendo, me gusta mucho oir hablar en latin.

—Pues ánimo, y veamos si podemos salir de estas apreturas, porque todavía es temprano, y hasta las dos lo ménos no quemarán la bruja.

Ardua empresa era la que proponia el bizco, y mucho más á un hombre tan gordo y pesado como Soguilla, que empujado, apretado y sofocado con tanta gente, apenas podia respirar.

Empezaron no obstante á forcejear codeando á los de al lado y empujando á los de atrás por ver si podian romper brecha y salir de allí, el bizco más ligero deslizándose de medio lado, y el honrado Soguilla á pique de sofocarse.

—¡Hola! decia un estudiante: ¿á dónde va ese tonel?

—Es el antiguo verdugo de la ciudad, gritó otro.

—Allá vas, catedrático de la sogá, aligerador de pescuezos.

—Es el saludador que cura mulos rabiosos. *Medieus asinorum*.

—¡Plaza, plaza! gritaba otro, que ese hombre está ético, y nos puede pegar el mal.

III.

Nosotros les dejaremos salir como puedan de aquel apuro en que por su culpa se hallaban, que al fin saldrán si pueden, y peor para el desdichado verdugo, que sin considerar sus dimensiones se habia metido en donde no habia lugar para él á pique de una apoplejía, y trasladaremos á otra parte el lector, adonde aunque habia pocas ménos personas reinaba un profundo silencio.

En un gran salon del edificio en que celebraba sus sesiones el tribunal eclesiástico, dividido en dos partes por una baranda de hierro de tres piés de altura que se abria en su mitad, veíase de un lado al pueblo agrupado y atento, puestos muchos de puntillas y con los ojos fijos al frente, y encargándose mutuamente el silencio con repetidos siseos.

Dos alabarderos, con las armas del obispo grabadas en sus alabardas, parecian dos estátuas clavados á la parte de allá de la baranda con las espaldas vueltas al pueblo.

Todas las ventanas estaban cerradas, y solo por las claraboyas que junto al techo estaban abiertas, penetraba escasamente la luz del día.

Ardian en cambio en grandes candelabros de ébano infinidad de velas de cera amarilla, cuyo pálido reflejo daba un tinte sombrío y melancólico á todo el cuadro.

Brillaba en el fondo una gran cruz de plata colocada sobre una especie de túmulo ó catafalco vestido de paños negros con calaveras y huesos pintados: desde la baranda de hierro hasta el extremo donde el catafalco se levantaba, corrían largas filas de bancos enlutados con ricos paños bordados de oro, y las armas también del obispo; y en ellos estaban sentados gran número de hábitos negros con impasibles semblantes y devotas fisonomías.

Un magnífico sillón bordado todo de oro y colocado en cierto lugar preferente servía para el obispo, que con su capa pluvial y demás distintivos de su alto cargo, presidía el tribunal.

Otros dos alabarderos estaban colocados uno frente de otro á la mitad de la sala, además de otros cuatro que guardaban el catafalco.

Un grupo de partesanas y alabardas rodeaba al reo, que por una puerta abierta á la derecha del catafalco, junto al sillón del obispo, acababa de entrar en el tribunal.

Era una mujer vestida á la usanza arabesca; pero sin toca ni velo en la cabeza, y con el cabello tendido

que le enlutaba toda la espalda, según era negro y espeso.

Traía la cabeza baja y sus ojos sin brillo clavados tristemente en el suelo, las manos atadas y puestas en cruz sobre el pecho, y los piés desnudos, por lo que al andar parecía que se lastimaba.

—Esa es la bruja, la mora, corrió la voz entre los asistentes, pero bien pronto sucedió el silencio á una orden de los ministriles de su ilustrísima.

Acercáronse al catafalco, y en habiéndola mandado que se prosternara, lo que hizo sin decir palabra, el obispo se levantó y entonó con grave y serena voz el *de profundis*, cuyo tenor siguieron cuantos allí habia. Concluido el salmo púsose el obispo la estola, hizo agua bendita, que esparció aquí y allí diciendo.

—*Te invocamus, te adoramus*; y en confuso y sordo murmullo respondieron todos del mismo modo. Entonces se levantaron todos y empezaron á cantar trozos de salmos tristes y melancólicos.

—*Domine ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripas me.*

IV.

Dirigió el obispo en seguida muchas maldiciones á Satanás, mandándole que se ahuyentara de aquellos sitios, y amenazándole sino lo hacia con redoblar sus conjuros.

Y en señal de maldicion se apagaron las luces, sonó la campana de execracion en la catedral, hirió el obispo con el pie el pavimento, mandando al diablo por segunda vez que dejara libre á su víctima para que pudiera responder verdad, excomulgándole y maldiciéndole por si acaso permanecia en aquella estancia con intento de ofuscar el entendimiento de los jueces y hacerles faltar á su deber; y luego á una voz cantaron todos en las tinieblas.

—*Discedite omnes qui operamini iniquitatem.*

Este cántico, entonado magestuosamente en medio de la oscuridad, y en aquella bóveda que retumbaba la voz, era el canto de muerte para la infeliz Zoraida, que apenas comprendia lo que todo aquello queria decir.

El pueblo escuchaba con devocion y recogimiento.

Volvieron á encender las luces, el obispo se sentó en su silla y los demas en los bancos, y el secretario, que tenia la mesa junto al sitio que ocupaba el obispo, tomó uuos pergaminos, y poniéndose en pié empezó á leer en latin el proceso de la acusada.

Consistia éste, como todos los de su jaez, en un enjambre de desatinos, testimonios falsos y acusaciones ridículas, que si bien en el dia pudieran tal vez hacernos reir al leerlas, servian en aquellos tiempos, y aun sirvieron muchos siglos despues, para llevar al patíbulo infinidad de inocentes.

Persuadido estaba el secretario que no era cosa de broma lo que rezaba el proceso, por lo que aprovechán-

dose de los diferentes tonos á que sabia acomodar la voz, empezando á leer en bajo y concluyendo cada período en tiple, procuraba asimismo sacar partido de su ridícula figurilla, alzándose sobre las puntas de los piés por ser pequeño de cuerpo, y gesticulando con su cara de chorlito á cada palabra sobre la cual queria llamar la atencion.

Oíanle los jueces sin pestañear, y lo mas gracioso era que el pueblo, sin entenderle, le oía tan atentamente como si cada uno de los que allí estaban fuese un *dómine* examinado.

Leida que fué la declaracion del acusador entró en la sala un jóven lindo de cara con la visera alta y armado lujosamente de punta en blanco, y acercándose á la mesa del secretario con desenfado volvió la cabeza á un lado y á otro, clavó un momento los ojos en Zoraida, que no alzaba los suyos del suelo, y en habiéndola mirado se encogió de hombros, y aun muchos creyeron haber reparado en sus lábios una sonrisa de Lucifer.

—El tribunal, dijo el secretario, os pide á vos, Jimeno Diaz, paje de lanza del castellano y señor de Cuellar, que os ratifiqueis y afirméis en la acusacion hecha por vos contra Zoraida, de nacion árabe, su religion mahometana, acusada de haber hecho pacto con el demonio para hechizar á vuestro amo el señor de Cuellar, como tambien de asistir los sábados á las orgías de Satanás, bautizar sapos y preparar bebidas que vuelven loco al que las bebe, ó le mudan la

voluntad: ¿jurais sobre los santos Evangelios, y os ratificais en haber dicho verdad?

Jimeno respondió sin titubear.

—Sí juro.

El obispo mandó acercar á Zoraida, y el secretario le preguntó.

—¿Teneis algo que responder á vuestro acusador?

Zoraida no respondió una palabra.

—Habeis oido vuestra acusacion y visto lo que resulta del proceso, continuó el secretario, sin preguntarle primero si entendia el latin, y si teneis algo que esponder en vuestro favor el tribunal está pronto á oiros.

—Mujer, dijo el obispo con mucha severidad, veo que el espiritu maligno te ha privado del uso de la palabra y te fuerza á no responder. Pero debe entender el demonio que te posee que nos valdremos del fuego y del agua para obligarle á obedecernos si persiste como hasta ahora en callar. Entretanto puede procederse á las declaraciones de los demas testigos.

V.

El segundo que se presentó era el benéfico Zacarías con su cabeza todavía vendada, su traza humilde y devota y su tono de voz melífluo y afeminado.

Luego que hubo jurado y besado devotamente la cruz del rosario que traía en la mano empezó su declaracion diciendo, como la habia visto volar una no-

che montada en una serpiente de fuego, y que detrás y delante de ella llevaba una columna de humo pestífero, que dejó al testigo caer sin sentido en tierra encomendándose á Dios.

Recordó tambien la aparicion de Elvira en la cueva de los bandidos, echacándosela ahora á Zoraida con toda seguridad, y concluyó su discurso diciendo:

—Vuestras señorías ilustrísimas deben saber, como dice el texto, que hay cosas *quod homo non inteliget*; y yo, señores, juro delante de Dios con la humildad y la llaneza de un siervo infeliz que ha de dar pronto cuenta á Dios de su alma, que esta mujer que aquí está la he visto yo brincar desde el castillo de Cuellar hasta la torre de Iscar, cosa pasmosa, porque hay mas de tres leguas de distancia, y solo una bruja pudiera hacerlo, *mulier cum maleficiis saltarat longa via est*, y ahí va ese trozo de latin mio, que gracias á Dios hay aquí quien lo entiende.

A risa hubiera movido sin duda el disparatado latínajo de Zacarías, si la causa que ocupaba los jueces y el interesante testimonio que acababan de oir de boca de aquel hombre devoto no hubiesen llamado la atencion general, escandalizando y asombrando de tal manera, que hasta el mas incrédulo no estaba de humor de reir.

Otros varios testigos dijeron poco mas ó menos lo mismo, con añadidura si acaso de algun cuento que habian oido ó imaginaron del caso, y como soldados que eran los mas de la guarnicion del castillo, refirie-

ron cómo el señor de Cuellar se estremecía todo y perdía el sentido á veces cuando veía delante de sí aquella mujer, que le habia hecho asesinar á su sacerdote por su propia mano, por lo que tuvo que acudir al Papa que la perdonara, y cometer otra porcion de crímenes por medio de hechizos y bebidas que le habia dado.

Recordaron asimismo la noche aquella en que la infeliz Zoraida, agitada de los celos en el delirio de una fiebre ardiente, recorrió de torre en torre el alcázar con asombro de los centinelas, y luego salió al campo y halló una vieja que tambien con endiablada risa y voz cascada se presentó ahora en el tribunal á atestiguar contra ella.

—Pardiez, la tia Gila, dijo uno de los del auditorio: mal se quieren las brujas cuando ellas mismas se delatan unas á otras.

—Silencio, gritó uno de los alguaciles del tribunal volviendo su mal gesto hácia el pueblo.

VI.

Hasta entonces la desventurada Zoraida no habia levantado los ojos del suelo, ni habia contradicho nada de lo que contra ella habian espuesto los testigos, ni visto ni oído al parecer nada de lo que le rodeaba: su profundo dolor, el recuerdo de los dias del placer y la infame crueldad del hombre que la sacrificaba á otra mujer, pagando sus cariños con la muer-

te, la lúgubre estancia donde se hallaba y adonde la habian traído sacándola de un calabozo infecto donde habia pasado noches y noches sin saber nunca cuándo amanecía, las caras estrañas é insensiblemente apáticas de sus jueces, todo habia llegado á abatir de tal manera su ánimo, que poseída de un pensamiento único no habia oído siquiera ni aun reparado en sus acusadores.

Al oír la voz de la vieja levantó la cabeza, se estremeció de repente, y volviendo á un lado y otro sus ojos atónitos, los clavó al fin en aquella mómia reseca y diminuta, en cuyo rostro solo se veían dos ojos que brillaban con la intencion de una víbora.

—¡Qué horror! exclamó la mora: ¡al fin se ha cumplido su maldicion!

Fué tan agudo y llevaba una espresion tal de dolor el grito histérico que arrojó Zoraida, que hasta los mas indiferentes y apáticos volvieron la cabeza á mirarla asombrados, y algunos jueces, que se habian dormido durante el curso del proceso, se despertaron creyendo que era la campanilla del presidente, que ya los llamaba para votar la muerte de la prisionera.

—El testimonio de esta buena mujer, dijo el obispo señalando á la vieja, es tan veraz y poderoso, que el diablo no ha podido menos de dejar hablar á su víctima, obligándola á que confiese cómo y cuándo se ha cumplido la maldicion, que sin duda arrojó sobre ella algun santo varon á quien trató de dañar con sus maleficios.

—Si su ilustrísima lo permite, dijo el fiscal eclesiástico, requiero que se presente como es uso el hechizado en el tribunal para que dé más fuerza á la acusacion.

—El hechizado es el señor de Cuellar, y se halla en este momento al lado de su alteza, replicó Jimeno, mucho mejor y más aliviado, desde el dia en que se empezó á formar este proceso. Yo le represento ante el tribunal, y por encargo suyo y obligacion que mi conciencia me ha impuesto he acusado á esta mujer de bruja y hechicera infame, con pacto con el diablo, que la proteje, como tambien de haber hechizado y tratar de asesinar á mi muy ilustre señor el Castellano de Cuellar, y me ratifico en mi acusacion.

—¡Es un infame, es un infame! exclamó Zoraida: ¡miente, miente! y no hay Dios cuando no le traga la tierra.

Jimeno la miró con terror y bajó en seguida los ojos.

—¡Blasfemia! ¡blasfemia! gritaron todos los jueces.

El que parecia más dulce, dijo:

—Que se le atraviere la lengua con un hierro ardiendo por mano del verdugo.

Pero una voz sonó en este momento entre los espectadores tan dolorosa y terrible, que habria hecho estremecer una piedra.

—¡Es mi hija ¡es mi hija! ¡y me la van á matar!!

—¡Hola! gritó el obispo, ¡alguaciles! que echen de ahí ese impertinente.

Pero aun no habia acabado de decirlo, cuando sin respeto á los centinelas, y atropellando por medio de todo como un rayo, se arrojó en medio de la sala un hombre al parecer frenético, y antes que ninguno se opusiese á su intento, abrazó estrechamente á Zoraida, que no ménos atónita que cuantos estaban presentes, ni aun tuvo fuerza para separarlo de sí.

—¡Hija mia! ¡hija mia! yo soy tu padre: ¿no me conoces? decia llorando: ¡cuántas veces te he tenido sobre mis rodillas y me encantabas con tu sonrisa! ¿No te dice tu corazon que te abraza tu padre? Mirame, hija mia... ya estamos juntos... ya no nos separaremos más, nunca más. Volvédmela, es mi hija, proseguia volviéndose á los jueces, es el apoyo de mis canas, es inocente; vosotros la perdonareis: ¡hija mia! ¡hija mia!

Y al mismo tiempo la cubria de lágrimas y de besos, y corria de una parte á otra enagenado, implorando á los jueces, abrazándoles las rodillas, y volviendo siempre á su hija con muestras de amor, de alegría, de pena y desesperacion.

VII.

Lloraban los espectadores; algunos alabarderos que se acercaron á separarle de Zoraida apenas podian contener sus lágrimas, ni cumplian tampoco con su deber; hasta Jimeno mismo á despecho de su mal alma y refinada maldad sintió oprimírsele el corazon, y

aun se arrepintió de lo que habia hecho: solo aquellos eclesiásticos viejos ya, y en cuyas almas de hielo jamás habia penetrado la ternura del amor paterno, cuyo deber habia sido sofocar las pasiones de la juventud, y que nada veía ya en su vejez sino á sí mismos, se mantenían impasibles y pretendían arrojar de allí aquel hombre enojoso, que habia faltado al miramiento debido á tan respetable tribunal, con la osadía nunca vista de haber atropellado el foro.

—Prended á ese hombre y que vaya fuera de aquí, gritaba el obispo.

—Fuera, repetían los demás jueces.

Y entretanto el judío Abrahan, que él era el padre de la desdichada Zoraida, temía, rogaba, maldecía, se ponía de rodillas, abrazaba á su hija, se arrancaba mechones de pelo, resistía á sus verdugos, besaba sus plantas y exclamaba á cada momento:

—¡Hija de mi dolor! ¡hija mia! ¡hija de mis entrañas!

No volvía en sí Zoraida de su sorpresa; pero aunque no hacia sino mirarle se dejaba acariciar de él, y aun sentía en medio de tantas penas cierta dulzura en su alma, bien así como si ya hubiese pasado á otro mundo de más paz, donde habia encontrado todavía otro ser tan infeliz como ella que la amaba y la acariciaba.

Pero los alabarderos empezaban ya á cansarse de aquella escena viendo al obispo y los demás jueces encolerizados, y el pueblo, aunque en un principio habia

tomado cierto interés, deseaba que prosiguiese ya la tragedia.

El horror que el leal pueblo de Valladolid tenía á la mágia y á los que por influjo del diablo la ejercian, venció por último la sensacion que el encuentro de un padre con su hija en situacion tan triste habia producido al principio.

Con todo, y para decir la verdad, muchos hubo que sin poder resistir más se salieron del tribunal llenos de lástima y pesadumbre.

—¡Ea! cumplid las órdenes del tribunal, dijo el obispo levantándose.

—¡Oh! no, no; yo soy su padre, exclamó el judío, y no me la arrancarán otra vez. ¿Veis cómo llora? ¡hija mia! Yo creí que habia muerto, y me la encuentro aquí ahora. Habia perdido ya toda esperanza de volverla á ver. ¿Me la volveis para quitármela para siempre? Ella era una niña; oid su historia. Yo era alcaide del castillo de Zahara (1): una noche, despues de dos meses de sitio, asaltaron los cristianos la fortaleza, y la entraron á hierro y fuego. ¡Ah! entónces la cautivaron; era una niña hermosa como un ángel, un retrato de la mujer que más he amado en mi vida, de mi esposa Sara. No os enojeis; seré breve. Ahora me la dareis, es verdad: ¡hija mia! tú serás el consuelo de

(1) Los judíos de España solian tomar las armas incorporándose ya en las filas cristianas, ya en los escuadrones árabes, como cuenta la historia, y aun algunos ocuparon altos cargos en una y otra nacion.

mi vejez, yo te mimaré, te acariciaré, te adoraré noche y día.

—¡Oh! sí, sí, vos sois sin duda mi padre, exclamó Zoraida devolviéndole sus abrazos, puesto que vos sois en el mundo la única persona que me favorece. Sí, vos sois mi padre, es el único amor que siento que penetra en mi alma sin celos ni remordimientos. Yo soy inocente, soy una infeliz sin otro crimen que haber idolatrado á un hombre sin merecerlo; pero no sé por qué todos son enemigos míos: vos sois mi único amigo, mi consuelo: vos no me engañais, me amais de veras. ¡Padre mio! mi corazón me dice que sois mi padre.

—¡Oh! yo enloquezco al oírte decir ese nombre; bendita, bendita sea tu boca que lo pronuncia.

—Basta ya, gritó uno de los alabarderos, que sin duda era el jefe de los demás; es preciso echar este loco de aquí.

—¡Loco! exclamó el judío; loco, sí, de placer de haber encontrado á mi hija. Pero no, no me separéis de ella, haced que muramos juntos. Si sois padres... ¿No habeis tenido hijos nunca? ¡Ah! yo soy un anciano, mis desgracias me habian hecho aborrecer á los hombres, y me habia vuelto misántropo: volvedme á mi hija, y yo os amaré á todos por amor de ella.

Diciendo así se arrojó en el suelo, besaba los pies de los guardas, se defendia y resistia con toda su fuerza.

—¡Bárbaros! exclamó por último, apresado ya por cuatro de ellos que habian logrado sujetarle, vosotros

no sois jueces, sino tigres sedientos de la sangre de mi hija. ¡Maldicion! ¡hija mia! ¡hija mia! apela al juicio de Dios.

—¡Oh! no hay duda, dijo Zaida mirándole fijamente á tiempo que se lo llevaban de allí medio muerto, es mi padre, y es tan infeliz como yo.

Y en seguida inclinó la barba sobre el pecho, acongojada sin poder llorar, gimiendo y sollozando con tan angustiosa agonía, que no parecia sino que se la arrancaba el alma.

Luego que sacaron del tribunal al desdichado judío, uno de los jueces tomó la palabra y dijo:

—Ya que no nos volverá á interrumpir ese hombre furioso, pido al tribunal que continúe juzgando. —

VIII.

El procurador de la acusada se levantó, y propuso que, puesto que su cliente ni se defendia ni confesaba el delito, él pedia en su nombre á su ilustrisima refiriese su juicio al de Dios, haciendo con ella las pruebas que en tal caso requería la ley.

El obispo y todos los jueces aprobaron su proposicion, y el tribunal levantó la sesion en el mismo punto, dándole dos horas de término á la acusada para que buscase caballero que la defendiese, pues de lo contrario sufriría otra prueba, pasando con los pies desnudos por once barras de hierro ardiendo.

Decretado que fué esto, el tribunal preguntó de

nuevo á Jimeno si se ratificaba en su acusacion, y estaba dispuesto á combatir en buena ley, y sin valerse de hechizo ni superchería alguna, con cualquier caballero que tomase la demanda por aquella mujer, y Jimeno juró de nuevo y se afirmó, tanto en lo que habia dicho, como en lo que ahora se le preguntaba.

Entonces se levantaron todos, se oyó ruido de piés en la antesala del pueblo, que se ponía en movimiento para marcharse, y los jueces, precedidos del obispo, se retiraron.

Al salir Zoraida en medio de los alabarderos, el paje se acercó á ella.

—¿Quieres ser mia? todavía estás á tiempo.

—Huye, demonio de mi desdicha, respondió la mora, mirándole con ojos hechos áscuas de ira; la muerte, el infierno, todo me es más agradable que tú.

—Tanto peor para ti, repuso el paje volviendo la espalda; no porque tú me desdeñes he de creerme más feo, y este desaire me lo vas á pagar bien caro.

Echó á andar entonces haciendo ruido con las espuelas, y en saliendo á la calle empezó á mirar á las celosías por si veía alguna dama á quien hacer señas.

Capítulo XXXV.

A Dios por siempre, ¡ó soll naturaleza
del mundo entero, á Dios. ¡Ah! no más sufra
yo el triste peso de la amarga vida,
para mí de pesares tan secunda.
¡Oh, muerte! escucha mi postrer plegaria:
ven, ó sueño eternal, ven en mi ayu la.

(De D. Eugenio Ochoa.—*La muerte del Abad.*)

I.

Cuando el judío se arrojó en medio del tribunal á abrazar á su hija, acababa de entrar hacia poco en la sala, y habiendo preguntado á uno de los espectadores, hombre ya viejo, y que parecia por sus modales haber sido en otro tiempo soldado, qué hacia allí aquella gente reunida, éste, despues de satisfacer su curiosidad, le refirió además como él conocia á la acusada hacia ya algunos años.

Esta conversacion ofrecio tanto interés para el viejo hebreo, que no pudo ménos de preguntarle dónde y cuándo la habia conocido, á lo que respondió el soldado, que justamente lo era de la guarnicion de Cuellar,

contándole toda la historia de la mora desde el momento de su cautiverio hasta el día.

Crecia el ánsia y la inquietud de Abrahan á cada palabra de aquel hombre, como si en ellas se encerrase algun encanto particular, hasta que llegando á dar las señas del sitio donde la habian cautivado, y de las ricas alhajas que traia consigo, con todas las demás circunstancias del asalto en que se habia hallado él mismo, reconoció el judío á su hija, y á pesar del peligro á que se esponía si llegaban á conocerle como uno de los principales enemigos del rey, sin acordarse de nada en aquel momento, y perdiendo de repente su estóica serenidad, atropelló por todo, y se lanzó al cuello de la hija que creia perdida, con la violencia de una leona que ve á su leoncillo en manos del cazador.

Tal fué la causa que alborotó á todos los espectadores, y motivó la sorpresa que acaso este suceso habrá producido al lector.

Solo el nombre de la acusada no convenia con las otras señas que el soldado dió al judío, llamándose ella Zoraida, y siendo Esther el nombre de su hija.

Pero además de que esta circunstancia nada quitaba á la verdad de su relacion, era muy fácil le hubiesen trocado el nombre poniéndole otro más acomodado á la pronunciacion castellana, lo que el judío supuso tambien al momento, puesto que de lo demás de creerla árabe era muy natural habiéndola cautivado en un fuerte perteneciente á aquella nacion.

Y esta es la solucion que da la crónica de que es-

tractamos nuestra historia á las dudas que pudieran ocurrir acerca de este maravilloso acontecimiento, no saliendo nosotros responsables de las que acaso ponga además algun lector quisquilloso.

Cuenta, pues, la historia, que así como el judío salió de la sala entre los cuatro alabarderos que le sujetaron, fué tal la rabia y el dolor que sintió, que llegó á perder el conocimiento, y le dejaron como muerto en uno de los oscuros corredores del edificio, habiendo dado orden además á los guardas de que de ningun modo le dejasen entrar si volvía de su paraisismo.

Algunos del pueblo se acercaron á él, y en particular su jóven criado el tímido Benjamin, que á pesar del mucho cariño que tenía á su amo no se había atrevido á manifestarlo delante de los alabarderos, contentándose con llorar á sus solas la suerte de la compañera de su niñez y el peligro á que se esponía su señor.

Pero al momento que le vió libre de sus opresores llamó dos hombres, quienes piadosamente, mediante cierta cantidad que les ofreció, le ayudaron á transportar su cuerpo á otra parte.

Cuando el judío volvió en sí, lo primero que preguntó fué por su hija; pero lejos de arrebatarse y dejarse llevar del sentimiento que desgarraba su corazón, pareció mucho más tranquilo, y que había recobrado su sangre fria acostumbrada.

—Es menester, se dijo á sí mismo, salvarla, y esto

no se logra con desesperarse. Lo primero que hay que hacer es penetrar en su cárcel. La han dado dos horas y es preciso que yo la vea en este tiempo.

Y luego se levantó del lecho, no obstante las reflexiones de Benjamin, que hizo cuantos esfuerzos pudo para oponerse á la determinacion de su amo, creyendo que se habia vuelto loco, porque el judío echaba sus cálculos entre sí, y solo tal cual vez dejaba entender alguna palabra suelta.

II.

Entretanto, el gentío congregado en el *Campo Grande* desde el amanecer estaba ya sobre manera impaciente y desesperado con la tardanza de la funcion que aguardaba.

No parecia sino que se les debia de justicia la muerte ó la vida de aquella infeliz, que á todo estaban convenidos con tal de pasar el rato, ya viéndola ir al suplicio, ó salir salva de la cruel prueba que dedia sufrir.

Pero el tiempo volaba, las horas corrian, y no llegaba no obstante la que el pueblo esperaba con tanta ánsia.

Decian unos:

—Sin duda la bruja halló una escoba y se escapó por el agujero de la chimenea.

Gritaban otros:

—Es una infamia tenernos así todo el dia esperan—

do ahí una hechicerilla, que al fin y al cabo no es ninguna Medea, y el buen estudiante citaba el precepto clásico, *nec coram populo Medea trucidet*.

—La culpa de eso, decia otro, la tiene el rector de la Universidad, que entretiene el tribunal más de lo que debiera con sus discursos.

—Como que es el secretario del obispo.

—Muera el rector.

—Y los jueces.

—A sacar la bruja y nosotros la quemaremos, gritaba otro.

Y el tumulto crecia, y los arqueros que estaban de centinela no las tuvieron todas consigo.

Pero el pueblo de Valladolid, así como todo el de España, sensato, pacífico y sufridor por naturaleza, no es de aquellos que se alborotan porque les hagan esperar mucho tiempo; así que, escepto algunos estudiantes de los más perdidos, nadie tomó parte en el alboroto, causando miedo en unos, risa en otros y apatía en todos la intrepidez de aquellos extravagantes mozuelos.

En esto, el reloj de sol del convento de los Agustinos señaló las tres, y al mismo tiempo se oyeron gritos de alegría, tal como cuando sale el toro en la plaza los suele dar el pueblo si hace mucho que espera la llegada del que ha de presidir la funcion.

—¡Ahí viene! ¡Ahí viene! gritaban de todas partes los que ocupaban las alturas, mientras los que estaban debajo empinaban los gaznates por si lograban ver algo.

Pero no tardó mucho en aparecer la fúnebre comitiva con dos pregoneros delante que á grito herido iban declarando los supuestos crímenes de Zoraida y la determinacion del tribunal. Venia en seguida gran número de arqueros á caballo escoltando á la prisionera, que á pié y en medio de ellos con los piés descalzos venia marchando con paso bastante seguro. Llevaba la espalda inclinada hácia delante y la cabeza baja, y tal vez su boca convulsa se contraía esforzándose para no llorar.

Así encorvada en su angustia parecia una palma tronchada por el huracan. Seguian tras de ella otros tantos alabarderos, menos por guardarla que por honra del obispo, que tambien con los otros jueces cada uno en su litera venia como era de su deber á presenciar el juicio de Dios.

Al llegar á una de las entradas del palenque la, comitivo hizo alto, sonaron las trompetas, formó la tropa, y el obispo bendijo al pueblo desde la ventanilla de su litera.

Apeóse en seguida, y lo mismo hicieron los otros jueces que le acompañaban, y en habiendo tomado asiento en el tablado, mandó el obispo tragesen allí á la acusada, y dijo:

—Tú eres una extranjera, y no tienes aquí nadie que te proteja; pero has apelado al juicio de Dios, y él te salvará si no eres culpable. Su voluntad va á manifestarse, y el hombre no podrá hacer otra cosa que someterse á sus inerrables juicios. ¿Has encontrado caballero

en el tiempo que el tribunal te ha concedido para buscarlo?

—¿Cómo quieres que una extranjera, respondió Zoraida, como tú mismo has dicho que soy, pueda encontrar en tan poco tiempo ninguno que se esponga á defenderla, no solo contra el acero de mi enemigo, sino contra la preocupacion de los que sin saber por qué me aborrecen?

—Y vos, dijo el obispo dirigiéndose á Jimeno, que como acusador estaba colocado enfrente de la acusada, ya que no se presenta campeón ninguno que defienda la inocencia de esta mujer, ¿qué prueba quereis que dé de que es inocente?

—Miróla Jimeno de hito en hito cambiando tal vez de color, y pensando al mismo tiempo entre sí que eran aquellos piés demasiado lindos y delicados para no hollar siempre flores en vez de hierros ardiendo. Y no habia formado la naturaleza aquella mano de nieve y rosas para oprimirla y reducirla á cenizas dentro de un guantelete de fuego.

—Pero no importa, se dijo, me ha despreciado, y debe morir. La prueba de las barras, continuó en alta voz dirigiéndose al tribunal.

—Mujer, dijo el obispo, la ira de Dios va á caer sobre tí si eres culpable; y allí además, añadió señalando á la hoguera, encontrarás la pena de tus crímenes en la tierra. Cúmplase la voluntad de Dios.

III.

Volvió Zoraida la vista al hornillo, que resonaba con el continuo y monotonó son de los martillos que á compás caían sobre el yunque, y cada golpe le pareció sentirlo en el corazón.

Y cuando la apartó de allí horrorizada, y vió la leña que había de consumir su cuerpo, cerró los ojos y sintió, como si se le despagara la carne de los huesos, un dolor tan intenso que estuvo próxima á desmayarse.

Pero su valor le sostuvo, y cuando abrió segunda vez los ojos miró el hornillo y la hoguera con serenidad.

Los dos maestros del campo que asistían á la prueba por si acaso la acusada encontraba caballero que la defendiese, se retiraron á un lado del palenque, y cedieron sus puestos á dos alguaciles del tribunal, que debían sostener á la acusada por los brazos mientras paseaba las barras.

Dos escribanos que allí había debían dar fé de como se había verificado la prueba sin malicia. engaño ni hechicería, tanto por parte de la procesada como por la del acusador.

Presentó un sacerdote á Jimeno los Santos Evangelios para que jurara no traer sobre sí encanto alguno ni sortilegio que torciese el juicio de Dios en daño de la acusada, lo que el paje juró, muy seguro de que

no habia necesidad de mas sortilegio que el hierro ardiendo para abrasar los piés de la mora.

El obispo lanzó de nuevo mil maldiciones contra el mal espíritu para que no interpusiese su influjo en contra ó en favor de ella, y luego resonaron los golpes sobre el yunque con mas fuerza, los jueces murmuraron algunas oraciones y salmos en voz baja, y el pueblo en silencio esperaba el fin de la prueba con cierto temor religioso. Entre tanto los tiznados satélites de Vulcano sacaron del hornillo hasta once áscuas largas de dos piés, que pusieron paralelas unas junto á otras, por donde habia de pasar la acusada.

Los dos alguaciles la acercaron por fuerza hácia las barras, y Zoraida sintió crispársele los piés, y en todo su cuerpo dolorosas contracciones de nervios. En vano se esforzaba á poner el pié: la naturaleza se resistia á aquel martirio, y sus miembros no obedecian á su voluntad.

—¡Oh! ¡piedad! ¡piedad! clamó arrojándose á los piés de los alguaciles, que la empujaban; yo no me muevo de aquí; yo no puedo... ¡Perdon! Soy inocente... La muerte, la muerte... Sí, yo prefiero morir mil veces á pasar por aquí...

En valde fuera querer pintar el sonido de su voz, ya dulce y humilde, ya dando gritos horribles al mirar las áscuas que sus piés habian de pisar, y las miradas de piedad y de terror que volvía á todas partes, y sus movimientos y contorsiones en aquel terrible momento.

Pero sus ojos no encontraban compasion en la fisonomía inflexible de sus verdugos, que acostumbrados á presenciar todos los dias semejantes crueldades, no hacian mas caso de las lágrimas y súplicas de sus victimas que del llanto de un niño que hubiera perdido un juguete.

—Vamos; reina mia, decia nno de los alguaciles, que se pierde tiempo. Mas caliente estará el infierno, y no te pesaba tanto ir allá.

—¡Por Dios! ¡por Dios! gritaba con voz que desgarraba el corazon de oirla. ¡Matadme! No me martiriceis. ¡Ah! ¿quién me habia de decir en otro tiempo que el hombre á quien he amado mas en mi vida habia de dejar que me martirizasen así? Yo deseo la muerte; dádmela; yo soy culpable; yo diré todo lo que querais, con tal de no pasar por aquí.

Esta última confesion suspendió el empeño de los alguaciles, y el juez, que en pié y junto á ella debia presenciar la prueba, se acercó al tablado, y dijo:

—Atendido á que la acusada se resiste á sufrir la prueba, y ha confesado todo, pido que sin más dilacion sufra la pena de muerte á que en este caso está condenada por el tribunal.

—La voluntad de Dios, dijo el obispo, se ha declarado manifestamente, y el demonio no se ha atrevido á arrostar su juicio, y ha abandonado el campo entregando á la justicia su presa. Que se ejecute la ley, y Dios tenga piedad de su alma.

—Amen, contestaron á una voz los jueces.

—Jimeno, prosiguió el obispo dirigiéndose al paje, habeis sostenido vuestra acusacion como leal y noble que sois, y el tribunal os declara libre de la palabra que habeis empeñado de sostenerla hasta el último trance, puesto que desiste de la prueba propuesta vuestra acusada.

IV.

En oyendo esto Jimeno, acompañado de los maestros de campo echó á andar, despues de haber saludado al tribunal respetuosamente, y se dirigió pensativo con la cabeza baja y sin mirar á Zoraida, hácia la puerta del palenque que caia al otro extremo.

El verdugo tomó su hacha en la mano y se dirigió adonde estaba Zoraida todavía de rodillas sin movimiento. Sus dos ayudantes pusieron fuego á la leña, que por estar embreada ardió en un momento, y los dos alguaciles se separaron de ella para hacer lugar al ejecutor.

Algunos corazones del pueblo que la hermosura de Zoraida y sus gritos habian movido á piedad, temblaron en aquel instante cuando vieron la hermosa cabellera de la desventurada en manos del verdugo que la arrojó adelante con indiferencia cubriendo con ella su hermoso rostro; y echando en seguida el pié derecho atrás y levantando el hacha en alto, se disponia á descargarla ya sobre aquel cuello de alabastro, morada de los amores.

Pero en aquel mismo instante, y aun no habia salido el paje del palenque, resonó un grito, que se extendió como un golpe eléctrico de boca en boca, y cien voces resonaron á un tiempo con alegría:—*¡Un caballero! ¡un caballero!*

El verdugo volvió la vista á los jueces, y el obispo le hizo señas de detenerse.

Bajó el hacha y quedó inmóvil detras de Zoraida, que clavada en el suelo de rodillas, esperando la muerte con resignacion, parecía una estatua de mármol de las que suelen adornar algunos sepulcros.

En este momento un caballero armado de punta en blanco entró en el palenque á rienda suelta montado en un generoso alazan, y arrojándose pié á tierra de un salto, se dirigió al tablado de los jueces con gallardo desembarazo.

Era de mediana estatura, robusto y airoso de continente.

Uno de los maestros de campo se acercó á él y le preguntó á qué venia.

—A sostener la verdad contra la mentira, á proteger la inocencia contra el hombre más infame y falso que existe, si la acusada me quiere por su caballero.

—Para eso, respondió el maestre, es preciso que digais vuestro nombre y os dejeis registrar por si se esconde en vos alguna supercheria.

—¡Supercheria! el acusador de esa infeliz es capaz de usarla, que no yo. De todos modos estoy pronto á todo ménos á decir mi nombre.

—Vuestra nobleza al ménos....

—La probará mi espada, respondió con intrepidez el desconocido: además el acusador y yo en otra ocasión hemos trocado ciertas prendas, y la que él me dió la traigo siempre conmigo. Quiero, pues, que me devuelva la que le entregué.

—Os creo caballero, y esa prueba me basta, respondió el maestro mirando una sortija que el incógnito le enseñó quitándose el guantelete de la mano derecha, y en la cual estaba grabado un blason.

Diciendo así le presentó ante los jueces.

—Este caballero, dijo, está pronto á sostener á pié y á caballo que la acusacion hecha contra esa mujer es falsa, y apela nuevamente en su favor al juicio de Dios.

—La acusada, respondió el obispo, se ha negado á la prueba de las barras, y ha preferido la muerte más bien que las consecuencias del juicio divino, y nosotros hemos dado por libre á su acusador.

—Sin embargo, si vuestra ilustrísima lo permite, dijo el maestse, observaré que la prueba del combate fué la primera en que la acusada convino, y la que el tribunal aprobó dándola dos horas para que buscara su campeón.

V. de estolidez inesplicable.

—El tribunal, despues de una corta aunque muy acalorada discusion, mandó se le preguntase á Zoraida si

convenia en esta prueba, y el maestro que acompañaba al caballero desconocido se acercó á preguntárselo.

Habíase recobrado Zoraida de su estupor, y las voces de la multitud y los vivas con que celebraron la llegada del caballero resonaban tan confusamente en su imaginacion mezclados con el golpe del martillo en el yunque, que aunque ya habia parado, todavía hacia dar saltos á su corazon, repitiéndose en sus oidos, que apenas podia darse razon á sí misma de lo que le pasaba.

Trató de echarse el cabello á la espalda para despejar la frente y mirar á su alrededor; pero halló que tenia las manos atadas atras, y entonces exhaló un gemido.

Estrañábase sin embargo la tardanza del verdugo en sacudir el golpe terrible que la habia de quitar para siempre de penas, y por un movimiento de instinto encogía de cuando en cuando los hombros.

Su ropaje era blanco, su cuello estaba desnudo, y de rodillas en medio del campo, detrás de ella el verdugo, el hacha al lado, mirándola con ojos estúpidos, aguardando solo una seña para retirarse ó matarla, y en su rostro cuadrado marcada la insensibilidad, ofrecian un conjunto de resignacion, de belleza, de horror y de estolidez inesplicable.

Uno de los alguaciles mandó al verdugo que se retirara, lo que él hizo refunfuñando: la levantó, la desató las manos, y Zoraida entonces, echándose el ca-

bello á la espalda, miró con ojos espantados alrededor, y enseñó el rostro pálido con la huella de la muerte en él.

Hubiérase dicho un cadáver que volvía á la vida.

Entonces llegaron á ella el maestre y el caballero que se ofreció por su campeón.

Entendió apenas Zoraida lo que la decían; pero respondió que *si le aceptaba*, y entonces la sentaron en un escaño junto á la hoguera, mientras decidía la próxima lid de su suerte.

Preguntó el otro maestre á Jimeno si estaba dispuesto á sostener la lid, á lo que respondió que sí, siempre que su contrario manifestase su nombre.

Entonces los dos enemigos se carearon, y el desconocido le dijo presentándole la sortija:

—¿Jimeno, reconoces esta joya? Tú debes tener en tu poder un relicario con un pedazo de la verdadera cruz que te cambiaron por ella.

Jimeno palideció: aquella voz le parecía haberla oído otra vez; pero no era la voz de un vivo: aquel cuya era había muerto hacia mucho tiempo.

—¿Quién eres? le preguntó en voz baja temblando.

—Pronto me conocerás, repuso el incógnito; monta á caballo, y luego verás quién soy.

—No, yo no me bato contigo; tu eres el alma de...

—De Usdrobal quieres decir, replicó el campeón de la mora; calla y monta á caballo, ó te declaro corbarde y manifiesto tu villanía.

—Eso no, ¡vive Dios! Mas que seas el demonio mismo no te temo, respondió el paje; y si eres Usdrobal y vives todavía, lo que es imposible, yo haré que no vuelvas otra vez á presentarte delante de mí. Estoy pronto, añadió volviéndose á los padrinos.

El despecho y la cólera habian sucedido al espanto de la sorpresa en el alma negra del paje; calándose el casco salió gallardamente en medio y montó un caballo que le presentó su escudero. No obstante el coraje y la duda, que le irritaba y afligía á un mismo tiempo, todavía se gallardeó en la silla, y dió una vuelta haciendo gentilezas por el palenque.

Al pasar junto á Usdrobal, que cerca del tablado estaba á caballo apoyado en la lanza, soltó una carcajada y le dijo:

—Tu protegida y tú vais ahora al otro mundo de fijo, y yo te aseguro que no me has de estorbar tercera vez hacer lo que me dé gana. Para un villano no te tienes mal á caballo.

—Mejor que tú, y no hace muchos dias que te lo probé, contestó el campeón.

—Imposible es que sea Usdrobal, se decia así mismo Jimeno; yo mismo le eché en el foso.

VI.

—Hechas, pues, todas las ceremonias de uso, y habiendo jurado los dos campeones ante el Crucifijo que

iban á combatir lealmente para aclarar la verdad y hacer patente el juicio divino, tomaron lanzas de manos de los escuderos, los dos maestros partieron el campo, y las trompetas dieron la señal de la acometida.

Creció entonces el ánsia y la zozobra en todos los corazones, cada cual tomando interés por uno de los dos contrarios, aunque la mayor parte deseaban el triunfo al desconocido.

Tenia, no obstante Jimeno, sus partidarios entre los que sin conocer á fondo los sugetos juzgan únicamente por la apariencia, y en particular entre las mujeres, habiendo agradado generalmente la belleza de su rostro, su natural buen humor y la elegancia de su apostura.

Pero de todos los espectadores no habia ninguno tan conmovido como el judío, que á la llegada del caballero habia logrado introducirse, aunque con mucha dificultad, en uno de los grupos que mas cerca estaban del palenque, y que desde allí no quitaba los ojos de su hija sino para mirar á su campeón, tan embebecido y desasosegado que puede decirse temia mas que ella el término de la lucha.

Entretanto, como hemos dicho, sonaron las trompetas, y ambos campeones se lanzaron á la carrera.

Igual era su furia y su valentia, igual sin duda el deseo de venganza y el odio que mutuamente los animaba.

Encontráronse, pues, con tanta fuerza, tanta vio-

lencia y coraje, que aun no los habian visto arrancar de sus puestos, cuando vieron los espectadores con espanto rodar por tierra á entrambos jinetes con sus caballos. El incógnito habia caido envuelto con su bridon hecho un lio, con un mechon de crin en la mano á que se habia asido. El troton de Jimeno, habiéndose levantado de manos, midió el palenque con sus espaldas, mientras que su señor, que habia encontrado en todo el ímpetu de la embestida la lanza de su contrario en su pecho, botó de la silla como una pelota, al aire, yendo á parar á más de dos varas de su caballo.

Desembarazarse de los estribos, levantarse y echar mano á la espada el campeon de Zoraida fué obra de un solo punto; pero viendo que Jimeno no se movia se acercó á ver si respiraba aun, y en tal caso á obligarle á confesar su delito.

Los dos maestros de campo llegaron al paje igualmente, y en habiéndole desarmado reconocieron que estaba espirando.

La lanza del desconocido habia saltado en dos partes, y una de ellas, que le habia entrado por la juntura de la coraza, asomaba á su espalda el hierro y mas de una cuarta de asta.

El golpe que habia llevado al caer le acabó de matar reventándole, y la sangre le saltaba aun á caños por las narices, los ojos y los oidos.

Cuando su contrario le exigió con el puñal en la mano que manifestase su crimen, todas sus facciones

se contrajeron, rechinó los dientes y gritó:—¡Maldición! y quedó muerto. Sucedió á esto en el concurso un profundo silencio.

El obispo y todos los jueces se levantaron, y habiendo traído á Zoraida toda turbada y confusa, el obispo dijo:

—Hé aquí el juicio de Dios. Mujer, estás inocente.

Capítulo XXXVI.

Don Juan.

. Por estotra puerta
te puedes ir.

(TRAMPA ADELANTE. Comedia
de D. Agustín Moreto.)

I.

Luego que Esther ó Zoraida fué declarada inocente, prorumpió el pueblo en infinitos vivas y estrepitosas aclamaciones, dando el parabien por su victoria al guerrero que tan generosamente habia tomado á su cargo salvar aquella mujer desvalida.

Los que ocupaban los tejados de los conventos se desprendieron todos á cual mas ligeros con intencion de verle de cerca, palparle si era posible, y satisfacer su curiosidad conociendo á tan intrépido caballero.

Los que habian tomado puesto en el llano se empujaron y comprimieron para acercarse mas al palenque, y en todas partes resonaban los aplausos, crecía el entusiasmo, los vivas, los bravos llenaban confusamente

los aires, y el espacioso campo retemblaba sacudido con tanto estruendo.

Los jueces y los maestros de campo dieron tambien la enhorabuena al vencedor, habiendo quedado satisfechos de su comportamiento, y en habiendo concluido las ceremonias de uso, se retiraron del palenque con la misma pompa y el mismo orden con que habian venido.

Pero antes de que hubiesen salido, ya el judío tenia abrazada á su hija, que sollozaba en sus brazos, y como si estuviera demente gritaba, lloraba, saltaba y la cubria de besos con tanta avaricia como ternura.

Ni uno ni otro pudieron pronunciar una sola palabra por mucho tiempo.

Miradas, sollozos, lágrimas y estrechísimos y convulsivos abrazos y gritos inarticulados fué únicamente lo que espresó el gozo del primer momento, y luego los mismos estremos que hacian, comunicando nueva convulsion á sus nervios, mil y mil veces la estrechaba su padre de nuevo y ella á él, y cada vez con mas fuerza.

Y su voz interrumpida, cortada, ahogada con los anhelosos latidos de sus corazones, podia solo de cuando en cuando proferir ¡hija mia! ¡padre mio! y hubiérase dicho que él no se contentaba con tenerla allí, ni con besarla, ni con apretarla á su corazon, sino que queria convertirse en ella misma, esconderla dentro de su corazon para que nadie la tocara ni el aire la ofendiera, y llevarla allí, y mirarla, y acariciarla, no ya

como un padre, sino como la madre mas cariñosa.

La espresion de su alegría, se comunicaba á todos los espectadores, que asimismo lloraban, y con semblantes llenos de lagrimas, pero bañados en dulce sonrisa, los contemplaban.

Acercóso tambien allí Benjamin, que acompañaba tambien á su amo en los estremos que hacia, y seguramente los tres formaban el cuadro mas tierno que puede crear la imaginacion.

Habia Zoraida olvidado todo en aquel momento, y hasta su antiguo amor por el ingrato Saldaña parecia tambien que se habia apagado enteramente en su alma.

Ya no era una huérfana sin amparo, una mujer desdenada, maldecida, odiada de todo el mundo: habia hallado por último un protector, un amigo, un hombre que la amaba, se alegraba y padecia con ella; un padre, en fin, que la idolatraba.

Zoraida era entonces feliz, y las lágrimas que derramaba no corrian gota á gota abrasando sus ojos y sus mejillas, sino que manaban en tropel, y desahogaban dulcemente, y refrescaban por vez primera su corazon.

Lo primero que vino á la memoria á su padre luego que recobró su razon, de que le habia casi privado aquella sobrenatural alegría, fué preguntar por el caballero que habia salvado á su hija.

La gratitud quizá exigia haberse acordado antes, pero el amor paternal sofocó en un principio cualquiera otro sentimiento en el alma del pobre judío, que á despecho de su estudiado estoicismo habia casi perdido en

aquella ocasion la cabeza, y Zoraida no estaba tampoco en disposicion de manifestarle su agradecimiento.

Pero cuando los dos se acordaron ya habia desaparecido, y no fué posible hallarle por mas que hicieron, pues en montando á caballo habia salido á escape del palenque entre los gritos de la multitud, que puesto que algunos intentaron seguirle, no lo pudieron lograr sino con los ojos, hasta que le perdieron en las estrechas y revueltas callejuelas que abocaban entonces al Campo Grande.

—Cómo ha de ser, hija mia, dijo Abrahan; ese extranjero es un hombre de bien, y ha tenido lástima de nuestras lágrimas: siento que se haya marchado sin probarle nuestra gratitud; pero confio que pronto le hemos de volver á ver, y en ese caso todos los tesoros del mundo no son bastante para pagarle.

Tú estás muy débil y necesitas descanso; vamos á mi posada, y no nos separaremos nunca.

—No, nunca, padre mio, respondió Zoraida: yo creí que ya no me quedaba ninguna esperanza en el mundo, y ahora veo que puedo todavía ser feliz. Pero, ¡ah! padre mio, si supiérais...

—Serénate, hija mia, ahora, y no turbes tan dichoso momento con ninguna memoria triste. Ven, hija querida de mi alma. ¿Qué puedes ya necesitar en el mundo habiendo encontrado á tu padre? Yo te amo más que á mi vida. ¡Estás tan pálida! ¡has sufrido tanto! pero todavía estás hermosa. Sí, esos son los ojos de mi hermosa Esther.

Diciendo así la besó en ellos cariñosamente, y echó á andar dándola el brazo, encargándole muchas veces y con mimosa ternura que se apoyase en él, y preguntándole cómo se sentia á cada instante con indecible cuidado.

II.

La muchedumbre se habia ya dispersado poco á poco, y solo algun otro de los mas curiosos paseaba por fin á sus anchas el Campo Grande, que no tardó una hora en verse tan abandonado y solitario como de costumbre.

Venia ya á mas andar la noche, y las oscuras calles de la ciudad ponian al judío á cubierto de la persecucion que recelaba emprenderian contra él, si como tenia motivos para sospechar, le habia conocido alguno.

No habia pensado hasta entonces en el riesgo á que se habia espuesto presentándose en público como uno de los principales héroes del drama que acababa de representarse; pero ahora, mas cuidadoso que por él por su hija, cualquier sombra, cualquier bulto le sobresaltaba.

Un hombre envuelto en una ancha capa aparecía á cierta distancia de ellos, y desaparecía por intervalos como una sombra errante, como una aparicion maléfica, siguiéndolos y espiando sus pasos.

No habia reparado en él Zoraida, ni el judío la dijo

una palabra siquiera por no asustarla; pero mas de una vez estuvo tentado de detenerse á preguntar á aquel hombre quién era, y aun lo hubiera hecho á no ir desarmado.

Hubiera querido Abrahan dar algunas mas vueltas primero que entrar en su posada por ver si le seguia aquel hombre tenaz, que como un gato arrimado á la pared se deslizaba sin ruido, y aun no parecia que movia los piés, pero se hacia ya tarde, su hija estaba casi exánime con lo mucho que habia sufrido, y el incansable embozado llevaba traza de seguirlos al fin del mundo.

Dábale cuidado al judío, y algunas veces detenia el paso, y aun se paraba por ver si el encapotado pasaba de largo; pero era como su sombra, y siempre quedaba detrás, y siempre á la misma distancia.

En resolucion, por mas que hizo no pudo evitar que el desconocido le viese entrar en una casa en el barrio de los judíos, donde el padre de Esther alojaba con un su amigo que allí vivia.

III.

Bajó á abrirles la puerta una vieja con un candil, y en habiendo entrado salió á abrazarle un anciano cuya nariz larga y demas facciones habrian hecho conocer al menos inteligente fisonomista que era uno de los decendientes de las doce tribus.

—Bendito sea el Dios de Israel, le dijo, que te ha sacado de manos de esos lobos sedientos de nuestra sangre, y te ha devuelto tu hija en el día de la tribulación. Pero me parece que está muy pálida; ya se ve, es natural; es menester que descanse.

—¡Zoraida! ¡hija mia! exclamó Abrahan todo sobresaltado viéndola que perdía las fuerzas, medio exánime y amarilla como una muerta: ¡Zoraida! ¡Dios mio! ¡Te he recobrado despues de tantos años para perderte tan pronto!

Pero Zoraida no respondia, ni acaso oía lo que la decia su padre: un sudor frio humedecia su frente, pálida como la cera: tenia las manos heladas, que apretaba su padre entre las suyas, besándola y llamándola por su nombre como un frenético, mientras su cuerpo habia caído desmayado sobre unos almohadones que acercó al momento el otro judío.

Habia éste conservado su juicio mas que su amigo, y en habiéndola pulsado conoció que no era aquel desfallecimiento otra cosa que una congoja producida por el sobresalto y la angustia de aquel día terrible y tantos otros como habia pasado presa, sin otro desahogo que sus lágrimas, abandonada de todo el mundo, y sostenida únicamente por la energía de su alma. Por lo que volviéndose á Abrahan, dijo:

—El sábio, amigo mio, no debe sorprenderse por nada, y debe estar prevenido para sufrir toda clase de contratiempos. Lo que tu hija tiene no es nada, y es raro que de esa manera te turbes, tú que has sido siem-

pre ejemplo de firmeza de alma en nuestra tribu.

Frunció Abrahan las cejas, y habiendo procurado serenarse, sentido de haber dado á conocer su debilidad delante de su amigo, lavó la frente de su hija con una de las aguas maravillosas que traia consigo, y pidió á su compañero que le ayudase á trasportarla al lecho, puesto que ya daba señales de volver en sí, y necesitaba de mucha paz y sosiego para reponerse.

Hecho lo cual, ayudado además de Benjamin y la vieja, los dos judíos se retiraron á otra habitacion interior adornada con alguna decencia y alumbrada por una lámpara de plata que ardía en mitad de la sala.

Un braserillo en que se quemaban varios olorosos perfumes estaba sobre una mesa de tres piés compuesta y ajustada con diferentes maderas de gusto mosaico, siendo este mueble y la lámpara los dos únicos objetos de lujo que allí habia, pues los almohadones y los sillones eran tan viejos y feos que mas que adornaban afeaban la habitacion.

Los dos viejos acercaron dos sillones á la mesa, y en sentándose dijo el patron á su huésped:

—Mucho tarda ese jóven cristiano á quien entregué la armadura y el caballo de que tú has salido fiador, y que tan bien ha aprovechado hoy á todas. El tiene cara de buen muchacho, y hoy se ha portado como valiente; pero esto mismo me hace pensar que una vez que se ha visto á caballo no le hemos de volver á ver por acá.

—Mucho lo sentiria, replicó Abrahan; no por el ca-

ballo y las armas, que ya son tuyas y yo te las pagaré, sino por no poderle dar las gracias como lo merece su buena accion.

—En efecto, repuso Aaron, que este era el nombre del otro judío, la fianza que me has dado te compromete á pagarme en caso que él no cumpla devolviéndome lo que por intercesion le presté. Pero ya sabes que no estamos para gastos, y....

En esto estaban de su conversacion, quando fueron interrumpidos por la llegada del jóven de quien hablaban, que con aspecto no muy tranquilo y precipitados pasos se habia entrado hasta allí sin mas etiqueta que pudiera usar en su propia casa.

Venia armado todavía como si acabase de echar pié á tierra de su caballo, solo que en vez de casco le cubria la cabeza un sombrero de alas anchas que casi le tapaba la cara, aunque no tanto que cualquiera que le hubiera visto una vez, si le miraba con atencion, no reconoceria en su noble fisonomía al generoso Usdrobal, como ya habrá supuesto el lector.

Lo mismo habia sospechado Jimeno al verle delante de sí en el palenque, puesto que le creyó nada menos que un fantasma del otro mundo, no pudiéndose imaginar que estuviese vivo el mismo á quien él habia visto hecho pedazos arrojar en el foso la noche que habian ambos tratado de libertar la hermana del Castellano de Iscar.

Pero la buena suerte, que sin duda para mayores cosas le guardaba, dispuso de modo que saliesen

torcidos los planes del malvado paje, librándole de la muerte que su traicion le tenia apercebida.

IV.

En medio de aquel inesperado combate, herido uno de los asesinos, rodó la escalera con grande estrépito hasta el último tramo sin detenerse, mientras que Usdrobal, luchando aun con los otros, sostuvo todavía la batalla por algun tiempo.

Herido ya y fatigado de combate tan desigual, viéndose á pique de perecer, se le ocurrió una estratagemma para salvarse, y arrojándose de repente en tierra, suponiendo que dándole por muerto se retirarian sus contrarios, se pegó contra el muro sin respirar siquiera hasta que sintió que se alejaban satisfechos de su victoria.

En este tiempo bajó la escalera con cuidado, receloso del menor ruido, la espada en la mano, hasta que llegando á un trozo de la muralla que daba al campo, se arrojó desde su altura sin titubear, con lo que anduvo toda la noche hasta llegar á sitio donde curarse de sus heridas.

Volvieron á poco tiempo los asesinos con una luz á recoger su cadáver; pero como no le hallaron, temerosos de que el paje los castigara, y codiciosos del premio que éste les habia ofrecido, no dudaron en suponer que el cuerpo muerto de su compañero era el de Usdrobal, estando tan desfigurado y hecho pedazos

que no daba nada que sospechar, y Jimeno, que desde el principio de la pelea se habia retirado llevando á Leonor, creyó de buena fé cuanto quisieron decirle.

Permaneció Usdrobal oculto por algun tiempo curándose de sus heridas, y sentó plaza despues en uno de los escuadrones rebeldes, donde estuvo hasta el dia de la derrota general, en que habiendo determinado marchar á Vizcaya en busca del hijo de D. Lope de Haro, que andaba revolviendo aquella provincia, llegó á Valladolid, donde la fama del proceso de la desgraciada Zoraida le hizo detenerse por unos dias.

Estuvo presente á todas las declaraciones de los testigos, y desde el momento que vió que era el paje su acusador se determinó á servirla de campeon en caso que el juicio se remitiese á las armas.

Fatigábale sin embargo el pensar que á despecho de su buena intencion no habia de serle su valor de provecho, por no estar armado caballero y no tener siquiera quien le prestase caballo con que poder entrar en la lid. Pero el cielo, que velaba en favor de la inocencia, hizo de modo que el judío, á quien él habia visto antes en el castillo de Iscar, no habiendo podido penetrar en la prision de su hija, se dirigiese á él eligiéndole por su defensor, y proveyéndole de cuanto necesitaba para el combate.

Tal era la suerte que habia Usdrobal corrido desde su salida del castillo de Cuellar, ded onde milagrosamente habia escapado con vida, habiendo, en fin, lo-

grado poner en claro el juicio de Dios con la muerte del traidor que no le creía ya en este mundo.

—Entró, pues, como hemos dicho, bastante agitado en la sala donde conversaban muy en paz los dos amigos judíos, y encarándose con Abrahan exclamó:

—Si aprecias en algo tu vida, sal de esta casa al momento, monta en mi caballo, que está á la puerta, y huye sin detenerte, porque no tardarán media hora en venir á prenderte aquí.

Turbáronse los dos judíos al oír tan inesperada noticia, levantáronse de repente de sus asientos, y exclamaron casi en el mismo instante cada uno segun el sentimiento que en ellos habia producido:

—¡Y mi hija! ¡qué será de mi hi!a! gritó Abrahan: ¿estás seguro de lo que dices?

—¡Mi casa, mis riquezas! exclamó Aaron: esos perros van ahora á saquear lo poco que con sus continuos robos han dejado al pobre judío. Dios de Abrahan, haz que los piés de esos babilonios queden clavados contra la tierra, para que no vengan á maltratar á tu siervo.

—Te han conocido, repuso Usdrobal dirigiéndose á Abraham, y yo me he adelantado á avisarte; huye, si no quieres perder la vida, y no temas en cuanto á tu hija, que además que no hay nada contra ella, yo te prometo á todo trance protegerla y llevarla adonde tú estés.

—Sí, tienes razon, repuso Abrahan, que recobró al momento su acostumbrada serenidad, no hay más re-

medio que huir. ¿Y á quién mejor que á tí podré yo fiar el cuidado de mi hija, que hoy la has salvado la vida? ¡Ah! solo ella puede obligarme á salvar la mía: por lo demás, ya soy viejo, y morir hoy, morir mañana, me seria indiferente. Pero vamos, no hay más remedio que huir.

—Tú, sí, vas seguro, replicó Aaron; pero yo, ¡desventurado de mí! no tengo recurso ninguno, y voy á perder en un dia lo que me ha costado tantos de sudor para atesorar. No que yo sea rico... prosiguió volviéndose á Usdrobal.

—¿Qué me importa á mí que lo seas ó no? Sálvate, Abraham: yo creo que todavía tienes tiempo.

V.

Abrazáronse los dos judíos, el uno recomendando á su hija, y el otro sollozando y gimiendo por su dinero, que iba á correr tanto riesgo si entraban en su casa los *babilonios*, y Abraham, en habiendo tomado una luz, acompañado de Usdróbal, sin atreverse á despedirse de Zoraida, que descansaba, se encaminó hácia la escalera, cuando oyeron grande estrépito de armas y gente que se acercaba.

—Sígueme, le dijo Usdrobal desenvainando la espada, que juro á Dios que he de abrirte camino.

—Eso no lo permitiré yo, replicó el judío, que no quiero que pierdas por mí tu vida: retírate.

—De ninguna manera; ó he de morir, ó te he de salvar, repuso el valeroso cristiano; no se dirá que abandoné yo nunca en el riesgo á mi compañero.

—Generoso amigo mio, guarda tu [vida y cuida de mi desgraciada hija, sino yo te juro que me entregue yo mismo á mis enemigos.

En esto el ruido de los pasos y el crugir de las armas se oía cada vez mas cerca.

—¿Pero hay algun otro sitio por donde huir? preguntó Usdrobal.

—Sí, replicó el judío, pero es preciso que me dejes solo; aquí esta ventana cae á un corral que tiene una puerta falsa que comunica al campo; la bajada es fácil y aun tengo tiempo; tú no eres conocido y debes quedarte aquí con mi hija... ¡Esther mia! prosiguió interrumpiéndose con un suspiro; pero tú, amigo mio, tú la consolarás; á Dios.

Diciendo así echó el cuerpo fuera de la ventana, y apoyando los piés en una estrecha cornisa que formaba la pared á poco más de una vara del suelo, saltó al patio sin hacerse daño, abrió la puerta falsa, y Usdrobal le creyó libre.

Apenas volvió la cabeza de la ventana donde habia estado mirando la fuga del judío, cuando se halló rodeado de hachas encendidas, partesanas, picas y alabardas de los que venian en su busca.

—Hola, amigos, dijo Usdrobal volviéndose á ellos con extraordinaria serenidad, yo creo que el pájaro ya voló, á lo menos ya hace rato que ando reconociendo

la casa, y voto á Santiago que no ha quedado rincón que no he escudriñado.

—La puerta de ese corral da al campo, dijo uno de los alabarderos.

—Así es, repuso Usdrobal sin alterarse; pero justamente al otro lado hay gente apostada para apresarle, y por ahí no se ha de escapar.

—No hay duda, respondió el que parecía jefe de aquella tropa; tiene razón este mozo, que allí está ese hombre flaco que dió el aviso y un compañero mío con algunos hombres de armas.

—¡Suerte del diantre! murmuró entre sí Usdrobal desesperado con la noticia que él mismo había forjado, y que salía cierta por su desgracia.

En esto llegaron dos hombres mas con el judío Aaron, á quien habían hallado en un sótano entre algunos cofres y sacos, casi embutido en ellos y pegado á la pared como si fuera una oblea.

En vano juraba el pobre hombre y afirmaba que nada sabía de Abrahan: amenazábanle con tormentos sino declaraba dónde se encontraba su amigo, á quien traían orden de prender y llevar á presencia del rey, contra quien había conspirado, y aun hubieran ejecutado su amenaza si no hubiera llegado el aviso de que estaba ya asegurado el reo á tiempo que tratando de escaparse había tropezado con los que guardaban la salida del campo. Estaba allí en efecto Zacarías, que era el que le había seguido aquella noche, y que cierto de la casa en que habitaba le había descubierto.

Sin embargo, no impidió la aprehension de Abraham para que llevasen preso al otro judío, habiéndose salvado Usdrobal, como suele decirse, en una tabla, por no haber topado con el infame devoto, que no hubiera quizá dejado de hacerle alguna obra de misericordia.

Quedó la casa sola, habiendo quedado el cuarto de Zoraida únicamente sin registrar, que por haber hallado al judío tan pronto, no entraron en su aposento donde la infeliz reposaba todavía de sus pasadas fatigas, y muy agena del peligro que corría su padre.

Capítulo XXXVII.

Boabdil.

Pues la sentencia pronunció tu labio,
él vivirá; pero á mi amor sincero
has de corresponder.

Zoraida.

¡Señor! ¡amaros!

Boabdil.

O caerá su cabeza en este día.

Zoraida.

¿Hay mayor crueldad?

(ZORAIDA: *Tragedia de Cienfuegos.*)

I.

Mientras esto pasaba en Valladolid, proseguía Sancho IV en el castillo de Cuellar ocupado en castigar los jefes de los rebeldes, llevando la crueldad al punto de no perdonar uno solo de cuantos tuvieron la desgracia de caer en sus manos.

Cabezas ilustres desprendió de sus troncos el hacha del verdugo, y pocas veces bañó sangre mas noble el cadalso, siendo la mayor parte de los que en él pere-

cieron fieles servidores del sabio rey D. Alfonso, en cuyo servicio habian arriesgado su vida mas de una vez valerosamente en los combates.

Solo Hernando de Iscar quedaba hasta entonces vivo, si puede llamarse vida la miserable existencia que arrastraba en una estrecha prision del castillo de Cuellar, á donde le habian trasladado luego que la victoria del rey desbarató los planes de sus compañeros.

Perosua mala suerte estaba muy lejos de ofrecerle tarde ó temprano la libertad, puesto que como jefe principal de los revoltosos era casi seguro correria igual fortuna que sus amigos, muriendo en un patíbulo como traidor si ya el rey, cediendo á las instancias de Saldaña, no le perdonaba la vida.

Tal era sin duda el pensamiento del Castellano de Cuellar, que ya habia logrado del rey dilatar su muerte con esperanza de alcanzar la mano de Leonor, condicion que pensaba poner, y sin la cual estaba firmemente resuelto á no interponer su influjo en favor de Hernando.

Traíale esta idea sobremanera distraído y silencioso, y aunque en él no fuera estraña jamás la tristeza, en su rostro amarillo y en sus hundidos ojos notábase empero que no era ya un mar de pensamientos el que movía borrascas en su alma, sino que uno inmutable, único, se habia apoderado de todo él.

Paseábase solo calculando entre sí como haria para no ser aborrecido de aquella mujer que era el sueño de su felicidad, ya dudando si obraria generosamente po-

niendo en libertad á su hermano, ya temiendo no recibir en tal caso mas que una fria muestra de agradecimiento de parte de su altiva prisionera, quedando al mismo tiempo sin medios de forzar en adelante su voluntad, por haberse privado del único recurso que en su desesperacion le quedaba.

—No, se decia á sí mismo, no para obrar tan neciamente os he hecho traer prisioneros á mi castillo. Tu hermano morirá si te obstinas, tú estarás aquí presa toda tu vida, y al fin te he de poseer por fuerza ó por voluntad.

En diciendo esto se encaminó hácia la habitacion de Leonor, resuelto á poner por obra lo que habia pensado, solo que al entrar sintió enfriarse su valor, titubeó, se maldijo á sí mismo, y tuvo que hacer un no pequeño esfuerzo para afirmarse en su determinacion.

II.

Estaba Leonor acompañada de dos de las doncellas que la servian, quienes viendo entrar á Saldaña se retiraron, y él se sentó enfrente de ella.

—Tráigoos, señora, le dijo con los ojos torvos clavados en tierra y una agitacion que desmentía el tono tranquilo de sus palabras, una muy mala noticia.

—¿Ha muerto mi hermano? preguntó Leonor toda sobrecogida.

—Es mucho peor, replicó Saldaña con la misma calma aparente; vuestro hermano cayó prisionero, y...

—Es falso, exclamó Leonor con orgullo: mi hermano hubiera muerto mil veces antes de dejarse prender: es falso.

—La suerte de la guerra, continuó Saldaña moderando su voz, es tal que muchas veces sucede lo que uno menos se imaginaba. Vos no lo creereis, pero la prision de vuestro hermano no es menos cierta por eso: yo os lo digo á fé de caballero.

—¿Y qué será ahora de él? ¡Saldaña! exclamó Leonor mirándole horrorizada, ¿qué será de él?

Bajó Saldaña la cabeza sobre el pecho, cruzó los brazos, hubo una pausa, encogióse de hombros y dijo:

—Su suerte será la de sus compañeros; morirá como ellos en un cadalso pregonado como traidor.

—¿Y vos me lo decís así, Saldaña? exclamó Leonor, ¿vos me lo decís tan friamente?

—Y si yo os pregunto me amais, ¿no me responderéis friamente que no? replicó Saldaña. ¿Y creéis acaso que es más una sentencia de muerte, un pregon, que se olvida en cuanto se ha acabado de oír, una nota de infamia, que allá en el otro mundo no ha de aumentar las penas del infierno ni las dulzuras de la gloria; creéis que es más que un no de la mujer que se adora, que puede forzar al hombre á cometer crímenes, á haber eterna la condenacion de su alma, eternos sus tormentos, y obligarle á llevar años y años una vida de maldicion que solo podria trocarse por la muerte de horror y desesperacion que le aguarda? ¡Ah! Y vos me habeis dicho ese no friamente mas de una vez.

—Vuestro honor mismo, Saldaña, está comprometido á salvar á mi hermano, repuso Leonor conmovida; él ha sido el amigo de vuestra juventud, él ha sido vuestro enemigo noblemente en el campo. Un caballero generoso debe recordar solo en tal caso la amistad, y olvidar todo resentimiento.

—¡Mi honor! respondió el de Cuellar con una amarga sonrisa. ¡Un caballero generoso! ¡la amistad! Yo ya no tengo amistad, generosidad ni honor: tú me has dicho que no, y yo he sacrificado ya todo por lograr un sí de tu boca.

—¡Oh! Saldaña, exclamó Leonor con aquel eco de voz tan dulce que enterneciera un diamante, y arrojándose al mismo tiempo delante de él de rodillas, por Dios, por mí, si me amas, salva, salva á mi hermano.

—¡Leonor! gritó Saldaña sorprendido de aquella accion tan inesperada: levantad, que yo no soy sino un hombre y tú una divinidad, y yo sí que debo besar tus piés.

—¿Salvarás á mi hermano? ¿me lo prometes? preguntó Leonor poniéndose en pié.

—¿Serás tú mia? preguntó Saldaña: ¿me lo juras?

Esta pregunta hizo volver en su acuerdo á la desdichada Leonor, que se sonrojó avergonzada de haberse humillado hasta el punto de tener que oir con paciencia el atrevimiento que ella misma habia provocado arrebatada del deseo de libertar la vida á su hermano.

Sentóse otra vez en su silla y quedó pensativa por largo rato: Saldaña ocupó de nuevo su asiento.

—¿Qué dijera Hernando de mí, se dijo á sí misma, si ahora me hubiese visto rogar por él á los piés de su enemigo? ¿Qué poco reconocería en mí á su hermana!

III.

Mientras reflexionaba de esta manera, y procuraba recobrar la entereza digna de una dama de aquellos tiempos heróicos, esforzándose á mirar con serenidad el rostro á la fortuna, Saldaña, no menos pensativo, aunque mucho más animoso, no quitaba los ojos de ella, dándose á sí mismo ya el parabien de su triunfo.

—Leonor, dijo, tu hermano vivirá, y sus Estados y todo lo que ha perdido le será devuelto con solo que tú pronuncies una palabra. Mil veces te he dicho que te idolatro, y te he pintado el amor de fuego con que has abrasado mi alma. No me hables de generosidad, no me pidas por él: es inútil; eres tú quien le ha de librar, y yo no he de ser sino el instrumento de tu voluntad. Mentiría si te ocultase que puedo fácilmente salvarle; pero no, Leonor, tú no has sido generosa conmigo; tú me has visto á tus piés triste, afligido y acosado de mil tormentos; te he pedido, no que me libertases de una muerte pronta, sino en una lágrima de piedad mi felicidad en la tierra y la salvacion de mi alma; tú me has arrojado de tí con desden, y el lobo tiene más piedad del cordero que devora, que tú has

tenido de mí. ¡Leonor! ¡Leonor! no apeles á mi generosidad.

—Sí, me he engañado, replicó la hermosa de Iscar recobrando su natural gravedad; te creía criminal, pero caballero; ahora conozco que tu corazon no tiene otro resorte que tu egoismo, que en tí la órden de caballería está peor empleada que en el mas ruin villano. Sí, baja los ojos y avergüénzate, Saldaña: mi hermano morirá en un cadalso, le llamarán traidor, pero la posteridad le juzgará como á bueno, y tú y sus enemigos llevareis la mancha con que intentais ahora empañar el lustre de sus hazañas. En cuanto á mí, soy noble castellana y hermana suya; la misma sangre que arde en sus venas anima mi corazon; rogaré á Dios por su alma, y no se dirá que desmentí con una sola lágrima de debilidad mi linaje.

Pronunció estas palabras con tanta magestad, entreviéndose al mismo tiempo la pena que le causaba la situacion de un hermano que hacia con ella las veces de padre, y á quien tenia por único cariño en el mundo, que el insensible Saldaña no pudo menos de conmovérsele.

—Leonor, le dijo, arrodillándose á sus piés y tirando de la daga que llevaba al cinto, un solo remedio hay para mí: si tan infame te parezco, toma este puñal y clávalo en mi corazon. Véngate de los insultos que te he hecho, y venga al mismo tiempo á tu hermano. Animo tengo para sufrir la muerte y bajar al infierno que me aguarda; pero quitarme yo mismo el

único recurso que me queda para obligarte á que seas mia si vivo, ni quiero, ni puedo: hiéreme.

—Retiráos, Saldaña, retiráos de aquí, repuso Leonor con serenidad, y si queda en vuestro corazon algo del respeto que me habeis manifestado siempre hasta ahora, no volvais mas á insultarme con vuestra presencia. Entre nosotros no cabe ya reconciliacion: yo soy vuestra prisionera, mi hermano es vuestra víctima, y vos nuestro enemigo comun.

—En efecto, replicó Saldaña levantándose y dando rienda suelta á la ira, tú eres mi prisionera, y yo dispondré de ti á mi voluntad: he sufrido tus insultos, te he rogado cuando podia mandarte, me he visto ajado y hollado por tu soberbia. Desde ahora cuenta que hemos cambiado ya de papel; á mí me toca mandar, á tí obedecer, suplicarme y llorar, y tu hermano morirá, ó tú has de ceder á mi gusto. Tres dias te doy de término para resolverte; cumplidos estos Hernando acabará en el patíbulo su vida, y de grado ó de fuerza te poseeré.

Los ojos hundidos de Saldaña lanzaron sobre la infeliz una mirada de tigre: el tono de su voz ronco y oscuro semejaba al zumbido del huracan entre los árboles, y Leonor, á despecho de la entereza que se esforzaba á aparentar, no pudo menos de apartar de él la vista y estremecerse.

Capítulo XXXVIII.

Que es mujer, y apasionada,
ningun respeto la enfrena.

(*Romance de Abenzulema.*)

I.

Entretanto Zoraida lamentaba en Valladolid la prision de su padre, á quien ya sabia conducian algunos hombres de armas camino de Cuellar con intencion de presentarle al rey, á quien tocaba únicamente juzgarle como embajador que se decia del rey de Aragon.

Vano fuera querer pintar la sorpresa y el dolor que sintió cuando se halló al despertar sola en aquella casa, para ella desconocida, con una mujer anciana á la cabecera del lecho que con infinitas lágrimas y no pocos supiros la refirió la prision de Abrahan, asi como la de Aaron, sobre lo cual hizo largos comentarios y dolorosas lamentaciones.

Baste decir que la confusion en que se hallaban los

sentidos de la desgraciada judía era tal, que apenas como de un sueño se acordaba de todos los sucesos que desde su prision en el castillo hasta entonces habian pasado por ella, y casi no comprendia lo que le contaba aquella mujer.

Oíala sin hablar palabra, y miraba á su alrededor como atónita de verse allí, sin poderse dar razon á sí misma de todo aquello.

Pero cuando Usdrobal poco tiempo despues de amanecer volvió á verla, habiendo logrado zafarse de los de la escolta, todas las dudas se disiparon en su mente, los recuerdos de lo pasado cobraron nuevo vigor en su alma, y la dolorosa verdad ocupó el lugar de sus ilusiones.

Todo era demasiado cierto, y Usdrobal debia ser en adelante su único protector en el mundo, segun habia encargado su padre.

Con todo, como mujer tan sobremanera animosa, no tardó en tomar su resolucion, y sabedora ya del destino del preso, se determinó á volver al castillo que habia de servirle de cárcel. Vistióse, pues, y en saliendo á otro cuarto donde la aguardaba Usdrobal le comunicó su designio de marchar á Cuellar, donde ella sabia cómo entrar y cómo salvar á su padre, valiéndose del conocimiento que tenia de todos los pasadizos ocultos y comunicaciones secretas de aquel castillo.

No le pareció á Usdrobal tan descabellada su proposicion que se pudiera desechar sin meditarla primero.

Parecíale efectivamente fácil la libertad del judío si

Zoraida lograba penetrar en la fortaleza, en lo que no habia á su parecer gran riesgo, ahora que Jimeno habia pagado sus crímenes con la muerte y no podia sorprenderles.

Facilitábale quizá mas esta empresa, que al cabo no dejaba de ser peligrosa tanto para él como para Zoraida, si llegaban á sóspechar su intencion, el recuerdo de la hermosa Leonor, cuya imágen no se habia apartado de sus ojos en medio de cuantas aventuras habia corrido.

La idea de hacer algo en su favor, y sobre todo el pensamiento de que quizá podria verla, oirla al menos y que iba á habitar bajo el mismo techo, producía tal contento en su alma, que nada le parecia imposible ni aun dificultoso.

Pero aunque todo esto le halagaba sobremanera, no le cegaba hasta el punto de desoir la voz de su conciencia, que le gritaba mirase bien el paso que iba á dar tan aventurado, puesto que al fin él seria responsable de cualquier desgracia que por su imprudencia sobreviniese á aquella mujer que habia puesto la Providencia divina á su cuidado.

—En verdad, se dijo á sí mismo pensando en esto y sonriéndose, que en mi vida he meditado nada con tanta madurez como ahora, y luego dirán que soy ligero de cascos. Pues señor, nada de eso, prosiguió en alta voz, yo iré solo y sacaré á vuestro padre de sus apuros, ó mal me han de andar las manos.

—Eso no, respondió Zoraida; vos me acompañareis,

y yo iré, y no mediteis mas sobre esto, porque estoy determida ya, y no he de dejar de ir.

En resolucion, largo fué el debate; pero habiendo vencido por último la obstinacion de Zoraida fueron tan poderosas las razones que supo darle, que Usdrobal se encogió de hombros, y no sabiendo qué responder salió á preparar el viaje para marchar aquel mismo dia.

II.

Tres horas despues ya se habia proporcionado Usdrobal dos caballos, Zoraida se despidió de la buena vieja que la asistia, y ambos á dos emprendieron su marcha, cada cual muy pensativo y ocupado de sus designios.

Marchaban uno al lado del otro sin hablar palabra, Usdrobal saboreándose con formar, como suele decirse, castillos en el aire, y ella esforzándose á desechar de su imaginacion la principal figura del cuadro que le forjaba su fantasia.

Pero por mas que intentaba alejarla, representándose á su padre en el inminente peligro en que se encontraba, por mas que intentaba apartar de sí cualquiera otra idea, deseosa de pensar ni amar mas que á él, estaba harto reciente su herida, y su pasion era demasiado poderosa para que no pensase en Saldaña.

Su infidelidad, su infame comportamiento, su amor por aquella cristiana á quien ella en sus celos atribuía

la mayor parte de sus desgracias, cuanto habia padecido por causa suya, cuantos planes de venganza le sugeria su resentimiento, todo, en fin, combatia y ocupaba de tal manera su alma, que la prision, la muerte de su mismo padre no era sino una gota mas de veneno en el agitado mar que emponzoñaba su vida.

Su amor á Saldaña habia sido el primero, el único amor de su corazon, y ahora no podia menos con vergüenza de confesar en sí que la libertad de su padre era solo un pretesto con que queria en vano engañarse á sí misma para ocultarse la fuerza de su pasion y el poder del destino que la arrastraba á Cuellar.

Mil pensamientos de venganza volaban delante de ella, mientras que otros tantos de esperanza y felicidad llenaban la mente del alegre Usdrobal, que al cabo de haber andado una legua entonó esta cancion con voz clara y no de mala manera cantada:

Tocando están á maltines

y está roncando el prior,

que es para él la campana
como cantarle el *ró ró*.

Dos vueltas daba en la cama,

un bostezo y una tos,

y como es noche de Enero

entre sueños se arropó.

Perdido entre tanto andaba

ya fatigado el troton,

calado y yerto de frio,

jurando y llamando á Dios,

un ginete aventurero

que mal oficio tomó.

Al tañer de la campana

relíncha alegre el bridon,

alza la cabeza, el paso

presto aguija, y su señor,
reanimada su esperanza
de hallar cerca poblacion,
va acariciándole el cuello
y le anima con la voz.

Entre breñas solitarias,
como sombras que fingió
en noche oscura á lo lejos
tal vez medroso pastor,
se elevan las altas torres
de aquella santa mansion.
A pié se arroja al llegar
soñoliento el viajador
y chocó en sus férreas puertas
con ímpetu su lanzon,
que por bóvedas y cláustros
hondamente resonó.

Para; nadie le responde;
vuelve á llamar: al rumor
los muertos se despertaran,
mas no despierta el prior:
dos, tres, cien veces repite
los golpes con mas teson:
tiembla la puerta, y es fama
que el edificio tembló.

Pero no entró el caballero
ni dió al caballo racion,
y á pesar del ruido duerme
á pierna suelta el prior.

—Vos sois dichoso, Usdrobal, dijo Zoraida con un suspiro.

—Ciertamente no me creo del todo infeliz, repuso el desembarazado mozo, pero tampoco me faltan penas.

—¿Amais mucho á Leonor? ¿Creeis que ella no os sea ingrata?

—Señora, respondió Usdrobal sonrojándose, yo amo á Leonor con toda mi alma, pero ella no sabe ni sabrá

nunca que yo la amo. No, prosiguió como si hablara consigo mismo, no se lo diré jamás; hay mucha distancia de mí á ella, y perderia hasta el consuelo de verla.

En esta conversacion llegaron á uno de los pueblos del camino, donde descansaron aquella noche, sin que sea posible pintar el decoro y respeto con que Usdrobal la trataba, que no parecia sino que mas se habia educado en cortesanos estrados que en rudos castillos y cuevas de ladrones, tan puntual y atento supo mostrarse en aquella ocasion.

III.

Al dia siguiente, que por estar ya á fines de Octubre empezaba á enfriar la estacion, habiéndose puesto en marcha dejó Usdrobal ambos caballos en la cabaña de un pastor, no muy léjos de Torre-Gutierrez, á donde caia justamente, si mal no se acuerda el lector, la entrada secreta que conducia á la fortaleza de Cuellar.

En vano rogó alli de nuevo á la apasionada Zoraida que desistiese de su empresa, representándole los muchos peligros á que se esponia, y ofreciéndose él á cuanto fuese necesario hacer en favor de su padre.

Pero ella desoyó todos sus consejos, arrebatada de su vengativa pasion, que por instantes crecia conforme se iba acercando á la habitacion de su infiel, con

mezcla de rencor y de ternura, de valor y de miedo, toda trémula y temerosa de verse con Saldaña, jurando huir de él, y deseosa al mismo tiempo de hablarle.

Entraron, en fin, y aquel día era sin duda uno de aquellos en que ha de cumplirse algun terrible anatema, un día de maldicion y de muerte.

Capítulo XXXIX.

Rodrigo.

¡Desventurada!

Gonzalo, su cadáver apartemos
de este lugar.

(CONDESA DE CASTILLA. *Tragedia de Cienfuegos.*)

I.

Acababa Saldaña de pronunciar las tremendas palabras que hicieron estremecerse á la desamparada Leonor, cuando mirando á un lado y á otro, sin acertar aun á retirarse de su presencia, y temeroso tambien de dejarse llevar de la ira que le abrasaba si permanecía alli mas tiempo, cuenta la historia que á una de las puertas laterales de la habitacion vió una mujer lívida, azul el rostro, la rábia en la boca, lumbre en las pupilas, furia en todos sus ademanes, que sin quitar de él los ojos, y con un puñal en la mano derecha, á paso de lobo se le acercaba.

Miróla Saldaña aterrado, y ella viéndose descubierta ni huyó, ni bajó los ojos siquiera, antes por el con-

trario enclavólos en él con mas ahinco que nunca, y solo detuvo el paso dudosa á cuál de los dos, á él ó á Leonor, elegiria por su víctima. Hubiérase creído al ver á Leonor y á Saldaña suspensos y estúpidos á su vista que los ojos de aquella tigre tenian virtud para convertir en piedra cuanto miraban, como la Gorgona de la fábula. Pero no tardó mucho tiempo Saldaña en volver en sí y en reconocerla.

Habia sabido ya el éxito del proceso y la muerte de su lindo paje, y vió que la que tenia delante de sí era Zoraida.

—¡Mujer! ¡todavía estás aquí, todavía vuelves á atormentarme! exclamó lleno de furor.

Y arrojándose sobre ella tiró de la daga, y antes que Leonor pudiera oponerse, antes que la mora pudiera evitar el golpe, se la clavó en el pecho y la derribó á sus piés yerta. Cayó Zoraida, dió un alharido Saldaña, y arrojando la daga huyó precipitadamente del cuarto.

—¡Maldicion! ¡maldicion! ¡soy perdido! se oyó que decia huyendo al mismo tiempo fuera de sí.

Dió Leonor gritos como una loca, acudieron al punto sus doncellas, y habiendo registrado la herida de Zoraida se halló que no era tan profunda que pareciese mortal, sin embargo que por entonces no daba señal de vida. Entró á poco tiempo Duarte y dos escuderos, y viendo que no se bullia ni respiraba siquiera, la sacaron del castillo al campo, donde, como no era cristiana, quedó para festin de las carnívoras aves sin enterrar.

Capítulo XL.

Viéndole en su promesa tan constante

.....
salió á la prima noche en gran secreto.

(ARAUCANA.—*Poema de Ercilla.*)

I.

Dos dias despues llegó el judío á Cuellar cargado de cadenas y escoltado por un numeroso cuerpo de alabarderos, que llenos de cuidado venian porque no se les escapara, habiéndosele encomendado mucho el buen Zacarías, que les habia contado maravillas de las brujerías que él mismo le habia visto hacer.

Al menor movimiento que hacia el infeliz, á la más breve palabra que pronunciaba, se hallaba las puntas de las alabardas al pecho, amenazando matarle sino callaba ó no permanecía quieto, temerosos no fuera algun conjuro ó alguna intencion de escaparse.

Mirábanle todos con asombro, persignábanse muy amenudo, amenazábanle con más frecuencia, habién-

dole cargado con tantas cadenas y argollas que apenas podia moverse, y le traian caballero en una mula, donde sufria todas estas penalidades sin dejar escapar una queja.

Alguna vez solia suspirar, pero era con el recuerdo de su querida hija, que habia recobrado para perderla tan pronto, y que iba á quedar, á lo que él se imaginaba, sola y abandonada en el mundo. Lo demás, en cuanto á él, no temia por su vida, y alimentaba aun muy buenas esperanzas de salvarse si alcanzaba hablar al rey, como se lo habian prometido.

Colocáronle en una de las torres en un encierro, donde habiéndole aliviado del peso de las cadenas le dejaron solo entregado á sus reflexiones, que á la verdad no hay lugar más á propósito para dar libertad á la imaginacion que aquel en que está preso el cuerpo.

Al cabo de dos dias sintió descorrer con grande estrépito el cerrojo de su calabozo, y oyó la agria voz de su carcelero, que le mandó le siguiese.

Halló á la puerta una pequeña guardia de arqueros, y colocándole en medio le condujeron hasta la habitacion del rey, que con grande aparato, rodeado de sus caballeros, le aguardaba con mucho deseo de conocer á un hombre tan sábio y que merecia la confianza del rey de Aragon.

El judío entró en la estancia con serenidad, y aun con cierta espresion de indiferencia en su fisonomía, clavó en el rey los ojos un momento, y habiéndole saludado profundamente á la usanza oriental, quedó

en pié con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho en muestras de su respeto.

Miróle tambien el rey con ojos escudriñadores, habiéndole vuelto su saludo con cierta consideracion que siempre tuvo el hijo de D. Alfonso á los sábios, como uno de los principes más entendidos de su tiempo.

—¿No es tu nombre Abrahan? le preguntó en seguida de este ligero exámen.

—Ese es, señor, respondió el judío gravemente, el nombre que me dan los de mi tribu, puesto que entre los sábios soy conocido por otro.

—¿Es verdad, preguntó de nuevo el rey, que tú has descubierto el gran secreto de la piedra filosofal?

—No, repuso Abrahan; mis adelantos en la ciencia no han llegado hasta allí, y no soy mas que un humilde aprendiz de los grandes maestros, cuyo principal secreto no he podido penetrar todavía.

—¿Pero tú eres el médico y secretario de nuestro muy querido primo el rey de Aragon?

—Soy, señor, replicó Abrahan, un humilde servidor de su alteza, que se ha dignado honrarme con su confianza.

—¿Y qué embajada has traído de su parte para nosotros, puesto que segun tú mismo has dicho eres un enviado suyo?

—Señor, respondió el judío, el rey de Aragon me dió una comision importante para vuestra alteza, y si no he cumplido antes mi encargo, ha sido porque graves acontecimientos me han impedido...

—¿Te mandó sin duda, dijo el rey con ironía, que te avistases primero con los rebeldes que acaudillaba el de Iscar, en cuyo castillo te has detenido algun tiempo?

—Así es ciertamente como vuestra alteza dice, repuso Abrahan sin turbarse, y mi estancia en su castillo ha sido el principal motivo de mi detencion, en todo lo que he obrado con arreglo á las órdenes del rey mi señor.

—Y has cumplido como buen vasallo de nuestro querido primo, replicó D. Sancho. Ahora bien, como yo soy el rey de Castilla, mando en mis reinos, y no me acomoda que en ellos venga á sembrar la discordia ni aun el legado del Papa: escribiré al rey de Aragon que tú te has portado fielmente, y te mandaré al mismo tiempo ahorcar.

—Señor, respondió el judío, vuestra alteza es dueño de mi vida, pero debe meditar mucho antes de quitármela, no sea que tenga que arrepentirse cuando ya no tenga remedio. Todo el poder de un rey se reduce á destruir á un hombre, pero por mas que lo desee no alcanzará á dar vida á un reptil. Yo soy un enviado del rey de Aragon: instrucciones secretas que no tendria inconveniente en manifestar á vuestra alteza á solas me han obligado á obrar de un modo al parecer sospechoso. Sin embargo, y aun dado caso que me hallase en el de tener que guardar el mas escrupuloso secreto, vuestra alteza faltaria al derecho de gentes si mandase ahorcar á un enviado de otro monarca,

que con el seguro de la buena fé y de la paz ha venido á ponerse en vuestro poder, y es imposible que el rey valiente y caballero, el hijo del rey D. Alfonso, se olvide de sí mismo hasta el punto de sacrificar á una sospecha cualquiera la vida de un extranjero que con tan sagrado carácter ha entrado en vuestros dominios. Por otra parte, vuestra alteza, como profundo político, debe conocer, si cree que el rey de Aragon sea un enemigo oculto de vuestra alteza, que con mi muerte no hará otra cosa que irritarle mas y obligarle á que rompa por último abiertamente: y si tal sospecha no cabe en vuestro generoso ánimo, como es de presumir, si recuerda las repetidas pruebas de amistad que aquel monarca le ha dado, es imposible que vuestra alteza trate de granjearse su enemistad cometiendo en la persona de su enviado injusticia tan escandalosa. Estas razones, y sobre todo la comision que en secreto puedo manifestar á vuestra alteza, si se digna oirme, confio le harán obrar de muy distinta manera que se ha propuesto.

II.

Atónitos quedaron el rey y los cortesanos de ver la energía y atrevimiento con que se espresaba aquel viejo, en cuyo miedo habian esperado hallar un motivo de risa cuando el rey le anunciara su suerte, y á quien aguardaban haber visto intimidado y lloroso implorando el perdon á los piés del trono.

Duró un breve rato el silencio, y el rey pareció quedar pensativo.

—Judío, le dijo, si el rey de Aragon fuese nuestro enemigo, caballeros tenemos nosotros y vasallos tan fieles como aquel monarca, y que sabrán defender el trono de Castilla, y aun triunfar de todos sus enemigos. No es mi ánimo tampoco tan temeroso que me amedrenten las amenazas hasta el punto de que el miedo tenga parte en mis determinaciones, y si cambiara alguna de ellas seria solo un efecto de mi clemencia. Dices que tienes una comision secreta para mí, y esto me mueve á suspender tu castigo dándote lugar á que te defiendas de la acusacion que contra t hay, y si eres inocente irás libre. Caballeros, prosiguió volviéndose á sus cortesanos, dejadnos solos, retiraos.

Pusiéronse en pié todos al punto, y en toda la sala resonó un sordo murmullo de los que se retiraban, y ninguno al salir dejó de echar una ojeada de curiosidad al judío, que todos le juzgaban por hombre extraordinario.

Quedáronse, pues, solos el rey y él, y habiéndose levantado el primero de su asiento, le mandó se acercase tanto á él que no pudieran ser oídos de nadie, si alguno trataba de escuchar y se habia quedado por allí cerca.

El judío cada vez que daba un paso encorbado el cuerpo y se detenía obedeciendo la voz de D. Sancho, que le intimaba dulcemente que se acercase.

—Amigo mio, dijo en voz baja, sé todo lo que te ha pasado, y no quiero obligarte ahora á fingir haciéndote desembuchar ahí un embajada que solo ha de reducirse á meros cumplimientos de parte de nuestro caro primo. Yo sé que tú has venido encargado de promover contra mí la rebelion, y tu rey te ha encargado de esta comision peligrosa. No importa: sus esperanzas han salido fallidas, y yo he descubierto sus planes. En cuanto á la amenaza que me has hecho de que el rey de Aragon tomara tu defensa, tú mismo sabes muy bien que no se cumpliria, y que nosotros los reyes no nos importa nada sacrificar al instrumento de nuestros designios si con su muerte nos podemos librar del mas pequeño disgusto. Yo respeto tu sabiduría, y no te culpo de haber servido á tu rey, por lo que si juras servirme á mí con la misma lealtad te tomaré á mi servicio, y no tendrás que arrepentirte del cambio.

—La confianza que vuestra alteza hace de mí, replicó el judío, me mueve á responder con la misma franqueza. Mucho mal os he hecho, señor, pero aun me queda que haceros un servicio que equivaldrá al favor que me haceis en dejarme libre. Sabed, señor, que aquí mismo, á vuestro lado teneis un caballero que nada menos trata que alzarse contra vuestra alteza, y aguarda á cumpliros la palabra que os dió de serviros lealmente mientras dure la rebelion, para en el momento en que le parezca que os la ha cumplido, hacer valer sus derechos sobre el castillo de

Albarracin, y ofrecerse á las órdenes del rey de Aragon.

—Sé todo eso muy bien, repuso el rey.

—Si, replicó el judío, pero vuestra alteza ignora que el rey de Aragon y el de Lara se han convenido ya para obrar de mancomun contra vos, y lo que parecerá á vuestra alteza imposible, es que él y el hijo de D. Lope de Haro están de acuerdo para vengar á su padre.

—Tambien lo sé, respondió D. Sancho, y sin embargo me se hace duro creerlo.

—Ahí teneis una carta que os lo probará, repuso Abrahan alargándole un papel. Una casualidad ha hecho que cayera en mis manos, y su lectura os asegurará de la buena fé con que desde este momento empiezo á servirlos.

—Quieres decir, replicó el rey despues de haber leído la carta sin mostrar el menor movimiento de sorpresa, que puedo contar contigo desde ahora para en adelante.

—Así es, señor, como vuestra alteza dice; solo que desaria cumplir primero como es de mi deber con mi rey, manifestándole mi intencion de abandonar su reino para pasarme á Castilla, condicion sin lo cual vos mismo no podriais juzgar bien de un hombre que fuera traidor al que primero le habia empleado.

—Tal es, repuso el rey, mi intencion: enviarte á Aragon con todas las muestras que de mi amistad puedo dar á su rey tratándote como á su embajador,

y honrándote en cuanto esté á mis alcances. Pero allí mismo exijo de tí el desempeño de una comision á que de ningun modo puede oponerse tu escrupulosa conciencia. Quiero, pues, que halles un medio de deshacerme de mis sobrinos los infantes Lacerdas. No que yo desee que se les dé un veneno, no te imagines tal cosa, pero sí que si pudiera ser que me los entregaran.... en fin, si pudiera lograrse que no me inquietaran mas....

—Estoy, señor; vuestra alteza desearia que no le inquietaran mas, respondió el judío con intencion.

—En eso, ya ves, replicó D. Sancho, que no faltas á la fé que debes á aquel monarca. El ya los tiene presos; ¿qué importa que sea yo quien los tenga?

Puso el judío sus dificultades, mostró repugnancia, ofreció, rogó y amenazó D. Sancho, hasta que pareciendo ceder por último el judío á sus razones y promesas fingió con tanta habilidad su papel, que el rey quedó muy persuadido del buen fruto de su resolucion.

Añadióse además que hallándose enferma la reina, tuvo el judío ocasion de probar su ciencia devolviéndole en pocos dias la salud, y que siendo muchos de los cortesanos en extremo aficionados á la alquimia y astrología, se grangeó en ellos poderosos protectores para con el rey, que ya sin necesidad de esto le manifestaba abiertamente una amistad asegurada con repetidas pruebas.

Hizo entretanto Abrahan las mas vivas diligencias

por averiguar el paradero de su hija, cuya última desgracia ignoraba, hasta que desesperado, y sin haber tampoco adquirido noticias de Usdrobal, llegó el día señalado para su vuelta á Aragon, y en que se puso en camino colmado de honores y confianzas, y acompañado de una numerosa escolta para su honra y seguridad.

Capítulo XLII.

Hallábase en este momento el noble don Celedonio de Cuellar en las cercanías de donde había estado que res-
tantes temeroso de ser conocido.
Sin embargo, no dejó de hacer algunas preguntas al
fuerte, ansioso de saber de Leonor y de volver á su
hermano si podía libertarlo de la prisión en que yacía
aguardando á cada instante la muerte.
Iba ya resaca en libertad á Leonor, á quien por
razas arrastraron del lado de su padre, no por com-
doles ser persona de menor edad para que fuese pre-
ciso tenerle preso, y quisiera también por dudar al de

Capítulo XLI.

Y á un lado miro con soberbias torres
el palacio de Lara.

Tanto desastre al infelice Dueño,
tanta desolacion á su familia,
¡cuán distinto se ve! . . .

(EL MORO EXPÓSITO.—*Por D. Angel de Saavedra.*)

I.

Hallábase en esto Usdrobal fuera del Castillo de Cuellar en las cercanías, á donde habia tenido que retirarse temeroso de ser conocido.

Sin embargo, no dejaba de hacer sus escursiones al fuerte, ansioso de saber de Leonor y de favorecer á su hermano si podia libertarle de la prision en que yacia aguardando á cada instante la muerte.

Habia ya puesto en libertad á Nuño, á quien por fuerza arrancaron del lado de su señor, no pareciéndoles ser persona de importancia para que fuese preciso tenerle preso, y quizá tambien por quitar al de

Israr el consuelo que su fiel criado pudiera darle.

Los dias habian pasado lentamente uno tras otro para D. Hernando, que solo en uno de los calabozos del fuerte, no acertaba á darse razon del por qué le tenian alli tanto tiempo sin decirle palabra ni sacarle al patibulo, lo que ya casi deseaba en su desesperacion: cada mañana, apenas amanecia, esperaba ver entrar el verdugo en su calabozo con la escolta que habia de acompañarle al suplicio, y el menor ruido que sentia, apercibia el ánimo para el terrible trance en que á cada momento esperaba verse. Imaginaba otras veces posible su libertad, ya porque la guerra siguiera, ya porque algun amigo secreto le protegiese; pero ni la hora de la muerte llegaba, ni sus esperanzas se realizaban, y pasaba lentamente un dia tras otro sin recibir noticia alguna, ni ver apariencia de que se decidiese de alguna manera su suerte.

Sin embargo, no se descuidaba el buen Nuño, ni por verse él libre se habia olvidado de su señor preso, antes bien todos los dias venia al castillo por si hallaba ocasion de verle, y ya que no podia otra cosa se contentaba con preguntar por él á su amigo el viejo Duarte, quien solia darle noticias.

Volvíase Nuño descontento y gruñendo casi todos los dias del castillo, viendo que sus deseos á tan corto servicio habian de limitarse por fuerza, trazando á todas horas cómo libertar á D. Hernando, para lo que ya habia intentado hablar á Duarte, puesto que la rudeza y la fidelidad de aquel viejo para con su amo el

de Cuellar le quitaba el ánimo cuando mas determina-
do venia á confiarle su plan.

Con este pensamiento, y renegando de su falta de
resolucion, salió de Cuellar una tarde, y con mucho
despacio, asaz pensativo y del mal humor dirigia sus
pasos al pueblo de Iscar, pesaroso de haber vivido
tantos años para sobrevivir á la ruina de aquel casti-
llo, mansion otro tiempo de la alegría y el lujo, y aho-
ra desolado trofeo del Conquistador.

Ocupaban sus almenas las tropas de D. Sancho, que
se habian apoderado de él, y la vista de los soldados
de un rey no menos odioso para Nuño que para su
amo, mas de una vez habia hecho al buen viejo derra-
mar amargas lágrimas de coraje.

Veíase en su vejez sin asilo y á merced de algun an-
tiguo vasallo de su señor, que por piedad le habia re-
cogido, y esta idea cruel para un hombre acostumbra-
do á mirar los vasallos de su amo como siervos suyos
ajaba su amor propio, tanto que ni aun bastaban las
ilusiones que se hacia él mismo de que aquel labriego
en favorecerle no hacia sino cumplir con su deber, y
era un nuevo dardo que venia á clavarse en su alma.

Envuelto, pues, en estas meditaciones caminaba, y
ya el sol empezaba á ocultarse cuando alzando la vis-
ta de pronto vió un hombre enfrente de él parado que
le miraba de hito en hito sin pestañear, y como si qui-
siera reconocerle.

Miróle Nuño asimismo; pero volviendo á sus largos
monólogos, prosiguió su camino sin acordarse mas de

aquel hombre, hasta que en habiendo andado pocos pasos mas sintió que le tiraban de la rienda á su caballo para detenerle, lo que le hizo volver en sí y llevar la mano á la guarnicion de la espada por lo que pudiera acaecer.

—Sosegáos, señor Nuño, que mas vale que seamos amigos, y yo no vengo con intencion de ofenderos, dijo el jóven que estaba pié á tierra, y en el cual reconoció á Usdrobal, á quien mas de una vez habia visto en el campo de los rebeldes.

—Por Santiago, repuso Nuño, que me alegro de hallarte, galan, pero siento que me hayas sorprendido. y si mi amo, el padre de D. Hernando, me hubiese visto ahora caminar tan desprevenido, no habria dejado de decirme algo que me pesara. Pero á bien que él ya murió, su hija Dios sabe dónde estará, su hijo irá á acompañarle dentro de poco, y yo no los veré ya en todo lo que me queda de vida.

Dió á estas últimas palabras el pobre viejo un tono tal de melancolía y pesadumbre, que Usdrobal no pudo menos de conmovérsele.

—Buen amigo, le dijo, es menester mas ánimo, y la esperanza no debe abandonaros tan pronto. Aquí me teneis á mí...

—Tú eres muchacho, respondió Nuño, y á tu edad lo mismo me daba á mi ocho que ochenta; pero ya soy viejo, esperaba morir en el castillo de mis amos dejándolos á ellos felices, ellos han sido mi única familia, pues yo no he tenido hijos ni mujer, y no he vivido

tantos años sino para ver morir á sus hijos, y su casa en poder de otro dueño que ha echado de allí hasta los perros; amigo mio, creeme: este golpe es demasiado cruel para que yo le sufra con resignacion.

—Con todo, repuso Usdrobal, no hay que desesperarse todavía. Si esta noche quieres quedarte aquí conmigo en esa cabaña que ves, haremos penitencia juntos y acaso entre los dos daremos traza de que las cosas mejoren de aspecto. Puede ser que todo se componga y que hallemos medios de salvar á tus amos.

—Si tú, buen amigo, repuso Nuño, encuentras camino de burlar la vigilancia de nuestros contrarios, te juro que puedes disponer de mi vida y de mí como de un esclavo. Vamos, que no dejaré yo tambien de servir de algo en tus designios, aunque no sea mas que por mi prudencia y la experiencia que tengo del mando, que de algo me han de servir los años, y las guerras y trabajos en que me he visto.

—Así es, buen Nuño, replicó Usdrobal. Vamos.

Y diciendo y haciendo se encaminaron juntos hacia una choza que allí cerca, etretejada de ramas de árboles que en el techo ondeaban, se veia á la luz del crepúsculo como el yelmo de un caballero, y entrando en ella los dejaremos meditando sus planes, cuyo resultado hemos de conocer por último, contentándonos con saber que al día siguiente muy de mañana montó Nuño á caballo, y habiéndose despedido de Usdrobal salió á buscar al Velludo, que andaba no lejos de aquellos contornos con su partida.

Capítulo XLII.

.....Mas cesa de repente
tódo rumor, y el estridor violento
le sucede de un arco sacudido,
y de flecha veloz el silbo horrendo.
(El Mono Expósito.—Por D. Angel
de Saavedra.)

I.

La alegría de verse libre y honrado por el rey de Castilla no pudo templar, sin embargo, en el pecho del judío Abrahan el dolor de no haber podido averiguar todavía el paradero de la desgraciada Zoraida.

Harto feliz con ignorar la suerte que habia cabido á su hija, creíase el más desventurado de los hombres, cuando, á la vuelta de los emisarios que habia enviado á Valladolid, no pudo lograr noticia cierta del camino que tanto ella como Usdrobal habrian tomado.

Combatíanse varios pensamientos en su interior, y hasta llegaba á veces á desconfiar de Usdrobal, puesto que semejante idea apenas lograba hallar cabida en su

alma, y era desechada con enojo cada vez que su imaginacion acalorada se la presentaba.

Embebecido con esto, caminaba acompañado de una numerosa escolta que á par que mostraba honrarle, no dejaba de vigilar todos sus movimientos, como si temiesen que les escapara.

A la mitad del camino se agregaron dos hombres á ellos vestidos de ermitaños, aunque no tan cubiertos con la capucha que no se les viese bastante del rostro para conocer quiénes eran.

Traia uno de ellos un rosario de cuentas muy gordas, y en llegando á la tropa dirigió su *Laus Deo* con tan afeminada y meliflua voz que nadie hubiera creído sino que era Zacarías el que hablaba.

—Decid, hijo mio, dijo llegándose con mucha dulzura á uno de los soldados, decidme, y así Dios os lo pague en el cielo, ¿qué escolta es esta, y á quién vais acompañando?

—Nuestro capitan, respondió el soldado, es el valiente Alonso de Vargas, y el que vamos acompañando dicen que es un embajador, aunque otros aseguran que es un judío.

—*Sed libera nos á malo*, repuso el ermitaño: ¡un judío! Mal hareis si no le quemais vivo ó le exigís un rescate proporcionado á las muchas riquezas que debe tener. ¡Un judío! ¡Jesús! ¡Jesús! *Ora pro nobis, Turris Eburnea.*

—Pues voto á Judas, replicó el soldado, que como todos pensasen como yo no habíamos de andar mu-

chas leguas acompañándole, que no es justo que un perro como él traiga asendereados tantos hombres de bien.

—Cómo ha de ser, hijo mio; Dios dispondrá lo que mas convenga, y puede ser que no se pase mucho tiempo sin que ese mal hombre pague sus culpas y entregue á los fieles como tú lo que con sus usuras ha grangeado malamente.

—Tengo entendido, añadió el soldado, y por las barbas de mi padre que no las traigo todas conmigo, que el tal embajador de Lucifer es mágico y tiene pacto con el demonio.

—*Vade retro*, exclamó el ermitaño haciendo al mismo tiempo la señal de la cruz. *Diabolicus vir*. ¿Y cómo caminais con tanto descuido con un hombre tan peligroso?

—Ande mas y hable menos, juro á Dios gritó en esto un cabo de la tropa que venia detras; y vos señor ermitaño, idos á rezar vuestras oraciones.

—Sea lo que Dios quiera, respondió el soldado en voz baja al ermitaño, y apretó el paso en seguida.

Apresuráronlo tambien los dos anacoretas, observando al parecer con indiferencia el orden en que caminaba la escolta, que componian doce soldados armados de punta en blanco á caballo, y un número doble de infantería con sus ballestas y partesanas.

II.

Iba el judío delante montado en una soberbia mula, y á su lado el capitán Alonso de Vargas razonando con él amigablemente, y el resto de la tropa marchaba detras á cierta distancia, sin temor de ningún peligro, en dos filas, y conversando unos con otros para entretener el camino. Cuando los dos ermitaños pasaron por donde caminaba el capitán, inclinaron la cabeza sobre el pecho en muestra de saludarle sin detenerse.

—¿A dónde bueno, devotos padres? preguntó el capitán.

Zacarías hizo una seña á su compañero que respondiera.

—A la ermita de Nuestra Señora de los Afligidos, repuso su compañero.

—¿Y cómo tan solos? ¿No teneis miedo de ladrones?

—En todo este camino, señor, replicó el anacoreta, no se halla uno, y ademas nosotros no llevamos nada que nos roben, y no podemos tentar su codicia.

—Pues decían que el Velludo, respondió el capitán, vagaba por estas cercanías.

—Nada de eso: las últimas noticias son que ha tenido que retirarse á Vizcaya. Loado sea Dios, que ha libertado esta tierra del terrible azote que la afligia.

Mas hubiera querido saber el capitán acerca de lo

que se decia del Velludo, pero los supuestos anacoretas saludaron de nuevo, y apretaron el paso de modo que á poco tiempo en las revueltas del camino ya se habian perdido de vista.

—No sé por qué, dijo el judío al capitan luego que hubieron desaparecido, me da el corazon que esos dos ermitaños no son sino dos pícaros redomados, y mucho me temo que no sean espías del Velludo.

—¡Qué! exclamó el capitan con indiferencia: el miedo os hace ver lo que no hay. ¿Qué habian aqui de venir á espíar, ni qué adelantarian con eso? Tranquilizáos, que por vida de mi padre que daria los años que me quedan de vida por habérmelas con ese capitan de bandidos, y veriamos de qué le servian conmigo las tretas villanas de que se vale para escaparse.

—No habéis muy alto, repuso el judío, que quiera Dios que no os oiga.

—No me irriteis, vive Dios, replicó Alonso de Vargas, que estoy por ir solo á buscarle ahora mismo.

—Allá veremos, respondió Abrahan.

Callaron con esto, y anduvieron aun una media hora sin que sucediese cosa que de contar fuese.

En esto el camino en que entraron empezó á estrechar rodeado de dos colinas muy pedregosas, y se levantaban de trecho en trecho tan elevados peñascos, que bien podria tras ellos ocultarse una docena de hombres.

III.

Los últimos rayos del sol herian tibiamente las cumbres de las montañas, y apenas á cierta distancia se veían reflejar confusamente los espesos árboles de un bosque, que como el término de aquella angostura se presentaba.

De repente una flecha silba á los oídos del capitán, y otras dos mas se clavan en su armadura.

Alzar Vargas la vista, enderezarse en la silla y empuñar su lanza, fué obra de un solo punto; pero ya habían caído muertos tres soldados, y tenía algunos caballos heridos.

—Animo, muchachos, gritó con voz de trueno; y ya se disponia á dar las órdenes convenientes, cuando un sin número de flechas quedaron incadas en su cuerpo, dos de las cuales, calando hasta el corazón, le hicieron abrir los brazos y caer de la silla dando un bramido.

En este momento las dos lomas aparecieron cubiertas de gente, que desprendiéndose como un ejército de hambrientos buitres sobre las amedrantadas palomas, acabaron lo que ya habia empezado el terror, pues sin dejarles volver de su sorpresa cayeron sobre ellos con tanto ímpetu que los pusieron en fuga, no creyendo menos sino que el cielo en su ira llovía sobre ellos hombres armados.

Defendiéronse, sin embargo, algunos que prefirieron la honra á la vida; pero además de que fueron pocos, fué tanto el desórden y tan impensada la acometida que no tardó mucho el Velludo en quedarse absoluto dueño del campo.

Había conservado el judío su serenidad en medio de aquel trastorno, y apeándose de la mula estaba aun registrando las heridas del capitan por ver si podria socorrerle, cuando decidida ya la victoria se halló prisionero entre los de su partido.

El primero que se acercó á él fué el devoto ermitaño, que desde el dia en que trató de quemarle no habia dejado de soñar en los muchos zequíes que habia estado á pique de agarrar sino hubiera llegado el Velludo tan á tiempo, y que desde entonces le habia seguido como su sombra por si podia hallar otra ocasion de cobrarlos.

El habia sido el que viendo cuán mal le salian sus trazas avisó al Velludo de la proporcion que tenia de batir la escolta que le acompañaba, persuadido de que cayendo el judío en poder de los bandidos, no le seria difícil atraer á su partido algunos de ellos, y á despecho del capitan, si fuese preciso, forzarle á entregar tales cantidades que pudiesen satisfacer su codicia y la de sus camaradas.

Habia concertado para esto su plan con algunos compañeros que habian jurado obedecerle á todo trance, aun contra la voluntad del Velludo, y durante la accion no habia hecho mas que observar á Abra-

han por si se escapaba, por lo que fué el primero que le echó mano cuando estaba registrando, como hemos dicho, las heridas del desgraciado capitan Alonso de Vargas.

Cuando el judío reconoció al que le tenia prisionero, no pudo menos de temblar recordando la cruel tragedia en que por causa de aquel mal hombre estuvo á pique de representar el papel de protagonista, y mucho mas cuando le oyó decir:

—Dios no quiere sin duda que se pierda tu alma, y te ha traído segunda vez al camino de tu salvación. Deja á ese infeliz que está ya dando cuenta á Dios; vente conmigo.

—No me moveré de aquí, repuso Abraban, si primero no me lo manda el Velludo, cuyas órdenes estoy dispuesto á obedecer al momento. Vosotros en mí debéis mirar un aliado, y yo no tengo nada que temer de vuestro capitan.

—¿Quién lo duda? replicó Zacarías: síguenos, pues, ya que el Señor te ha libertado de tus enemigos, y dale gracias por haber venido á parte donde, como tú dices, has hallado tus aliados.

En esto llegó el Valludo preguntando por el judío, quien al momento que le hubo visto le conoció, y en llamándole, todos los demás se apartaron para hacerle lado, sino Zacarías, que así se separaba de él como un perro del hueso que tiene entre los dientes.

—Señor Zacarías, señor Zacarías, dijo el Velludo con sorna dándole una palmada en el hombro; por es-

ta vez quedó también el cordero libre de los dientes del lobo. No se hizo la miel para la boca del asno, y así no sereis vos quien la coma. Idos, pues, de aquí, antes que os haga yo andar más que de prisa de un puntapié.

—Vuestro siervo. Iba á contestar Zacarías, pero el temor que le inspiraba el Velludo, le hizo retirarse sin proferir mas palabra.

—Venios conmigo, prosiguió el bandolero dirigiéndose al judío; Abrahan, sois libre, y nadie os tocará al pelo de la ropa viviendo yo; vamos.

Y tomando del ronzal la mula, Vechó á andar á su lado, antecogiendo su gente, que rica con los despojos que acababa de ganar, le seguia en buen órden, encaminándose todos hácia el bosque, que por ser ya oscurecido se divisaba apenas como una sombra en el horizonte.

IV.

Luego que llegaron se enmarañaron en su espesura; y habiendo colocado las centinelas, el Velludo se retiró con el judío y un caballero armado, que luego pareció ser Nuño, y que hablaba con el primero.

—No tengais duda, que mucha experiencia tengo y he visto muy malas caras en mi vida, pero la de éste que va aquí de ermitaño, no se me despintará nunca aunque viva más que Matusalén. Él fué el guía que

me entregó á mí y á mi amo la noche antes de la batalla, y por cierto que ha de conservar la marca de un latigazo que le tiré á la cabeza con esta misma espada que llevó al cinto.

—Sosegáos, amigo Nuño, replicó el Velludo, y yo os juro que las va á pagar todas juntas.

—Tiempo es ya, añadió el judío, de purgar la tierra de ese malvado.

Otras varias razones pasaron entre ellos, y la conversación llevaba trazas de no acabar tan pronto, cuando el grito de *al arma, al arma*, resonó á la redonda por todo el bosque.

Alzó la vista el Velludo, y vió que ardía una gran parte de él, cuyas llamas iluminaban los contornos con tanta luz como si fuese de día.

Los gritos se aumentaban, oíase ruido de armas, el incendio volaba, y crecía el desorden.

—Mi capitan, dijo uno de los bandidos, todo desfigurado y falto de aliento; Zacarías ha sublevado una parte de vuestra tropa, y dicen que ha de ser él quien los mande, ó que les habeis de entregar este hombre, y señaló al judío.

—¡Sangre y demonios! exclamó el Velludo; pronto, á ellos, y no hay que dar cuartel á ninguno.

—Lo mejor que podeis hacer, dijo Nuño, es echaros fuera del bosque, que en el llano difícil será que os ataquen: me acuerdo yo que en el año 1255, día de San José por la tarde...

Iba á proseguir refiriendo lo que habia sucedido el

dia de San José por la tarde, cuando notó que ya el Velludo habia desaparecido, y que habia quedado solo con el judío, que en tanto riesgo no sabia qué partido tomar.

—Parece ser que es á vos á quien buscan, prosiguió Nuño volviéndose al judío. Lo mismo me sucedió á mí la noche del dia de San José, como iba contando; pero aquella era situacion algo mas apurada que la vuestra, y Dios sabe cómo me vi para salir de ella.

—Por Dios, interrumpió Abraham, dejáos ahora de eso, y veamos qué hemos de hacer, pues segun veo el fuego llegará aquí muy presto, y no nos queda más remedio que huir.

—Lo mejor que podeis hacer, dijo Nuño, es largos y esconderos de unos y otros, pues yo que vos no me fiaria mucho de ninguno de ellos. Venid conmigo y no tengais miedo; que basta que hayais sido el médico de mi pobre amo para que yo os proteja y defienda contra todo el mundo.

Diciendo así tomaron la vuelta del camino, y habiendo trepado por entre unos peñascos, eligieron el sitio que les pareció más seguro, donde quedaron ocultos hasta el dia siguiente.

V.

Toda la noche duró el fuego y la batalla, y tal era el encarnizamiento con que pelearon unos con otros,

que hubo muy pocos de una y otra parte que no saliesen heridos.

Los caseríos vecinos, los pueblos á más de dos leguas de distancia brillaban con un color rojizo. en la oscuridad de la noche al resplandor del incendio, volaban hechos pavesa los árboles, y en medio de aquel espantoso estrago oíanse los alaridos de los moribundos, las voces de los combatientes, y no parecía sino que los hombres que peleaban eran demonios que entre las llamas retozaban contentos de ver la destrucción del mundo.

Sostuvo el Velludo aquella noche la fama de valiente que tan merecida tenía, no cuidándose del peligro, arrojándose á todas partes, y combatiendo como buen soldado.

Eran los suyos el mayor número, y aunque Zacarias animaba también sus partidarios con el ejemplo, cada golpe del hacha del Velludo parecía decidir la victoria.

Seguía á este su fiel perro, que no ménos intrépido que su amo acometía á sus enemigos con increíble inteligencia y ferocidad, y más de uno de los bandidos rebeldes fué víctima de los dientes del impetuoso Sagaz.

En resolución, al amanecer se levantó un viento fresco en direccion al sitio donde empezó el fuego, que impeliendo las llamas á campo raso le apagó en pocas horas, faltar ya de árboles en que cebarse.

Amaneció nublado, y el humo cubría de tal modo

la atmósfera, que apenas podía decirse que era de día. Entretanto cesó la batalla y quedó el campo en silencio, lo que redobló la inquietud del judío, y causó pena al buen Nuño, dudosos ambos por quién habría quedado el combate.

Pero esta duda no duró mucho tiempo, y bien pronto, habiendo Nuño salido á registrar el campo, vió subir la colina al Velludo negro de humo, medio chamuscadas las barbas y el saco de cuero quemado, cubierta de sangre el hacha que traía en la mano, y con los ojos que relampagueaban de ira. Seguiale su gente conduciendo algunos presos, y en llegando á la altura donde estaba el judío hicieron alto, se repartieron algunos víveres, y se pusieron en buena paz á almorzar, tan alegres y satisfechos como si nada hubiera sucedido de extraño.

El judío se acercó al capitán, y le saludó diciéndole sentía mucho haber sido él causa inocente de aquel trastorno, á lo que respondió el Velludo que él se alegraba sobremedera de aquello, porque así se había conocido ya quiénes eran los buenos y los malos de su partida.

Dicho esto callaron todos, y él dió orden para que les quitaran la vida á los que traían prisioneros, lo que se ejecutó al momento, atándolos dos con dos por los brazos á los dos frentes de cada árbol que por allí había, y disparándoles tantas flechas que su muerte fué obra de un solo punto.

— Veamos, dijo, hecho esto, el Velludo con mucha

calma desde la peña en que estaba sentado, veamos ahora ese hipócrita de Lucifer que trataba de quitarme el mando. Por la Virgen de Covadonga que voy á hacer con él ahora un ejemplar como no se ha visto en el mundo.

Diciendo así dió un silbido, y habiendo vuelto Nuño y el judío los ojos hácia la parte á donde llamaba, vieron venir al mastin trayendo medio á rastra el cuerpo de Zacarias, que en vano intentaba desasirse de él, y que cada vez que sentia en su carne los dientes del animal lanzaba un quejido tan lastimoso como risible para aquellos bandidos, que á carcajada tendida celebraban con sumo aplauso la gracia.

Señalábanle todos riendo, y hasta el buen Nuño, aunque nos cueste trabajo decirlo, pagó su tributo á la ferocidad de aquel siglo con una carcajada brutal.

Solo el judío ni se reía ni se conmovia, indiferente al parecer, y admirando entre sí los castigos que tarde ó temprano reserva al delincuente la Providencia.

—Vamos aquí, dijo el Velludo, señor devoto, que os voy á enviar al cielo más pronto que la vista, aunque antes no será malo que nos divirtamos un rato á tu costa, segun ta loable costumbre con los que caían en tus manos. Suéltale, Sagaz.

Con lo que el perro, habiéndole dejado libre, Zacarias se hincó de rodillas y empezó amargamente á llorar suplicándole que le perdonase la vida.

—Siquiera, decia, por el tiempo que os he servido. Yo os prometo retirarme á buen vivir, y rogar á Dios

por vos: lo digo ahora de veras. Yo os prometo que no quiero más que salvar mi alma. Yo os besaré los piés, yo...

—A ver un latinajo, maestro Zacarías, gritó mostrando uno de los bandidos.

El Velludo le miraba con desprecio, y más de una vez tuvo el hacha en alto para descargársela encima, á tiempo que el infeliz se arrastraba en el suelo delante de él, le besaba en efecto los piés, y pedia la vida con clamores capaces de enternecer una piedra.

—Vergüenza me da, ¡vive Dios! dijo el Velludo soltando el hacha, de pensar que has sido tú el que ha tratado de quitarme el mando. Ven acá, alma de cántaro, corazon de gallina, ¡qué demonios tiene la muerte que tanto te asusta? Por la Virgen de Covadonga, si no tienes más remedio que morir, muere como hombre, y no hagas ver que eres un mándria.

—¡Por Dios! ¡por Dios! ¡compasion! ¡misericordia! de mí! gritaba Zacarías: Dios os lo premiará en la otra vida.

—Calla, cobarde, que no es cosa para tanto, ni vale tu vida el tiempo que hemos de tardar en quitártela. ¡Ea! muchachos, ahí os lo entrego para que os divirtais un rato con él, gritó el Velludo á su gente con su acostumbrada frescura.

por vos lo digo ahora de veras. Yo os prometo que no quiero más que salvar el alma. VI. Yo os pesaré los

- Adelantaronse todos al pobre hipócrita, que mas hubiera querido verse entregado á las fieras, y sin hacer caso de sus súplicas ni de los alaridos que daba, empezaron á jugar á la pelota con él como un pelele en Carnestolendas, echándose unos á otros, hasta que cansados de su diversione idearon otra de no menos ingenioso entretenimiento, y fué que cogiéndole entre dos ó tres le ataron las manos á la espalda, y enseguida por medio del cuerpo á un árbol, ligándolo fuertemente ásinismo por los pies, lo que con grandes carcajadas y chistes fué aplaudido por todos.

- Hecho esto llamaron al perro, y poniéndolo enfrente de él á cierta distancia, y sujetándolo uno de ellos con ambas manos, hicieron por dos ó tres veces ademán de dejarlo ir contra él, riéndose á cada contorsión que hacia el infeliz temeroso de la embestida.

Por último, al cabo de haberle remedado algunos, y dichole otros cuantos donaires se les ocurrieron, achucharon al animal, y al grito de á él, á él, le dejaron suelto.

Arrojóse el perro con tanta furia como suelen en bestir al toro los alanos que á tales peleas están enseñados, y en llegando cerca del árbol dió un salto y agarró á Zacarias del pescuezo, que olvidado de que tenia las manos atadas hacia increíbles esfuerzos por llevarlas delante para apartarle con ellas.

-22- Apenas hubo hecho presa, cuando dos ladrones achi-
dieron á quitárselo, lo que con no poco trabajo logra-
ron, y habiéndose vuelto á colocar en el mismo sitio
que antes, le soltaron segunda vez.

o- Varias veces repitieron la misma faena, y á la ver-
dad que era horrible ver aquel hombre moribundo es-
perando de este modo una muerte lentamente penosa,
y clamando ya con espantosos gritos que le mataran
por Dios cuanto antes.

-23- En resolución, fueron tales los alharidos que dió,
que el judío y Nuño se táparon los oídos por no oírlo, y
el Velludo, levantándose de la piedra donde había per-
manecido mirando, puso fin á la bárbara diversion di-
ciéndole á tiempo que se encaminaba hacia él: —Y o te
haré callar, Lucifer, que ya me duele la cabeza de
oírte.

Y alagándose á él le dividió el cráneo en dos partes
del primer hachazo, llamó el perro, y se volvió á don-
de estaba el judío y Nuño, con quien se puso á hablar
muy tranquilo. Y fué lo particular que en su última
hora de lo que menos se acordó Zacarías fué de enco-
mendarse á Dios ni de rezar, tan turbado estaba que
hasta se olvidó de la ocupacion de toda su vida.

—No hay que temer, amigo Nuño, decia el Velludo;
yo os ofrezco que antes de tres dias me tendreis á
vuestra disposicion con mi tropa en los pinares de Is-
car, y que se hará cuanto se pueda por vuestro amo.
En cuanto á vos, prosiguió hablando con el judío, sois
libre, y podeis iros donde mejor os convenga.

Diciendo así, y habiendo reunido su partida, se despidió de ellos, y se alejó de allí precipitadamente á una expedicion, si no de mucha honra, al menos de bastante provecho.

—Si no fuera que es un ladron, dijo Nuño luego que el Velludo se retiró, juro á Dios que sería un hombre con quien yo pasaria con gusto toda mi vida. Es intrépido como él solo, y se parece como un huevo á otro á un amigo que yo tuve que murió el año de 1255 el dia de San José en la batalla que os empecé á contar. ¡Fué mucha batalla aquella!

—El Velludo, respondió el judío, es como todos los los hombres, un conjunto de cosas buenas y malas.

Y montando en su mula y Nuño en su caballo, tomaron el primero el camino de Valladolid por si lo-graba saber el paradero de su hija, y el segundo el de Iscar, determinado á todo con tal de salvar á su señor de la prision donde maldecia su destino.

Capítulo XLIII.

Abrirse ve bajo su misma planta
la tierra de ambos polos sacudida;
sulfúrea niebla que la vista espanta

.....
y en medio de los aires se levanta
sobre un grupo de nubes sostenida,
adusta diosa cuya sombra crece
y allá en los cielos penetrar parece.

(De D. F. Martínez de la Rosa.)

Dos días habían pasado ya desde la entrevista de Nuño con el Velludo sin que en este tiempo hubiese visto Herhando de Iscar otra cara que la de su carcelero, que con extraordinarias precauciones le traía todos los días la comida, que el desesperado caballero apenas probaba, sin embargo que el cocinero del castillo solía echar en todos los manjares cantidad suficiente de ajos y especias para despertar el apetito.

Era su calabozo el eubo de una torre, sin mas vista que una reja que daba al campo, por donde le entraba

la luz del día; un cántaro de agua y una cadena fija en una aldaba de la pared, y que ceñía al prisionero por medio del cuerpo, aunque bastante larga para permitirle ponerse en pié y andar algunos pasos, hacian el único adorno de aquella estancia.

Cerrábase con una puerta doble, tachonada de clavos, que bien así como la losa de una sepultura encajaba de modo en el marco que ni aun daba paso al aire, asegurada asimismo por fuera con dos enormes cerrojos que al abrir ó al cerrar el calabozo hacian el único ruido que llegaba á los oídos del Castellano de Iscar.

Habíanse tomado cuantas providencias son imaginables para que no pudiera escaparse, temerosos de su valor, y Saldaña, que miraba su prision como el áncora de su esperanza, habia impuesto pena de la vida por el menor descuido que padeciesen sus guardas.

Era animoso el de Iscar, y los trabajos que sufría no eran capaces de abatir su corazón; pero como al mismo tiempo era su genio impaciente sobremanera y en extremo altivo, su brio le hacia á cada instante exasperarse, y perdido en sus cabilaciones, á veces parecia loco y se arrancaba mechones de pelo de coraje.

Su carcelero, el buen Duarte, brusco y rudo como un puercu espin, apenas le hablaba una palabra, y el de Iscar, demasiado orgulloso, para preguntar nada á un villano, no se dignaba siquiera de mirarle cuando le traía su comida.

No venia tampoco mas que dos veces al día, y rara vez volvía á abrir el calabozo hasta el día siguiente;

pero una tarde á deshora sintió el de Iscar el triste estruendo de los cerrojos que descorrían, y asombrado de aquel desusado ruido á tal hora, volvió la cabeza á mirar quién era con indiferencia, y vió á Duarte que con su cara de perro de presa y las llaves en la mano entraba en el calabozo.

No preguntó nada el de Iscar, y era asaz tardó el honrado escudero para hablar de pronto sin meditar primero lo que iba á decir.

Y no que temiese aquello de que palabra suelta no se recoge, sino que se sucedían tan despacio las ideas en su embotado calétre, y era además tan falto de esplicaderas, que necesitaba de algún tiempo para romper.

En fin, haciendo un esfuerzo, después de haberse mordido la yema del dedo pulgar, rascándose la frente con la mano izquierda, y dado dos ó tres embestidas con el cuerpo hácia adelante como si fuese á hacer algo y no se atreviese á ello, dijo:

—Pues, voto á mi padre, que aquí no debeis estar muy á gusto.

Estaba sentado en el suelo el de Iscar, tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, y no hizo señal siquiera de haberle oído, por lo que segunda vez se halló Duarte en la misma dificultad, sin acertar por dónde empezaría lo que tenía que decirle.

—Yo, señor, dijo, no sirvo para esto: yo he conocido mucho á vuestro padre cuando él de mi amo y él eran amigos.

«Aquí se detuvo, por ser período demasiado largo, no ocurrirle el cómo podría pasar adelante; pero el de Iscar, que oyó nombrar á su padre, no pudo menos de levantar la vista y responder con su acostumbrada aspereza.

—¿Y qué hay?

«Esta pregunta fué un rayo de luz para Duarte, que respondió como si lo tragese estudiado.

—Es el caso que están haciendo en la plaza de puebló un tablado, y que tengo entendido que á mas tardar pasado mañana os van á cortar allí la cabeza. No que á mí me importe eso, ni ménos me asuste, pero al fin y al cabo, como os he conocido cuando érais niño, lo siento.

«El rostro de Hernando resplandeció con el gozo de la desesperacion al oír la noticia que le daba su carcelero: púsose en pié, levantó al cielo los ojos, y dijo:

—[Yo os doy gracias, Dios mío! Padre mío, voy á abrazaros digno de vos, sin haber manchado en nada la gloria de mis antepasados.

Y volviéndose á Duarte prosiguió:

—Vé y dí á tu amo que lo que siento es, que no me haga dar muerte ahora mismo.

«Vive Dios que me alegró, repuso Duarte que no os siente mal la noticia porque en fin, así se va un hombre mas contento, y...

«Aquí le faltaron ya palabras al escudero, que aquel dia habia hablado, puede asegurarse, casi tanto como en toda su vida, escepto cuando vivia Jimeno, á quien

estaba maldiciendo continuamente por el poco respeto que el pícaro paje le manifestaba.

Iba ya á retirarse, cuando el señor de Iscar, templada sin duda su altivez con la idea de la muerte próxima, ó enternecido su corazón con algun recuerdo de lo que dejaba en el mundo, volvió á mirarle y le dijo:

—¿Sabes tú de mi hermana? ¿Está aquí?

—Aquí está: ¿qué hay con eso?

Un pensamiento cruel despedazó en este momento el corazón de Hernando, y una lágrima de furor y de pena á un mismo tiempo se desprendió por su megilla á par que el temblor convulsivo de sus miembros probó la agitación de su alma.

Figuróse si estaria ya deshonrada, y tal vez en aquel momento en brazos de su enemigo, acariciándole y olvidada de su hermano, cuyo honor, que debia reflejar en ella, iba á cubrirse de nubes para siempre por culpa de una mujer.

El temor de deshonrarla delante de aquel villano si no era cierto lo que imaginaba, y el mas terrible de saber de fijo lo que quisiera eternamente ignorar, combatia con el deseo mas vivo de saber de ella. Por último, determinado á todo se atrevió á preguntarle:

—¿Saldaña la trata bien?

—¡Toma! respondió Duarte: la mimaba como á una reina.

—Y ella supongo, continuó el prisionero con amargura, admitirá sin repugnancia sus atenciones.

—Hay de todo, repuso el escudero con sequedad, aunque dicen que se está tratando la boda.

—Mientes, le dijo el de Iscar con impetuosidad; pero acercándose á él cuanto le permitia su cadena, procuró contenerse y prosiguió: dime la verdad, espílicate claramente, y yo te prometo. La no sé qué, exclamó con impaciencia acordándose de que nada poseía ya en el mundo, y que estaba condenado á muerte. Este relicario de oro, prosiguió echando mano al que traía en el pecho, vale cien alfónsis, y mi padre lo llevó encima mientras vivió.

—A mí no me seduce nadie, gritó Duarte con un gruñido: ¡vive Dios! bueno es que aúduvo el maldito paje que está en los infiernos tras de ganarme, y no lo pudo conseguir nunca.

—¡Por Santiago! ¡villano! exclamó el caballero crugiendo todos los huesos de su cuerpo de cólera, y haciendo un esfuerzo para romper la cadena, que me has de decir cuanto sepas, ó...

—No, no hay cuidado, repuso Duarte con estúpida calma: la cadena no se rompe así como se quiera, y os vais á hacer mal si tirais de ese modo.

—Maldito seas tú y tu amo, y ojalá que se cumpla mi maldicion, gritó Hernando con el rostro amoratado y arrojando espuma por la boca de ira, y maldita sea mi hermana, y caiga sobre ella además la maldicion de mi padre si mi sangre se mezcla alguna vez con la del infame Saldaña.

II.

Imposible fuera pintar la rabia que se apoderó del desdichado caballero, que no dudó ya un punto que su hermana habia en fin cedido á las instancias de su robador: baste decir que se arrojó contra el suelo dando bramidos espantosos y golpeándose la cabeza con los eslabones de la cadena con tanta furia que el viejo Duarte, á despecho de su estúpida insensibilidad, se sintió conmovido, y aun le hubiera rogado que no se maltratase de aquella manera si el pobre hombre hubiese hallado palabras con que pedirselo.

Calmado ya el primer ímpetu de su cólera, clavó el prisionero los ojos en el techo de su calabozo, y dijo con desmayada voz:

—Vos me oís, padre mio: maldicion sobre la hija de vuestro cariño que ha desobedecido vuestros mandatos. Vos la hicisteis noble al engendrarla, y ella se ha prostituido á vuestro enemigo: vos la educásteis en la virtud y ella ha preferido el vicio y ha deshonorado nuestra familia llenándome á mí de infamia. No es ya mi hermana, no es ya vuestra hija. ¡Maldicion, execracion eterna sobre esa mujer! Oye, continuó fijando sus ojos en Duarte. Dile á tu amo que el único favor que le pido es que se harte de ella pronto y la odie, la mitad siquiera que le aborrezco yo á él. ¡Hermana mia! ¡hermana mia, tú eras la perla de nuestro lina-

je, el ídolo de tu hermano, y tú le has deshonrado por último!

—Juraria que siento pasos, dijo Duarte acercándose á la puerta: alguien viene. Quedad con Dios, que no quiero que me vean hablando con vos ahora.

Y ya iba á cerrar la puerta, cuando una mujer hermosa como el sueño de la inocencia, aunque abatida sobremanera y preñados los ojos de lágrimas, le hizo seña con la mano que dejase abierto, y sin sentar apenas el pié en el suelo, veloz como el pensamiento, se precipitó en la prision.

—¡Afuera! gritó Duarte con su rusticidad favorita; pero antes que pusiese en ejecucion sus palabras, como tenia medio cuerpo fuera del calabozo sintió que le asian fuertemente de un brazo, y volviendo con impaciencia á saber quién era, halló un hombre embozado en una ancha capa de piés á cabeza, que acercándosele cuanto pudo le dijo en secreto algunas palabras y se alejó en seguida.

III.

Empezaba ya á anochecer, y la poca luz que penetraba en el calabozo servia solo para dejar ver las tinieblas; Duarte, obediente sin duda á las palabras del incógnito, se habia retirado fuera del calabozo dejando la puerta abierta; Hernando, tendido en el suelo, reclinaba su frente sobre su mano derecha, la cabeza vuelta hácia la pared y la desesperacion en su rostro;

y Leonor, que ella era la que acababa de entrar, parada en medio del calabozo, las manos cruzadas sobre el pecho, y puestos los ojos en su hermano mirándole con muestras de compasion y ternura.

—Hernando, hermano mio, se atrevió, por último, á pronunciar en voz baja y mirando á un lado y á otro como si temiese que la escucharan, bajándose al mismo tiempo para abrazarle.

—¡Qué oigo! exclamó Hernando sorprendido y volviendo de repente á mirarla: ¡es la voz de Leonor! ¡Dios mio, haced que sea falso lo que me imaginaba!

—Hernando, exclamó Leonor sorprendida de la frialdad de su hermano, que no habia hecho sino mirarla, ¿te has olvidado ya de mí? ¿No me amas ya como antes?

—¡Pluguiese á Dios, respondió Hernando, que te aborreciera! ¡Mujer! ¡mujer! tú me has perdido y te has llenado de infamia á tí misma.

—¡Yo te he perdido! ¡yo me he cubierto de infamia! exclamó Leonor sorprendida: ¿qué quieres decir, Hernando? ¿Quisieras tú aborrecer á tu hermana?

—O que nunca hubieras nacido, continuó el caballero con muestras de pesadumbre. Leonor, yo te adoraba, yo habia jurado no dar mi mano á ninguna mujer para entregarme únicamente á tí, satisfecho con el amor puro de hermanos que se abrigaba dulcemente en mi alma; tú eras la joya de más valor que al morir me habia dejado mi padre, la mejor riqueza de cuantas yo poseía; tu honor era para mí mil veces

más querido que el mio; me deleitaba en tu virtud, y cuando te veia hermosa, dulce y pura como un ángel de luz, todos mis pesares se disipaban, el ceño de mi rostro se desvanecía, y un sentimiento inesplicable de ternura se derramaba como un bálsamo de delicia en mi corazon. ¡Ojalá que entonces te hubiese yo visto espirar en mis brazos, ó que el dia que entrastes en este castillo se hubiese desplomado sobre tí, sepultándote bajo sus ruinas! Yo te hubiera llorado, pero no te habria maldecido.

Al decir esto apoyó su frente en la mano izquierda, inclinó la cabeza, y su respiracion anhelosa daba á conocer el tormento que le abrumaba.

Púsose Leonor junto á él de rodillas arrasados los ojos de lágrimas y echándole ambos brazos al cuello. — ¡Hernando! exclamó: ¡ojalá, como tú dices, que hubiese sido el último de mi vida el dia que pisé este castillo por mi desgracia! Pero ¡ah! ¿qué te he hecho yo para que me maldigas? ¿En qué te he ofendido, ¡infeliz de mí! yo que tantas penas he sufrido, sola, débil, mujer en fin, sin ánimo como tú para vengarme de mi perseguidor, y forzada á oponer únicamente una resistencia pasiva á sus ruegos y á sus amenazas? ¿Qué más podias exigir de mí? Yo he sabido que estabas tambien prisionero de tu enemigo; mil veces ese hombre cruel, digno de odio y de lástima al mismo tiempo, me ha amenazado con darte muerte si no cedias á sus deseos. Mil veces se ha detenido en pintar-me el momento de tu muerte con los colores más ne-

gros que pueden imaginarse, subiendo al patíbulo como traidor, envilecido tu nombre, borrados nuestros blasones por el verdugo, y arrasado el castillo de nuestros padres. Y yo podía darte la honra y la vida si le entregaba mi mano, y solo en una palabra mia consistia salvarte de muerte tan espantosa. Tres dias me dió para decidirme; pasaron estos, y yo no habia hecho más que llorar dia y noche sin determinarme á nada, y si tal vez pensaba en sacrificarme por tí, ponía á Dios por testigo de mi inocencia, y rogaba á mi padre que mirase con piedad la debilidad de su hija. Pero aun tuve fuerza para resistir y para rogar á nuestro tirano que me concediese algunos dias más y dilatase tu última hora, esperanzada no se en qué, y todavía sin saber á qué resolverme.

—A verme morir, respondió con firmeza el caballero: á verme morir con el valor propio de la hija de cien héroes, y á morir tú misma primero que llamar tu esposo al verdugo de tu familia.

—¡Ah, sí, morir! ese es mi único deseo, respondió Leonor; pero la muerte no oye la voz del infeliz que la llama, y antes he de ver rodar tu cabeza y teñida el hacha del verdugo en tu sangre, y he de oir deshonrado tu nombre, y aun quizá viviré largos años, y una voz secreta repetirá á cada instante en mi corazón: *tu hermano murió en un patíbulo por tu culpa; en tí pudo más tu orgullo que el amor que le debias, y que te mandaba sacrificarte por él.*

—¡Quita allá, mujer! gritó Hernando apartándola

de su lado con aspereza; huye de aquí, y deja que olvide que he tenido una hermana que prefiere mi deshonra á mi muerte; huye de aquí, y déjame morir en paz.

—¡Ah! suspiró la infeliz Leonor poniéndose en pié sorprendida de aquel tratamiento tan áspero. Yo he suplicado á Saldaña que me permitiese venir á verte pensando servirte de consuelo, y he venido solo á aumentar tu martirio. ¡Dios mio! ¡qué maldicion ha caído sobre mí para merecer el ódio de mi mismo hermano! ¡quién hay más desdichada que yo! ¡Qué quieres que haga por tí?

—Dejarme morir, y si de veras me amas, clavar un puñal en el pecho de mi asesino y vengarme.

—Hernando, tú no sabes lo que me pides, respondió Leonor aterrada; yo solo quisiera salvarte.

—Si tal hicieras, mujer, yo te juro que seria inútil tu sacrificio, repuso Hernando, porque antes de verte esposa de ese traidor, yo mismo, yo me atravesaria con mil puñaladas el corazon, y á falta de cuchillo con mis propias manos me despedazara. Oye la noticia del próximo fin que me aguarda, y que he recibido hoy; habia regocijado mi pecho, y hasta de esta última alegría me has privado con tu ruin proceder; vete, vete de aquí, primero que me hagas cometer un crimen, ahogándote para evitarte que cometas tú una vileza, y sabe que te he maldecido, que en ti no veo ya sino una prostituta que va á entregarse á un malvado, que antepone la vida á la honra, y que ha ve-

nido, en fin, á amargar mi última hora con su presencia. Sí, yo te maldigo, y hasta que muera te maldeciré.

—No, no, hermano mio, exclamó Leonor arrojándose á sus piés y abrazándole las rodillas, toda desolada y llorando. Yo no merezco tu maldicion: tú eres injusto conmigo; y en fin, yo soy inocente y nada le he prometido. No me maldigas; ten compasion de mí, y mátame si quieres, pero no me aflijas con tus insultos.

IV.

Miróla Hernando, y sintió al oir su voz dolorida, y al verla á sus piés tan acongojada, que su furor se habia calmado de repente, y hasta se arrepintió de lo que habia dicho. Porque en medio de su frenesí habia dejado escapar palabras harto injuriosas contra su hermana; era, en fin, generoso y la amaba demasiado, para que no le pesase de su arrebató, y tratase de enmendarlo y pedirla perdon de sus injusticias.

—Levántate, Leonor, repuso con voz más dulce; yo te perdono: sin duda no eres culpable; pero tú no sabes á dónde llega el dolor que despedaza mi alma. El peso de mis cadenas, la estrechez y el silencio lúgubre de este calabozo, los dias que en él he estado esperando hora tras hora la muerte, todo ha sido un cielo si lo comparo con el infierno que abrasa ahora mi cora-

zon. No has prometido nada me dices. ¿Y cómo has podido siquiera dudar un instante el partido que debías abrazar? ¿Cómo has podido creer que yo te agradeciera nunca una vida comprada con tu deshonra, ni cómo puedes tú ser jamás la esposa del hombre que te ultrajó y te ha ofendido, y exige tu mano por fuerza, del hombre, en fin, á quien detesto con todos mis sentidos y toda mi alma?

—¿Y crees tú, respondió Leonor, que le aborrezco yo ménos? ¿No concibes el sacrificio que estaba dispuesta á hacer por salvarte? Dios sabe si mis intenciones son puras. Pero tú eres el último de mi linaje, y en tí si mueres se extinguirá para siempre. Yo no soy más que una mujer, y aunque viva, aunque te sacrifique á mi orgullo y á mi inclinacion, no puedo por mí sola sostener el esplendor de mis ascendientes. Y viviendo tú renovarás nuestros antiguos timbres con tu valor, y podrás cumplir tu venganza. Olvidarás que soy tu hermana, y mirándome como la esposa de Sancho Saldaña, yo misma presentaré á tu puñal mi pecho, dichosa si con mi muerte he salvado tu honra despues de haber salvado tu vida con mi vergüenza.

—Calla, calla, Leonor, y júrame si me amas, odiar como yo á mi enemigo, y no ser nunca su esposa.

—¿Y te he de dejar morir?

—Sí, Leonor, replicó su hermano, y mi última hora será la más feliz de mi vida si me aseguras de mantenerte en tan noble determinacion. ¿Me lo juras?

—¡Hernando!

—No hay remedio, si no quieres que te aborrezca, replicó el de Iscar: mi muerte será un bien, será una felicidad, y yo al espirar te bendeciré.

—Separémonos como hermanos, Hernando, y no me hagas jurar lo que quizá no tenga fuerza para cumplir.

—Júralo, ú olvídate para siempre, y mi desprecio y mi maldicion será el premio de tu sacrificio. Pero si al contrario juras dejarme morir y odiar eternamente á Saldaña, yo te amaré con todo mi corazón, te amaré como á mi hermana querida, y moriré contento.

—¡Hernando! ¡Hernando mio! exclamó Leonor derramando un torrente de lágrimas.

—Estás resuelta, ¿no es verdad? Ven, y déjame que te estreche por última vez á mi corazón: encuentre yo en tí todavía la hermana de mi cariño. Acuérdate que el verdugo de tu hermano ha sido Sancho Saldaña, que sus manos se han teñido en tu sangre...

—Sí, Hernando mio, replicó Leonor arrojándose en sus brazos, yo te lo juro.

—¡Padre mio! exclamó Hernando, con su mano izquierda abrazando á Leonor, y alzando los ojos y la derecha al cielo, tú has oído su juramento. Caiga tu maldicion sobre el perjurio, y vela tú desde el cielo sobre esta infeliz huérfana que va á quedar á tantos peligros abandonada si cumple lealmente lo que ha jurado. Dios mio, ten lástima de su horfandad.

—¡Hernando! ¡Hernando! ¡Nunca más te he de vol-

ver á ver!!! exclamó Leonor abrazándole toda trémula é interrumpida su voz con sus gemidos.

—En el cielo, Leonor, repuso su hermano con tono solemne.

V.

La puerta del calabozo se abrió de par en par en este momento, y el embozado que habia hecho retirar á Duarte se precipitó furiosamente en la estancia, y arrancando á Leonor de su hermano con increíble fuerza, tomola en brazos, y á pesar de los gritos y de las amenazas de Hernando, cerró la puerta de golpe, corrió con grande estrépito los cerrojos, y con su preciosa carga en los brazos atravesó á pasos precipitados los corredores, subió y bajó sin detenerse las escaleras, y Leonor, aterrada y sorprendida, no creyó ménos sino que volaba en los aires arrebatada de un huracan.

Era Saldaña, que habia estado oyendo la conversacion de los dos hermanos; Saldaña, que habia sufrido en media hora todos los martirios del infierno en la eternidad, despedazando su corazon la rabia, y ruido de envidia, juzgando muy más feliz á su enemigo el de Iscar, preso y sentenciado á muerte, que á él mismo en medio de los honores y las riquezas, y dueño de su libertad.

Porque él cifraba su dicha en el amor de Leonor,

y la habia oido decir que le aborrecia, y aunque ya hacia tiempo que lo imaginaba, nunca se lo habia oido á ella misma.

Habia visto además la alegría de Hernando, que resuelto á morir, miraba la muerte como el camino del cielo, tranquila su conciencia y sosegado su espíritu, y sin temor del juicio de Dios, confiado en su inagotable misericordia, mientras él, supersticioso, pecador endurecido, y lleno al mismo tiempo de remordimientos, no gozaba un instante de paz, pensando en los eternos castigos que le aguardaban.

Despechado, por último, frenético, celoso del amor de los dos hermanos, no pudo contenerse más tiempo, y en uno de aquellos frenesíes que solian apoderarse de él, penetró, como hemos dicho, en el calabozo, y la arrebató de los brazos de Hernando.

Atravesaba el corredor á donde daba la puerta de la habitacion que en otro tiempo habia ocupado la desventurada Zoraida, cuando creyó que oia pasos de alguno que se acercaba.

Pero no eran los pasos que oia como los de un ser mortal, y habia algo en el lento, melancólico y pausado ruido que hacian, que parecia cosa del otro mundo.

La imaginacion acalorada de Saldaña le hizo acordarse entonces de aquella infeliz que habia asesinado él mismo, heló un sudor frio sus huesos, erizándosele los cabellos y sintió que le faltaban las fuerzas.

Los pasos que habia oido parecian acercarse, sintió

además un rumor semejante al que forma una ropatalar que arrastra al movimiento del que la lleva, cerró los ojos, apoyó la espalda contra la pared, estrechó á la desmayada Leonor contra su amedrentado pecho, y no acertó á seguir adelante ni á retirarse.

La noche habia cerrado ya enteramente, y la oscuridad más profunda reinaba en aquellas temerosas galerías.

Los pasos resonaron más cerca, y Saldaña apenas osaba moverse, cuando abrió los ojos de pronto y vió ó imaginó que veia una luz pálida y moribunda á corta distancia, semejante á los fuegos fátuos que suelen encenderse en los cementerios.

Figurósele que temblaba asimismo el suelo bajo sus piés, como si se abrieran las losas del pavimento, y que una figura cadavérica, una mujer, en su imaginacion colosal, la imágen, en fin, de Zoraida, solo que desfigurada ya con la muerte y de extraordinaria estatura, con el mismo puñal en la mano con que le amenazaba el dia que la asesinó, se alzaba fantásticamente á su vista, y se encaminaba hácia él.

Sintió Saldaña al verla oprimirse su corazon, crispase sus nervios, y á no tener apoyada la espalda contra la pared hubiera dado consigo y con Leonor en tierra.

Pero el mismo terror que aquella aparición sobrenatural le infundia le prestó fuerzas otra vez en el mismo instante, y sin separarse del muro, puestos los ojos inmóviles en ella, á cada paso que la fantasma

adelantaba retrocedia él otro, andando de lado, trémulo y falto de aliento.

Cuando llegó al ángulo del corredor ya la vision habia desaparecido, y en su lugar vió al viejo Duarte, que con una linterna en la mano venia hácia él desde el otro extremo.

No pudo entonces ménos de dudar si habria sido un delirio suyo la vista de aquella fantasma, y si habria tomado á Duarte por ella en su desvarío.

Sin embargo, Duarte acababa entonces de llegar al corredor, y la figura de Zoraida habia aparecido enfrente de él, y casi en el mismo sitio donde se habia presentado la habia visto desvanecerse.

No dudó ya un punto de la verdad de aquella vision; pero habiendo recobrado en parte su espíritu, aunque todavía temeroso de volverla á ver, corrió con ímpetu á la habitacion de Leonor, y en dejándola al cuidado de sus doncellas, se dirigió á su estancia y se arrojó en su silla, donde quedó pensativo por largo rato.

Capítulo XLIV.

Fallida ya mi esperanza
quedo triste y sin ventura,
y en tamaña desventura
no hé más bien que mi venganza.

(Anónimo.)

I.

Entró luego á despertarle de sus cabilaciones un caballero de parte del rey, que le dijo que su alteza deseaba verle, y que le esperaba solo en su cuarto.

Túvole que repetir el recado dos veces, á pesar de venir del rey, pues además de estar distraído no se picaba nuestro héroe de cortesano, y las penas que le consumían le traían tan fuera de sí que apenas ponía cuidado en lo que le hablaban.

Levantóse de su asiento á la segunda vez sin replicar palabra, y habiendo hecho seña al caballero de que le habia entendido, se dirigió á la habitacion de D. Sancho, donde le halló solo ocupado en revolver algunos libros de astronomía.

Hízole un saludo respetuoso, á que contestó el rey, quien cerró el libro que estaba leyendo, y habiéndose vuelto á él le indicó que tomase asiento y se acercase, diciéndole al mismo tiempo:

—Parece, buen caballero, que os es fatal vuestra estrella.

—Vuestra alteza, señor, respondió Saldaña con tono de voz melancólica, creo que se engaña en llamar estrella á la luz infernal que guia mis pasos en este mundo. Pero lo cierto es que no hay en él un hombre mas desdichado que yo.

—Eso quiere decir, repuso el rey, que la hermana del rebelde está mas obstinada que nunca, y no nos permite con su tenacidad usar de nuestra clemencia.

—Así es, replicó Saldaña: esa mujer se ha empeñado en que su hermano muera, y en que yo me desespere y maldiga al Dios que me hizo y la hora en que ví la luz.

—Pues entonces, ya veis, contestó D. Sancho, que es inevitable que se cumpla la ley. Mi deseo hubiera sido perdonarle y reconciliar vuestras dos familias por medio de vuestro enlace con Leonor de Iscar, porque, por Santiago de Compostela, os juro que querria salvar y tener por mi servidor á un tan valiente caballero como su hermano, aunque no fuera sino por lo leal que para con mi padre fué el suyo.

—Hernando de Iscar, señor, respondió el de Cuelar, es testarudo como un toro, y yo no sé qué hacer ya con su hermana para persuadirla. Con todo; es

cruel el partido que va á tomar vuestra alteza, y si pudiera ser retardar aun algunos dias...

—No, Saldaña, os engañais, interrumpió el rey; lo que seria bondad únicamente de nuestra parte, seria mirado como una prueba de debilidad por nuestros enemigos. El delito de Hernando mientras que á Nos no preste el homenaje debido y ceda su hermana á vuestras instancias, no debe quedar impune. Considerad que es el jefe de una faccion que todavía cuenta muchos partidarios en todo el reino, y que mientras él viva y no le tachen los suyos de traidor á sus juramentos viéndole premiado á nuestro servicio, mantendrán esperanzas que debemos á toda costa desvanecer, y atribuirán á miedo la tardanza de su castigo. Os he hecho llamar, porque no he querido proceder de ligero; pero ya que vos mismo no conservais esperanza alguna de reducir á su hermana, Hernando de Iscar es preciso que muera.

—Y entonces yo, respondió Saldaña, perderé tambien lo único que me quedaba en el mundo, porque tambien Leonor morirá sin duda, y vos sereis el que por premio de los servicios que os he hecho me la arrebateis para siempre y hagais que me maldiga en su lecho de muerte, como al demonio de su desgracia.

—Saldaña, repuso el rey con afabilidad, estais loco, y no se puede hacer caso de lo que en este momento decís. Esa mujer os ha trastornado el juicio.

II.

No se engañaba el rey en lo que decía, y cualquiera que hubiese visto á Saldaña girar á un lado y á otro, los ojos desatentados, la cabeza baja y contraído á veces el rostro, hubiera participado de su opinion.

Luchaba entonces el corazon de nuestro héroe con cien encontradas pasiones.

Deseaba por una parte vengarse de una vez de Leonor, aunque fuese á costa de si propio; faltábale por otra fuerza bastante para ejecutar su venganza, temia echarse sobre sí un nuevo crimen, hacíase ilusion todavía de vencer la tenacidad de Leonor, pesaba además las razones del rey, y en medio de tan contrarias voluntades no sabia por qué decidirse.

Y quedó algun tiempo en silencio y hablando á veces consigo mismo en confuso murmullo, olvidado de quién estaba con él, como si se hallara solo en su cuarto.

Mirábale el rey, y de cuando en cuando se sonreía.

Tambien él hubiera querido salvar á Hernando, aunque por diferentes razones, que puesto que hasta entonces habia aparentado ceder á las súplicas de Saldaña, no se le ocultaba al rey lo importante que podia serle un hombre del valimiento de Hernando si lograba desconceptuarlo entre los revoltosos y atraerlo á su servicio.

Pero el convencimiento en que estaba ya de que no podia alcanzar lo que quisiera, le habia hecho mudar de intento, determinado por último á hacer, ya que mas no podia, un castigo ejemplar en el jefe de sus contrarios.

Por otra parte, Saldaña no veía tampoco para él ventaja alguna en cometer el delito de sacrificar á Hernando, puesto que si hubiera querido solo satisfacer sus sentidos, tiempo hacia ya que estaba Leonor á su voluntad, y en vano hubiera sido su resistencia; pero no buscaba en ella un placer pasajero, no era un instinto animal el que le hacia desearla, sino que un sentimiento profundo, una esperanza de felicidad le obligaba á todo para poseerla.

Imaginábase (porque siempre nos imaginamos en nuestros sueños de felicidad lo que queremos) que aunque ella le aborrecia entonces, su empeño para agradarla, si llegaba á ser su esposo, los miramientos que con ella tendria, volverian en cariño el odio que un resentimiento pasajero habia engendrado contra él en su corazon.

Por lo que la vida de Hernando le era tan precisa como la suya propia para el cumplimiento de sus esperanzas, y sin embargo, que la entrevista de los dos hermanos habia disipado muchas de sus ilusiones, y encendido en su alma vehementes deseos de venganza, decidido á acabar una vez, aun no acertaba á determinarse, temeroso de perder para siempre lo que tal vez pudiera ganar todavía.

Serenóse, pues, un poco, y exhaló un profundo suspiro.

—Vuestra alteza, dijo, no debe precipitarse en quitar la vida al de Iscar. Quizá logremos todavía que Leonor ceda, y en ese caso...

—Desengañáos, Saldaña, repuso el rey; la pasión que teneis á esa dama os hace ver lo que no hay, y esperar lo que no llegará jamás, mientras usemos de la blandura con que los hemos tratado hasta ahora. Si ven que no se cumplen nuestras amenazas, sus oídos se acostumbrarán á ellas, y no harán mas caso que de las nubes de antaño. Las que se les han hecho son las mas terribles, y nada nos queda ya sino ejecutarlas. Veremos si resiste hasta el último trance el valor de esa mujer inconquistable, probemos su ánimo con el último terror que nos queda, y creedme, que si aun tiene firmeza para ver llevar su hermano al cadalso, ni vivo ni muerto debeis esperar nada de ella, porque es claro entonces que es una de aquellas mujeres que solo se hallan en los libros de caballería.

—Así es, replicó Saldaña, y por mi desgracia vereis que no cede. Pero teneis razon, y no queda otro medio de hacer titubear su firmeza. Es preciso que su hermano muera mañana mismo, y que ella misma presencie su muerte, ó que un enlace dichoso ponga fin á las enemistades que nos desunen.

—Me alegro, dijo el rey sonriéndose, de que penseis con más juicio, y si la mala suerte hiciera...

—Perdonad si os interrumpo, señor, replicó Salda-

ña frunciendo el entrecejo, que le ennegrecia como una nube el semblante; si tal hiciera la mala suerte, los demonios del infierno podían contar con un alma más en su reino.

—¿Y por qué no las damas, repuso el rey, con un galán más que las obsequiase?

Saldaña no respondió: echó una mirada de indignación y desprecio al rey, y rechinó los dientes como un condenado.

Don Sancho, que le tenía por loco, no pudo ménos de sonreírse.

—¿Con que está resuelto que mañana ó morirá el caballero, ó Leonor será vuestra?

—Y que ella, repuso el de Cuellar, ha de estar presente á su muerte.

—Pardiez que estais decidido, replicó el rey.

—A todo, respondió Saldaña.

Y habiendo quedado un rato en silencio se levantó de su asiento, y sin pedir permiso ni mirar siquiera dónde se hallaba, salió de la estancia embebecido en sus pensamientos, sin oír siquiera la risa con que don Sancho celebraba su distracción.

Capítulo XLV.

En esto los de la guarda
hicieron andar la yegua,
y al pregonero avisaban
gritase: esta es la justicia
que nuestro rey hacer manda
al moro Azarque, traidor
contra su corona sacra.

(Romance de Azarque.)

I.

El sol, y no Febo, en todo su esplendor teñía ya de color de fuego las almenas del castillo de Cuellar, cuando el bullicio y algazara que resonaba en las calles de la ciudad, habrían hecho creer á cualquier forastero que alguna agradable fiesta se disponía.

Y no le hubiera quedado duda de qué clase de funcion era la que iba á representarse, si seguía los pasos de la multitud que se encaminaba á la esplanada de la fortaleza, donde un magnífico cadalso cubierto todo de bayeta negra se levantaba, obra sin d'ada de extraño artificio y particular gusto, á juzgar por el inmenso gentío que la contemplaba.

—Hola, eh, tío Galafre, gritaba uno que, aunque cojo y con dos muletas, corria al sitio destinado para la diversion del respetable público. ¿Sabeis á quién van á ajusticiar?

—¿A mí qué me importa? respondió Galafre: lo que yo quiero es que le corten la cabeza á alguno por divertirme, y tanto monta que sea á Juan como á Pedro.

—Bárbaro, gritó otro con tono magistral y muy pagado de sí mismo, no creas que vas á ver ningun echa-cuervos, que no es nada menos que al señor de Iscar, majadero.

—Cata ahí, Marujilla, decia una mujer á otra amiga suya que con un niño en brazos, á pesar de ser la compasion el dote peculiar del bello sexo, se afanaba entre el gentío por ponerse delante de todos; cata ahí el señor saludador, el señor Soguilla, que está allí con el hacha, más tieso que otro tanto, y con más colores que la procesion del Córpus.

—Bien decia él, que habia sido verdugo en su mocedad, y ahí se ve lo que decia mi marido, que el señor Soguilla lo mismo era para un fregado que para un barrido.

—Ahí lo tienes, que parece un caballero mal comparado.

En efecto, era Soguilla, que desempeñaba aquel dia el papel de primer galan, y que á fuerza de representaciones al rey, habia merecido la plaza de verdugo, debida á sus méritos, segun él decia, aunque era fama entre sus enemigos que más la habia alcanzado por

intriga que por servicios que hubiese prestado, siendo además incontestable que ya no servia para el caso, aunque en otro tiempo pudiera haber puesto escuela.

Paseábase él entre tanto al pié del patíbulo en el espacio que dejaban los hombres de armas que formaban alrededor, donde no permitian penetrar á nadie, pavoneándose y muy lleno de importancia, persuadido de que habian vuelto para él aquellos dias felices en que tanto habia lucido en Valladolid, y olvidado en la embriaguez de su júbilo de las muchas coces que habia recibido de los mulos, sus pacientes, en los diversos lances en que con ellos se habia hallado ejercitando el noble oficio de saludador. ¡Tanto nos deslumbra y engríe un momento de gloria, que nos hace olvidar de nuestros trabajos!

II.

Mientras pasaba esta escena en la esplanada del castillo, y aguardaban todos con ánsia el momento en que habia de presentarse el desventurado caballero, sin el cual no podia verificarse la fiesta, representábase otra parte del drama muy diferente y mucho más lastimosa en el interior de la fortaleza.

Habia recibido ya Leonor la orden de presenciar la cruel sentencia de su hermano, y su abatido espíritu habia desfallecido al oirla.

Un frio intenso como el de la muerte habia paralizado sus miembros, sus ojos desencajados quedaron

inmóviles con una espresion de horror que estremecía, y una mirada tan fija y tan penetrante que fascinara al que se detuviera á mirarla.

Su memoria la habia abandonado del todo, sus labios cárdenos temblaban continuamente, no respondió á lo que la hablaban, y el color de sus mejillas se habia trocado en la palidez de la muerte.

Estaban á su alrededor las doncellas que la servian, algunas llorosas y acongojadas, y otras el asombro en el rostro y horrorizadas de verla.

No resonaba en aquella lúgubre estancia una palabra, el menor ruido no se sentia, y solo de cuando en cuando venia á turbar el profundo silencio que allí reinaba el eco oscuro é informe de las voces que alzaba fuera á lo lejos la multitud impaciente.

Hubiérase dicho al verlas que algun prodigioso mágico habia encantado aquellas mujeres, ó que eran las estátuas de un sepulcro, teniendo en medio de ellas la verdadera imágen del dolor y la desesperacion.

Largo rato permanecieron de esta manera, hasta que abriéndose la puerta de la habitacion entró el jefe de los aventureros acompañado de algunos soldados, que traian una silla de manos, y un grito involuntario de horror que lanzaron todas á un tiempo fué la primera señal que dieron de que no habian perdido todavía su sensibilidad.

Pero Leonor no dió por eso muestras de recobrase de su letargo, y cuando el capitan aventurero con su tabernaria insolencia se acercó á la desventurada don-

cella, no hizo mas movimiento que entreabrir los lábios y clavar los ojos en él con estúpida admiracion.

—No hay por qué asustarse de verme, le dijo Martin Gutierrez, y en verdad que no es para tanto, que tambien he visto yo cortar la cabeza á mi hermano, y no estuve yo muy lejos entonces de perder la mia, lo que hubiera sido peor. Animo, juro á Dios.

Los lábios de la infeliz Leonor se contrajeron oyéndole, dejando ver sus dientes enclavijados con la expresion amarga de los que padecen la enfermedad llamada risa sardana, sin por eso quitar de él sus ojos estupefactos.

—Vaya, levantáos, señorita, prosiguió el jaque aragonés, y entrad en esa silla de manos, y despacháos, porque sino juro á Dios que no vais á llegar á tiempo.

No respondió Leonor, ni dió señal de haber oido lo que le decia aquel salvaje, por lo que viendo que habia de esperar en valde si aguardaba á que se moviese, la tomó en brazos y la colocó en la silla, sin que ella opusiese resistencia alguna, indiferente á todo, y fuera de sí.

—Ahora bien, señoras, vamos andando, que para todas hay.

Y haciendo seña á los soldados de que anduviesen, salieron de la habitacion y se encaminaron á la galería que daba vista á la esplanada, diciendo al mismo tiempo entre dientes:

—Por Santiago, vive Dios, y así el diablo me lleve, que me da lástima de esta mujer, y que mejor la abri-

ria en canal con la espada que verla como la he visto. ¡Maldiciones y rayos me caigan! la pobre no está acostumbrada; ¡cuerpo de Cristo! pero este es el modo de que se vaya haciendo á las armas.

III.

En medio de la galería un asiento cubierto de luto habia atraído ya varias veces las miradas de los espectadores, y muchos de ellos envidiaban de buena fe la suerte de la persona que lo ocupase, y que con tanta comodidad veria desde allí al reo y al verdugo en el interesante momento de atarle los brazos á la espalda y descargar sobre él la cuchilla.

Pensaban algunos seria aquel asiento para alguna persona muy principal, ó quizá para el mismo rey, que lo habria hecho construir allí para disfrutar cómodamente de tan agradable espectáculo, no pudiendo persuadirse que hubiera en el mundo nadie que no tuviese el mismo gusto que ellos.

Alzaban de tiempo en tiempo los ojos á mirar quién era el que con tanto tino habia elegido aquel puesto par recrearse, creídos además en que aquel personaje, quien quiera que fuese, habia de ser quien hiciese seña de que comenzase la fiesta. Pero no quedaron poco sorprendidos cuando en lugar del rey, ó del señor del castillo, como aguardaban, vieron colocar allí á una mujer que con semblante de loca los miraba sin pestañear, mientras que una guardia de soldados la ro-

deaba, armados de punta en blanco y con sus partesanas al hombro.

Los que antes habian alabado el pensamiento del rey, dieron por cosa segura que era la reina, y no elogiaron menos su buena determinacion y corazon bondadoso; pero bien pronto se estendió la voz por la multitud de que era la hermana del señor de Iscar, sentenciada á presenciar la muerte de su hermano.

El ruido, las voces, la vista de aquel inmenso gentío apenas hicieron impresion en él ánimo de Leonor, que oía y veía todo aquello confusamente como los fantasmas del delirio de un moribundo; pero una vez sus ojos quedaron fijos en el enlutado cadalso, y un grito histérico, que resonó sobre las voces y el estrépito del gentío, fué lo primero que indicó que empezaba á recobrar sus sentidos.

Volvió empero á poco rato á mirarlo y solo se estremeció, y luego quedó de nuevo como alelada sin apartar la vista del patíbulo donde debia perecer su hermano, y no dió ya mas muestras de sentimiento, sino de cuando en cuando la contraccion de los músculos de su rostro presentaba en su boca una sonrisa de hiel.

Seguramente formaba un raro contraste con la alegría y el ruido de los que abajo contemplaban el cadalso á falta de otro mejor espectáculo, el silencio y la tristeza profunda que reinaba en la galería.

Los hombres de armas inmóviles en sus puestos, la vista fija y sin desplegar sus labios; las damas de la

infeliz Leonor cubiertas de luto y acongojadas, y ella, mas que todas apesadumbrada en el alma, estática, mirando al cadalso con el ahinco que distingue á los locos y la fisonomía del que padece accidentes nerviosos.

Estaba junto á ella un heraldo con su cetro en la mano con orden de arrojarlo en tierra para que se suspendiese la ejecucion si la infeliz, conmovida con tan horrible espectáculo, cedia en fin á los deseos del Castellano de Cuellar.

IV.

Mas de una hora habia ya pasado en tan terrible agonía, admirados los espectadores de que tardase tanto en llegar la víctima, ignorantes todos ellos del terrible plan de Saldaña, que habia mandado procediesen en todo muy despacio, á fin de dar tiempo de pensar á Leonor sobre la facilidad con que podia salvar á su hermano del suplicio, y aumentar por grados con la reflexion el horror que aquella lúgubre escena debia inspirarla.

Pero el tiempo, que sin compasion, curtido ya en crímenes, parece que tiene un placer en adelantar la hora funesta en que ha de acaecer alguna desventura, ó traer la muerte y el desconsuelo á los hombres, no quiso entonces detener tampoco su tan veloz como silencioso vuelo, sino que señaló el momento en que el de Iscar habia de determinar su carrera, y no tardó en

oirse una trompeta que impuso silencio en la multitud, y luego una voz que con acento ronco y sonoro gritó diciendo en aquel instante:—*Esta es la justicia que manda hacer su alteza el muy poderoso rey nuestro D. Sancho IV en la persona de Hernando de Iscar, á quien manda conducir con una soga al cuello y cortarle la cabeza públicamente por traidor y desleal á su rey, debiendo aquella fijarse en la puerta principal del castillo de Iscar que perteneció á este rebelde, despues de haber borrado sus armas por mano del verdugo, para escarmiento de traidores y oprobio de su descendencia.*

La voz resonó como el redoble sordo de un tambor enlutado, y ni pié ni mano movió todo aquel numeroso concurso, atento á las palabras del pregonero.

Otra vez se repitió el mismo pregon al cabo de un rato, sonando ya la voz mas cerca, y luego entre las dos filas de los soldados que cubrian el camino que llevaba al patíbulo, se dejó ver el que aquellas voces daba, la cabeza descubierta, andando muy despacio, con una trompeta en la mano, y detrás de él á Soguilla, gordo y cubierto de sudor tirando de una larga soga de esparto atada al pescuezo del reo, que como si estuviera con algun parasismo iba casi en el aire sostenido por bajo de los brazos, que apoyaba en los hombros de dos soldados.

Faltaba entonces *caridad* con los que ajusticiaban, y no habia como ahora *hermanos* por consiguiente que con la mayor *caridad* del mundo acompañan á un hombre á morir por fuerza, haciendo desaparecer de este

modo lo único que semejante lance puede tener de cruel.

Por lo que como hemos dicho los hombres de armas hacian el papel de *caritativos* con el desmayado caballero, lo que no poco sorprendió á todos, que aguardaban verle venir con serenidad y firmeza, despreciando la muerte y conservando hasta su última hora la fama de valiente que habia merecido en su vida.

Pero quizá habia llegado su alma, á fuerza de tanto sufrir, á perder por último su vigor, ó tal vez las pasiones que la habian agitado tanto en los dias anteriores habian dejado su corazon fatigado en aquel vacío lóbrego, en aquella fria insensibilidad que es el resultado seguro de haber sentido con demasia.

Tambien la falta de alimento, pues como ya hemos dicho en otro capítulo, gustaba apenas de la comida que le traían, podia ser causa de su desaliento; mas cualquiera que fuese, lo cierto es que venia tan abatido y desmayado que se dejaba llevar como un muerto, y muchos de sus partidarios que entre la turba se hallaban, se avergonzaron entre sí de haber obedecido á un hombre de corazon tan pusilánime, y que se cubria el rostro con el pico de su capa, sin duda por no atreverse á mirar frente á frente el patíbulo.

Entonó el pregonero tercera vez la sentencia enfrente de la galería donde estaba Leonor, que en el delirio de su fantasía no habia hecho alto en aquella voz, que como uno de tantos gritos habia llegado á su oido hasta aquel momento.

Pero entonces se notó que penetraba sin duda hasta sus entrañas, porque apartando de pronto los ojos del cadalso, de donde no los habia quitado hasta entonces, estremeciósese toda, púsose en pié, su rostro desencajado volvió á entrar en su centro, y miró á su hermano dando un profundo suspiro y señalándole con el dedo.

Brotaron sus ojos dos lágrimas que lentamente enlutaron sus encendidas mejillas, que parecian áscuas con la sangre que se le habia arrebatado al rostro; pero bien pronto tomaron el color de la cera, las fuerzas le faltaron, y se arrojó en su asiento como si hubiera perdido el conocimiento.

Era el momento crítico en que debia Hernando salvarse ó morir, y realizar Saldaña sus esperanzas ó verlas desaparecer para siempre.

Acudieron sus doncellas al punto á socorrer á Leonor, que con los ojos cerrados no hacia sino suspirar, pero que al ruido que sintió junto á ella volvió á abrirlos, y viéndolas les hizo señas de que la dejarasen.

—¡Dios mio! exclamó: dadme fuerzas para resistir. ¡El es! ¡El es! ¡Ah! ¡y yo le voy á perder para siempre! Volvió entonces la cabeza á otro lado, pero á cualquiera que dirigiese la vista no hallaba nada que la consolase.

V.

A su derecha, delante de ella, se alzaba el cadalso, enfrente estaba su hermano tan débil y exánime, sin

duda por lo mucho que habia sufrido, que no podia caminar por su pié, y detrás de ella se estendia una fila de hombres de armas insensibles á su dolor, y que con semblante tan impasible como de piedra contemplaban la ejecucion, mientras que la trompeta y la voz del pregonero herian su oido con la terrible sentencia que publicaba.

Los espectadores, lejos de mostrar piedad, unos se mofaban de los pocos hígados del caballero, otros disputaban muy acalorados sobre si era ó no el caso para perder el ánimo, y muchos con estúpida gravedad miraban aquello como hubieran mirado cualquiera otra cosa, es decir, sin saber ellos mismos por qué miraban, sino es porque habia otros que estaban mirando tambien. Pero imposible es pintar lo que Leonor padecia. Hasta entonces la insensibilidad en que habia estado la habia hecho mirar todo con indiferencia, pasando por su enagenada imaginacion cuanto veía como las visiones de un sueño, harto feliz si la muerte la hubiera sorprendido en aquel estado.

Pero el nombre de su hermano que acababa de oir trajo á su mente, aletargada hasta aquel momento, el triste recuerdo de cuanto habia sucedido, y recobró, puede decirse, el juicio para conocer con él por sí misma todo el rigor de su desventura.

Entonces vió la muerte y la deshonra por una parte, la vida, la muerte y la deshonra por otra, pero con la diferencia de que la vida seria para su hermano, y la muerte y el deshonor para ella.

o Pero el juramento que le habia hecho de nunca ceder á las instancias de Sancho Saldaña, las maldiciones que caerian sobre su cabeza si faltaba á un juramento en que habia tomado por testigo á su propio padre, invocándole y alterando su paz en el otro mundo, para que viese á su hija cometer al fin un perjurio, hacia titubear todavía su generosidad.

Entretanto el pregonero tocó por última vez la trompeta al pié del cadalso, y por última vez repitió su pregon con mucho placer del gentío, que esperaba ya con ánsia el desenlace de aquella tragedia tan larga. Quitó Soguilla la cuerda del cuello del caballero, que no enderezó ni movió la cabeza, que llevaba caída sobre el pecho, enteramente cubierta la cara, y la comitiva hizo alto, mientras el experimentado verdugo subió al tablado y arregló el banquillo en que habia el reo de sentarse y las sogas con que debia atarle las manos.

Y sin duda se detuvieron en aquel tremendo sitio con intencion mas tiempo del que debieran, porque ya Soguilla habia concluido sus quehaceres en el tablado lleno de satisfacion y hecho señas de que le subieran su víctima, y todavía estuvieron parados algunos minutos como si esperaran alguna orden.

Entonces treparon al cadalso los dos hombres que sostenian al reo, el cual en aquel momento dejó caer los brazos lánguidamente, que habia llevado hasta entonces apoyados en las espaldas de los soldados, torció la cabeza á un lado sobre el hombro izquierdo, y,

sin duda acometido de algun mortal parasismo, se dejó llevar como un cadáver al asiento que le tenían destinado, donde le aseguró el verdugo con las cuerdas que ya con esta intencion tenia preparadas.

En este momento uno de los reyes de armas se acercó á Leonor y le dijo:

—Mirad, señora, que va vuestro hermano á morir.

VI.

No pudo menos la afligida dama de volver á mirar el cadalso á tiempo que el verdugo tiraba atrás el pié izquierdo, y levantada el hacha en la mano, balanceaba el cuerpo para tomar brío y descargarla con fuerza sobre el desnudo cuello del caballero, que no movia pié ni mano, ni hacia ningun movimiento, inclinada la barba sobre el pecho, inmóvil en aquella postura sin duda por estar atado, y sin dar señales de vida.

Este espectáculo produjo en Leonor la sensacion que debia aguardarse: lanzó un gritó de los que en ninguna lengua tienen ortografia, y levantándose de su asiento exclamó con voz en extremo penetrante y sobresaltada:

—No, no, deteneos; yo puedo salvarle: dónde está el rey: yo quiero ver al rey, yo quiero salvar á mi hermano.

A la primera parte de sus interrumpidas voces, que llamaron la atencion de todo el mundo y promovieron

un sordo murmullo en el concurso, parecido al rumor lejano del mar, ya el heraldo habia arrojado su cetro, que cayó á los piés del de Iscar, el verdugo detuvo el golpe en el camino muy á su pesar, y echando un juramento entre dientes, retiró el pié que tenia delante y bajó al suelo la terrible hacha.

El pueblo comenzó poco á poco á alborotarse, se oyeron voces de *muera, muera el traidor*, las mujeres y algunos prudentes varones chillaron, ó se precipitaron huyendo, ondeó aquella grave masa del pueblo como las copas de un bosque de palmas azotadas por el huracan, presentaron las puntas de sus picas y partesanias los soldados que formaban alrededor del cadalso; las voces de *muera* crecian á cada momento, confundíanse unos, atropellábanse aquellos, gritaban todos, y ya empezaba la ira á prestar armas al populacho, que enemigo acérrimo de los traidores, ó mas bien indignado de que así se le aguase la fiesta cuando ya estaba á punto de terminarse á gusto de todos, se desató en amenazas é improperios, y se dirigió con nunca vista furia contra el pobre caballero, que no habia levantado todavía la cabeza, ni dado señas siquiera de oír lo que pasaba, dispuestos todos á relevar á Soguilla en su importante cargo y desobedecer al rey mismo, arrebatados sin duda del ardiente amor á la justicia que los animaba.

Pero nada de esto veía ya Leonor, que en el momento que acabó de hablar fué llevada de allí sin conocimiento en brazos de sus doncellas y conducida al

salon donde estaba el rey acompañado de algunos de su corte y de Sancho Saldaña, que á cada instante no hacia sino salir y entrar con muestras de impaciencia y desesperacion como loco.

Cuando entraron allí á Leonor, Saldaña se sonrió, pero no por eso desarrugó su entrecejo, ni puede decirse que se alegrára su alma, y un condenado que viera desde su infierno el resplandor de la gloria, quizá sentiria lo mismo que él á la vista de aquella infeliz.

Leonor volvió en sí en un delirio sin saber lo que se decia.

—No, yo no puedo ya mas; perdóname, hermano mio; era un juramento horrible... yo no debia cumplirle.

Y arrojándose á los piés del rey prosiguió.

—¡Ah! señor, perdonad la vida á mi hermano... vos sois generoso... él era vuestro enemigo, pero es el último de mi linaje. Tomad mi vida, haced lo que querais de mí. ¿Veis? ¡yo tambien era vuestra enemiga, y estoy ahora llorando á vuestros piés!... yo os pido por él: ¡ah! no seais inexorable á mis ruegos.

VII.

El tono de la voz de Leonor era tan dulce, habia en sus palabras una mágia inesplicable, su mismo delirio, la palidez de su rostro, sus ojos cubiertos de lágrimas que fijaba en el semblante del rey con cierta

espresion de dulzura y de enagenamiento, la hacian parecer tan hermosa en medio de su dolor, como la imaginacion no alcanza á figurarse, ni bastaria á retratar el mismo pincel de Murillo.

Compadecióse el rey, que al cabo era generoso y muy galan con las damas, no pudo menos Saldaña de apartar la vista á otro lado para enjugarse una lágrima (quizá la primera que habia derramado en su vida), y cuantos estaban presentes tuvieron que hacer un esfuerzo para contener las suyas.

—Hermosa dama, dijo en fin el rey con mucha afeblidad, levantaos, calmad vuestra agitacion, y no desperdiciéis así esas lágrimas en conmover corazones que teneis ya avasallados con vuestra hermosura.

Preciso fuera que yo tuviera un corazon de mármol para que fuese insensible á vuestras súplicas: sí, yo estoy pronto á perdonar á vuestro hermano, á olvidar todo, á devolverle cuanto ha perdido, y á honrarle además con mi confianza.

Pero yo tambien tengo que pedir á vos otra gracia, y no creo que me la negueis.

Un odio de muerte ha separado dos familias que en otro tiempo siempre estuvieron unidas y en la mayor amistad.

Tiempo es ya de que olvidemos todos nuestros remordimientos, y sacrifiquemos nuestras rencillas particulares en obsequio del bien de la patria. Ya veis que yo no soy el último que las olvido. Un enlace pondrá fin á las disensiones de estas dos familias:

ofrecedme ser esposa de Sancho Saldaña, y yo cumpliré mi promesa. Dichosa vos, de quien se dirá que por un rasgo de generosidad habeis trocado en amor el odio de dos casas tan enemigas.

Y Calló en diciendo esto, y Leonor no hizo sino suspirar.

Saldaña no quitaba de ella los ojos, aguardando con ansia que respondiera.

—¡Ah! no hay remedio, exclamó Leonor: padre mio, ten compasion de tu hija: sí, prosiguió encarándose al rey, dad la vida á mi hermano, y yo... yo seré... sí, estoy resuelta, yo seré la esposa del Castellano de Cuellar.

En este mismo instante un grito de horror resonó en la estancia, y una maldicion espantosa, y el ruido que hace un hombre que cae de pronto, hizo volver los ojos de todos hácia Saldaña, que estaba á un lado detrás á cierta distancia del rey, á quien hallaron tendido en el suelo, el cabello erizado, sobrecogido y temblando.

—¿No la habeis visto? allí estaba... Zoraida... con un puñal. Sí, Zoraida, la mujer que yo asesiné, exclamaba señalando á un ángulo de la habitacion. No, no es ilusion, yo la he visto.

—Dejad, Saldaña, vuestras locuras para otra ocasion, dijo el rey con tono severo, que no parece sino que teneis gusto en asustar á vuestra esposa.

—Será locura, como vuestra alteza dice, repuso Saldaña avergonzado de lo que habia hecho, aunque

no todavía muy recobrado de su temor, pero yo juraría que la habia visto, y...

—Señor, interrumpió Leonor, doy gracias á vuestra alteza por no haber quitado la vida á mi hermano, aunque sea bajo una condicion que hará sin duda la desgracia de los pocos años que creo me queden ya en este mundo. Con vuestra licencia me retiro.

—Mi corazon, hermosa dama, respondió el rey desentendiéndose, os desea mil años de vida y de inalterable felicidad.

El tono melancólico de Leonor, y las lágrimas que centelleaban en sus ojos de cuando en cuando, manifestaban bien claramente la profunda tristeza que iba á echar hondas raices para siempre en su corazon.

Saldaña se acercó á ella con timidez y se ofreció á acompañarla, pero Leonor rehusó su compañía, suplicándole la permitiese llorar sola primero su suerte, para esforzarse despues á sufrirla con resignacion.

Dicho esto se retiró á su cuarto, donde la dejaremos, porque fuera empresa imposible querer pintar los tormentos de su alma, que tanto habia padecido, y los delirios de su imaginacion, afligida con la amarga ilusion del porvenir tan negro que la aguardaba.

Capítulo XLVI.

Cruzan las calles gentes á manadas

derriba, rompe, tiende, parte y mata,
trastorna, arroja, oprime, estrella, asuela,
envuelve, desaparece y arrebatá.

(De Vicente Espinel.)

I.

Entre tanto el populacho, siempre feroz, y mucho más en aquellos siglos incultos, habia venido ya á las manos con los soldados, y como si fueran enemigos mortales, unos y otros acometíanse con tanta rabia, y dábanse tan tremendos golpes y tan sin lástima, que bien pronto por matar al traidor, como ellos decían, quedaron gran número de leales tendidos por tierra y anegados en su propia sangre.

Venció en un principio el ímpetu popular, que arrolló á los primeros que presumieron oponerse á su furia, atropellando á los hombres de armas que guardaban al reo, y arrojándose como un torrente sobre

el cadalso recio turbion de salvajes dando grandes gritos en derredor del de Iscar, que inmóvil como una piedra habia conservado su posicion, puesto que tampoco el verdugo se habia apresurado á desatarle las ligaduras.

—¡Arrastrarle! ¡Matarle á este ladron! ¡Muera el traidor! Tales eran las voces de aquella desenfrenada muchedumbre, que no hay juramento que no arroja-se, mala palabra que no dijese, ni insulto que no le hiciera.

Viéndose vencedores, parecióles lo mejor divertirse en arrastrarle por las calles, aprobándolo todos unánimes como el mejor y más gracioso pensamiento del mundo.

Y no se detuvieron mucho tiempo en arrojarle sobre el caballero y poner en obra su idea, sino que preparadas las cuerdas con que habian de arrastrarle, le desataron en tumulto y se lanzaron sobre su presa.

Pero quedaron todos atónitos cuando vieron que en vez de ponerse en pié el caballero con intencion de defenderse, como aguardaban, ó lleno de espanto para suplicarles que le perdonaran la vida, apenas le soltaron los cordeles que le sostenian se desplomó en tierra sin sentido, y le hallaron frio y yerto como una estatua de hielo.

Atribuyeron en un principio al miedo aquel paraismo que le hacia parecer como muerto, pero bien pronto se desengañaron, y habiéndole mirado con

más despacio, hallaron que era efectivamente un cadáver.

Arrancáronle con furor una especie de máscara que le cubría el rostro, y en que nadie había reparado hasta entonces, y ya como pájaros de rapiña, irritados cada vez más con lo que ellos llamaban una burla, iban á hacerle pedazos, porque el furor popular ni aun á los muertos perdona, cuando gritó uno de los circunstantes:

—¡Engaño! ¡Traicion! Que no es el señor de Iscar, ó el diablo ha tomado ahora la cara de Duarte para engañarnos.

—¡Es verdad! gritaron todos, mirando con asombro el cadáver del pobre escudero.

—El de Iscar se ha escapado sin duda, y ha dejado en su lugar al demonio.

—No hay duda en eso, respondió el albéitar de los hombres y las bestias del pueblo con mucha prosopopeya, y enarcando con mucho misterio las cejas. El de Iscar salió la otra noche volando por una tronera, y no hay que replicar, porque lo que digo lo sé de muy buena tinta.

En este momento gran fuerza de soldados cayó sobre los alborotadores con aquel encarnizamiento con que los satélites que usan la librea del despotismo, acometen siempre con razon ó sin ella á sus indefensos hermanos, y habiéndose vuelto á enredar la sarracina de palos y cuchilladas, la victoria se decidió en favor de la tropa, que no satisfecha con arrojar de allí

al pueblo, corrió por las calles, escaló las casas y atropelló á todo el mundo, sembrando la muerte por todas partes, hiriendo y asesinando á placer y cebándose en la matanza, hasta que restablecieron el orden, es decir, *la paz de las tumbas*, en aquella desolada ciudad. La esplanada del castillo quedó desierta, las calles cubiertas de muertos, y el cadáver del viejo Duarte por el diablo, hasta en la imaginacion de los que más se jactaban de estar exentos de vulgares preocupaciones.

¿Cuanza vida y por ventura
si de vos por ventura alguna
que en compañía de la vida
su hijo, su hermano, o su consorte sea;
el que en el mundo del honor el esto
como en un poco de tiempo
y así la vida con valor prevenga.

(Quintana - Del Páramo)

Después de esto, los señores de la casa
manera al mismo tiempo en la ri-
bera del río de la vida, hacia la parte de Omeo, otro
pagos de los que en sus años, capaz, mientras el
otro en el campo de la vida, hacia el río de la vida y
poniendo que hacia la vida del río.
Hacia uno de ellos, que asimismo hacia la vida de
ser el más principal, hacia y prosiguió en el mismo,
hacia el segundo, hacia el tercero, y el cuarto,
pero, que era sin duda el más principal, se encontraba en

Capítulo XLVII.

Venganza pido: y por vengaza anhelo,
si de vos por ventura alguno tiembla
que en semejante infamia sumergida
su hijo, su hermana, ó su consorte sea;
el que en si oyere del honor el grito
como en mi pecho destrozado truena,
ese me siga á castigar mi injuria,
y así la suya con valor prevenga.

(Quintana.—Del Pelayo.)

I.

Dos dias despues de estos sucesos descansaban una mañana al amanecer tres hombres sentados en las riberas del rio Adaja, hácia la parte de Olmedo, arrojados dos de ellos en sus anchas capas, mientras el otro en cuerpo gentil parecia desafiar el aire frio y penetrante que rizaba las aguas del rio.

Estaba uno de ellos, que asimismo tenia trazas de ser el mas principal, triste y pensativo en extremo, dormia el segundo embozado profundamente, y el tercero, que era sin duda el Velludo, se entretenia en

acomodar el hierro de una flecha en un grueso baston, cuya punta afilaba con su cuchillo.

Mas de una hora hacia que estaban asi ocupados sin hablar palabra, cuando el Velludo, envainando el cuchillo y poniéndosele en el cinto se levantó, y despues de haber mirado á una otra parte, como si esperase á alguno, se dirigió al primer embozado y dijo:

—En verdad, señor D. Hernando, que Usdrobal tarda mucho en volver, y me temo que le hayan echado el guante, y por la Virgen de Covadonga que lo sentiria.

—En efecto, respondió el de Iscar, que él era el que parecia tan imaginativo.

—Y que no siempre, añadió el Velludo, tiene un hombre la suerte que vos, que habeis escapado en un tris.

—Por Santiago, replicó el caballero, que no sé si deba ó no agradecéroslo.

—La muerte, señor caballero, es como cualquiera otra cosa; pero si está de Dios que uno no ha de morir, no hay mas remedio que conformarse. Pero me tiene inquieto ese demonio de chico, no sea que haya cometido alguna imprudencia.

—¿Estais seguro de su eficacia? preguntó el de Iscar.

—Creo que baste deciros, que mas que á otro ninguno le debeis á él estar ahora disfrutando del viente-cillo que sopla.

—Yo no dudo de su lealtad, respondió Hernando.

—Pues en cuanto á lo demas, yo os lo fio.

Era el de Iscar demasiado valiente para que sospechase bajamente de nadie, y mucho mas de hombres que sin esperanza de ningun premio habian arriesgado su vida por salvarle la suya; pero su natural impaciencia y el ánsia que le fatigaba de saber noticias de su hermana, á quien habia dejado en situacion tan embarazosa, lo hacia tachar de negligente al que le servia con mas celo.

—¡Qué feliz es este hombre! dijo mirando á Nuño, que roncaba como un bendito. ¡Qué bien duerme!

Como que hace dos noches, replicó el Velludo, que apenas hemos cerrado los ojos.

—Y yo, repuso el de Iscar, creo que no he de dormir ya mas en mi vida, que no parece sino que he hecho voto de no tener nunca sueño.

—Sin embargo, respondió el Velludo, ¡vive Dios! que no creo que le hayais hecho de no comer, y así no será malo que nos lleguemos á mi cuartel general, donde me da el corazon que nos han de tener ya dispuesto un cabrito y algunas botas de vino. Animo, señor caballero, que los duelos con pan son menos, y despertemos á este buen hombre, que lleva trazas á lo que veo de no dar cuenta de su persona hasta el dia del juicio sino le llamamos nosotros antes.

—Así es, respondió el caballero; y empujándole con el pié en las espaldas le llamó por su nombre dos veces, y á la segunda se enderezó Nuño, refregándose los ojos y bostezando, con muestras de estar muy falto de sueño.

—Apostaria, dijo abriendo al mismo tiempo mas de un palmo de boca, á que no me habeis apenas nombrado cuando yo ya estaba despierto. Era la tema de vuestro padre, qué decia que no habia un sueño más ligero que el mio. Me acuerdo que en el año 1243...

—Levantaos, Nuño, levantaos, y dejaos ahora de cuentos viejos, cuando tenemos tanto que hablar de lo que nos sucede.

—Ya sé yo, repuso Nuño, que no gustais vos de que yó me alabe; pero aquí está mi amigo el Velludo, que puede decir si miento.

—No hay duda, buen Nuño, repuso el Velludo, tenéis el sueño de un pájaro; vamos.

Y habiéndose puesto en pié el veterano, se encaminaron los tres hácia la parte del pinar más espesa, dando mil vueltas y tropezando á cada instante con las centinelas que tenia el Velludo apostadas, hasta que llegaron á un sitio donde estaba reunida parte de su tropa y ardia en medio un monton de leña donde se asaban carneros enteros, ocupados unos en hacer el rancho y otros en calentarse alrededor de la hoguera.

II.

Cuando llegó el Velludo se apartaron todos para hacerle lugar, y asimismo á los que le acompañaban, pero el capitan, en quien el frio y el calor no hacian mella, curtido como tenia ya el pellejo, les dijo que no se moviesen, que no queria acercarse á la lumbre,

y Hernando, demasiado embebecido en sus penas para pensar en el frío, se recostó contra un tronco sin des-
embozarse.

—Solo Nuño se acercó á la hoguera restregándose las manos y dijo:

—Vive Dios que no hay cosa como un calenton en estas mañanas frias, y que vale más que un pedazo de pan. ¡Ea! amigos, hacedme lado, que yo ya soy viejo, y creo que se me ha helado la sangre.

Peró no tardó mucho en llamarle el Velludo, como tambien á su amo, convidándoles á almorzar, para lo que no se hicieron de rogar mucho, especialmente el honrado veterano, á quien el aromático baho del cabrito asado habia dado ya en las narices.

Sentáronse, pues, á la redonda, servidos por uno de los bandidos que tenia el encargo de no dejar nunca el zaque vacío, y puesto que no podia menos de repugnar á la vanidad del caballero la compañía en que se hallaba como de igual á igual, y le abrumaran sus pesadumbres el corazon, tomó tambien su puesto, y empezó á comer con bastante buena gana, aunque distraido y volviendo á cada instante la cara hácia el camino que Usdrobal debia traer.

El primero que rompió el silencio fué Nuño, que puesto que como vasallo respetuoso hubiera él querido que su señor empezase, la gana de hablar pudo en él tanto que no acertó á callar por más tiempo.

—Pardiez que siento, dijo en voz baja al Velludo, que nos viéramos la otra noche en la dura necesidad de

matar al pobre Duarte. Era un buen hombre, y desde el año de 1238 que nos conocíamos no habíamos tenido nunca un quitame allá esas pajas.

—El se tuvo la culpa, repuso el Velludo en el mismo tono: se empeñó en que no había de dejarnos entrar á sacar á vuestro amo, y no hubo mas remedio que dejarle muerto en el sitio. Pero lo que me admira, y el diablo me lleve si lo comprendo, es cómo Usdrobal nos introdujo hasta allí sin que nadie nos viese.

—Fué una emboscada muy bien dispuesta, respondió Nuño: ya se ve, Duarte, como que no aguardaba el ataque, abrió el calabazo y nos colamos nosotros dentro. Me acuerdo que en Sevilla hicimos lo mismo un día al abrirse las puertas, pero...

—Buen chasco se habrá llevado Saldaña, interrumpió el Velludo, cuando encontrase en lugar de su enemigo tendido en tierra al pobre escudero como un cuero de vino horadado. Por la Virgen de Covadonga que me alegro más de que se la hayamos jugado así, que si hubiese ganado una batalla.

Apenas acababa de decir esto, cuando oyeron que el señor de Iscar exclamó levantándose al mismo tiempo:

—Gracias á Dios; allí viene.

Volvieron la vista á ver quién era, y vieron á Usdrobal que se acercaba.

Pero la lentitud con que caminaba, y cierta expresión de tristeza en su rostro, agena por lo regular de la fisonomía de aquel jóven, daban bien claramente á

entender que las nuevas que traía debían ser poco satisfactorias.

Hernando impaciente se interpuso en su camino de un salto.

—¿Qué traes, le dijo, bueno ó malo?

—Malo, repuso Usdrobal sin levantar los ojos del suelo; lo peor que podiais esperar.

—Hablad pronto, respondió el caballero todo azorado; decid.

—¿Ha asesinado quizá Saldaña á doña Leonor? preguntó Nuño, á quien no se le pegaba la camisa al cuerpo, temeroso de la seguridad de su ama.

—Es peor, replicó Usdrobal con despecho: dejadme os lo contaré. Saldaña supo vuestra fuga, señor don Hernando, y no teniendo medio de rendir la constancia de vuestra hermana, determinó que sacasen al patíbulo en vuestro lugar á Duarte, á quien había hallado muerto.

—Basta, gritó el de Iscar con voz de trueno; mi hermana ha faltado á su juramento...

—Leonor... Leonor, dijo Usdrobal interrumpiéndole, ha prometido su mano á ese asesino, y pasado mañana ha de celebrarse la boda.

—¡Maldicion! exclamó el de Iscar rechinando los dientes; tú lo oyes, padre mio; tu hija ha renegado de tí y ha deshonrado tu nombre. Pero yo renegaría de mi religion, dejaria de llamarme como me llamo si no impidiese esta boda, si no arrancase con esta daga el corazon de la infame que para tu baldon engen-

draste. Amigos mios, ayudadme á lavar mi afrenta, ayudadme á lavar con la sangre de esa perjura el borron que ha echado sobre su hermano. Maldita, maldita sea, y ojalá que el dia de su boda sea el último de su vida.

—Podeis contar conmigo, dijo Usdrobal con poco menos calor que el puntilloso Hernando: sí, yo juro que no seré el último en clavar mi puñal en el corazon de Saldaña. Partamos si quereis ahora mismo; yo solo penetraré en la estancia de ese malvado, y allí, allí, delante de la que va á ser su esposa, le coseré á puñaladas. ¡Infiel! ¡Infiel!

III.

No menos irritaba el amor á Usdrobal que al caballero la honra, y no parecia sino que un mismo sentimiento los animaba. Habia reventado en el corazon del primero el volcan de los celos, hasta entonces sofocado por el respeto que su mismo amor y la noble condicion de Leonor le inspiraban, y aunque habia dado siempre por mentidas ilusiones sus esperanzas, y nada le habia ella prometido en su vida, tachábala de ingrata y maldecia su inconstancia, no pensando sino en que iba á poseerla otro hombre, mientras él por premio de su cariño no habia merecido siquiera una mirada de compasion.

Habia quedado Nuño atónito de lo que oia, y por sus enjutas mejillas, surcadas ya por la edad, corrían

algunas lágrimas que le hacia derramar el borron que á su entender ya habia caido sobre la noble familia de Iscar por culpa de su señora.

El Velludo era el único que habia conservado su acostumbrada presencia de espíritu.

—¿Y cómo no has podido, dijo á Usdrobal, avisarla de que no era D. Hernando el que iban á ajusticiar?

—¿Creeis, repuso el celoso mancebo, que si hubiera podido hablarla no lo hubiese yo hecho? De dia y de noche hace ya mucho tiempo que vive rodeada de guardias y mujeres que observan continuamente sus pasos. Poco me hubiera dado morir, pero... ¡ah! ¡ojalá, ojalá que hubiese yo muerto por ella, y que ella me hubiese visto morir!

—Pero vos, señor caballero, repuso el Velludo dirigiéndose al de Iscar, debeis perdonarla: al cabo lo ha hecho únicamente por libertaros la vida.

—¡La vida! exclamó Hernando; y para salvarme la vida me ha asesinado la honra.

—Pero en fin, continuó el Velludo, ¿qué se pierde ahí más que una mujer?

—Una mujer, sí, una mujer que era mi hermana, que era mi propia sangre, que era la mitad de mi vida. ¿Y quién sois vosotros ¡vive Dios! para comprender siquiera lo que yo siento? ¿Quién sois vosotros para hablarme á mi de mi hermana? Si quereis ayudarme para que mi venganza sea tan pública como mi afrenta, seguidme; sino, yo solo basto, yo moriré ó triunfaré, y quedaré de las dos maneras vengado.

—No hay duda, respondió Usdrobal, el agravio exige venganza; yo os acompañaré... ahora mismo... ¿Por qué detenernos?

—¿Y es pasado mañana el día de la boda? preguntó el Velludo, que había quedado pensativo mientras ellos hablaban.

—Sí, pasado mañana, repuso Usdrobal.

—La fiesta será brillante; las puertas del castillo estarán abiertas; los soldados de la guarnición sin armas y emborrachándose muy descuidados, continuó el Velludo como si estuviera hablando entre sí; pasado mañana se puede dar un buen golpe; el rey y Sancho Saldaña... si los cogiese yo en mi poder...

—¿Qué pensais, capitán? interrumpió Usdrobal.

—Una friolera, nada más que volver la tortilla, y por último lo peor será volvernos como hemos ido.

—Pasado mañana, dijo el de Iscar, Nuño, tú y yo iremos disfrazados al castillo de Cuellar. Sí, padre mio, exclamó levantando los ojos al cielo; pasado mañana tu maldición se cumplirá en tu hija: no, no la verás esposa de Sancho Saldaña, ó iré yo á juntarme contigo en el otro mundo para maldecirla y gozarme en su degradacion.

—Y yo también os acompañaré, prosiguió el Velludo; pasado mañana habrá sin duda un soberbio banquete, á donde acudirán cuantos quieran. No faltarán tampoco estos pobres muchachos, continuó señalando á su gente, y por la Virgen de Covadonga que aunque el caso sea peliagudo, tal vez pasado mañana á la no-

che nos sirva el castillo de Cuellar de alojamiento, y de prision á los que ahora lo habitan.

—¿Qué decís? exclamó Hernando sorprendido del atrevido plan que acababa de bosquejar el Velludo. Marchemos cuanto antes. ¡Oh, hermana mia, yo te doy gracias, sí, mil y mil gracias, si tu infame comportamiento nos proporciona completo triunfo!

Capítulo último.

¡Dulce, voluptuosa remembranza!
¡Completa, satisfecha, y más hermosa
que del cielo el azul, es mi venganza!

(De D. Luis Usor y Río.)

I.

Brilló en fin el día tan deseado de Saldaña, tan triste para Leonor y tan aborrecido para el de Iscar.

El sol en todo su esplendor iluminaba el terso azul de la esfera, y la apacible brisa de otoño bañada en luz derramaba nueva vida á los campos, y la tierra parecía estar acorde aquel día con el cielo, y á par que el horizonte amanecía sereno y sin una nube, mil señales de júbilo y regocijo, cantos de alegría, son de campanas, músicas, danzas, alegraban la ciudad de Cuellar, su tétrico castillo y sus ateridos contornos, porque era el día feliz en que Sancho Saldaña iba á tomar á Leonor por esposa, en que la paz debía renacer en su alma, hasta entonces tan agitada de tantos remordimientos y agobiada de tantas penas, y el rey

y el vasallo más infeliz debían tomar igual parte en las fiestas y en los banquetes, y engalanarse y regocijarse aquel día.

Todo era júbilo, todo paz, todo felicidad, y el mundo de las ilusiones había en fin convertido sus sueños en realidades, y la imaginación más ardiente, el alma más pura podía gozarse, satisfecha completamente en los brillantes objetos y en el contento general que respiraban el cielo y la tierra, embalsamados en los perfumes del deleite y de la alegría.

Ondeaba la bandera del señor del pueblo sobre las altas torres de la fortaleza, en cuyas almenas brillaba asimismo el pendón de Castilla rodeado de otros mil estandartes de los caballeros que acompañaban al rey, cada uno de ellos honrado por una lucida guardia de soldados escogidos y armados de punta en blanco, de cuyas corazas, heridas del sol naciente, brotaban ríos de luz que así pasmaban el ánimo, como deslumbraban la vista.

Oíanse acordes músicas en los salones del alcázar, en la esplanada, en los patios, en todas partes, y los soldados vestidos de gala, los moros y las jóvenes del pueblo ataviadas con sus trajes del día de fiesta, iban, venían, bailaban, cantaban y se mezclaban unos con otros en buena paz, ya olvidados de las pasadas rencillas.

Todas las puertas del castillo estaban abiertas, echados los puentes levadizos y adornadas las puertas, las almenas y las ventanas con orlas de flores entrete-

jidas con tal arte que en cada una de ellas se hallaban juntas las cifras de los nombres de los dos esposos, y era de ver coronadas las ventanas todas de hermosas damas ricamente prendidas y con sus chapadas ropas, y de cortesanos caballeros que en dulces requiebros y amorosas risas hacian alarde de sus ingenios y agradable galantería, y todo era movimiento dentro de la fortaleza, desde las cocinas hasta las torres, y desde las cuadras de los soldados hasta los magníficos salones de la grandeza.

Aquí era ver un marmiton todo tiznado de hollin que perseguia á algun muchacho á quien habia hallado ¡terrible delito! probando los guisos con el dedo ó escamoteando algun par de perdices; allí tres ó cuatro robustos cocineros salaban puercos y toros para el banquete que en la esplanada y los patios debia servirse á todo el mundo, y que hacian relamerse los lábios á mas de un pobrete de los que esperaban el gaudeamus; otros repartian vino generosamente á infinidad de mosquitos sin alas que acudian al olor como si los llamaran; algunos arrojaban dinero al monton, y hombres y muchachos á la rebatiña se empujaban, se pegaban y se rompian las narices por atrapar un maravedí, con mas codicia que si fueran á ganar un reino, dando ocasion de risa á los que miraban: atravesaban las salas multitud de pajes galanamente vestidos, resonaban las espuelas de los caballeros, sentíase crujir la seda al andar las damas, que atraian con su hermosura, y aun mas con su refinada retrechería, las

miradas de todo el mundo; reían unos, cuchicheaban aquellos, estos disputaban, y las voces, los cumplimientos, las burlas, las carcajadas presentaban un cuadro lleno de vida, de ruido y de movimiento.

Mezclábase á este confuso rumor que resonaba en los salones y galerías el alegre son de la música, el estruendo de las campanas, la algazara, los vivas, los bailes, el confuso alboroto de la multitud, y no menos divertia la variedad de trajes y de colores, que como el campo cubierto de flores en la primavera, así en desacorde ondulation desvanecian á par que recreaban la vista.

Pero nada era comparable al lujo y la magnificencia con que estaba adornado el salon donde habia de celebrarse la fiesta, y en donde se hallaba reunido cuanto el ingenio humano habia creado hasta entonces para satisfacer el orgullo y la comodidad de los hombres.

Ricas alcatifas, sillones de marfil elaborados de oro, dos espejos, uno de metal y otro de cristal de Venecia, joya entonces rarísima y de extraordinario valor, tal era la pompa que el señor de Cuellar habia desplegado en aquella estancia, y solo algun petimetre de nuestros dias hubiese motejado de mal gusto un tablado de pino como de una vara de alto que se estendia en el último término de la habitacion, como unos cinco piés de largo, cubierto de una alfombra vieja, donde debian representar algunos pasos de su invencion los juglares que habian venido al olor de la fiesta.

100 Pero como no es dado á todos los hombres tener talento, es signo de éste que aquellos traten de humillar siempre al que es por su ingenio superior á ellos, y entonces, lo mismo que ahora, ser poeta era poco menos que estar en pecado mortal.

80 Defendian la entrada de esta soberbia cuadra cuatro maceros del rey, que con mucha gravedad hacian centinela, dos á la puerta y otros dos bajo un dosel que cubria dos asientos destinados sin duda para los reyes, y puestos junto al tablado para que gozasen de la representacion, como tambien otros dos escaños mas bajos para los novios, á quienes servia el rey de padrino y de madrina la reina.

101 Hormigueaban á la puerta los pajes, unos asomándose á ver la estancia, otros hablando entre sí, impacientes todos por lo que el rey tardaba en venir, y por que no empezaha la fiesta.

102 —Pues hoy Saldaña debe de estar muy contento, decia un paje barbilucio á otro compañero suyo.

103 —Qué sé yo que te diga, respondió el otro; lo que sé es que esta mañana le ví cuando amanecia, y no pienso haber visto en toda mi vida cara mas triste.

104 —Como que en toda la noche ha dormido, segun me ha dicho García, que se ha quedado con él en su cuarto, repuso otro tomando parte en la conversacion, empeñado á cada instante en que veía una mora con un puñal... vamos... loco perdido.

105 —Anda, replicó el primero, ya le curará la locura Leonor de Iscar, que voto va que aunque está algo

ajada, es más linda que ninguna de cuantas andan por aquí haciendo dengües muy peripuestas.

—Lo que yo siento es que tardan tanto en salir, repuso el segundo, y vive Dios que me temo que no se han de casar todavía.

—Todo puede ser, respondió una voz para ellos desconocida; y volviendo á ver quién era, hallaron un peregrino con su esclavina cubierta de conchas y un bordon en la mano, que entre la confusion y el bullicio habia logrado introducirse hasta allí.

—¡Hola! también estás tú por acá, dijo un paje: ¿y qué sabes tú de lo que estamos hablando?

—Yo nada, respondió Usdrobal, que era sin duda el disfrazado con aquel traje, sino que sucederá lo que Dios quiera, y por eso he dicho que todo puede ser todavía.

—Pardiez que nos has sacado de una duda con lo que has dicho, y lo que has de hacer es irte de aquí cuanto antes.

—No, no, gritaron todos rodeándole; lo mejor será que nos cante alguna cancion y le daremos limosna.

—Dádmela, respondió el peregrino fingido, que queria gastar tiempo, y os cantaré aunque sean dos.

—¿Estais loco? repuso el paje descontentadizo: ¿queréis que se ponga aquí á cantar este hombre, y que venga el rey entretanto?

—Tiempo hay, replicó otro de los que le querian oir cantar.

—Sí, sí, respondió Usdrobal, yo cantaré mientras viene el rey.

Y habiendo tosido para limpiarse la garganta, escupió á un lado, y ya iba á entonar la voz, cuando se oyó abrir una puerta, y el grito de *el rey, el rey*, corrió de boca en boca al momento.

Este aviso hizo olvidarse á los pajes del peregrino, á quien dejaron solo, acudiendo á formarse en dos filas dejando un claro en medio para la corte, mientras Usdrobal se escondió y agazapó como pudo para no llamar la atención.

II.

Abrian primeramente la marcha hasta veinticuatro maceros con sus mazas al hombro; vestidos ricamente de gala, seguian despues los monteros de Espinosa, y detrás de ellos venian el rey y la reina, trayendo cada uno á su lado á sus dos ahijados Saldaña y Leonor, que, aunque lujosamente adornados, más parecia que caminaban al suplicio que no al altar de himeneo.

Notábase en los semblantes de los augustos padriños tanta alegría y afabilidad, que seguramente formaban un contraste particular con los de los novios.

Cualquiera habria creido que aquel dia el rostro de Saldaña se hubiera, en fin, despejado de la negra nube que le habia hecho sombra hasta entonces, y sin embargo, veíase pintado en él el terror, y sus ojos,

que apenas se atrevia á fijarlos en su futura esposa, giraban acá y allá como receloso de alguna traicion, ó cual si buscara alguno entre los que allí estaban á quien temiera encontrar, no obstante, que le buscaba.

Leonor, por su parte, triste, los ojos bajos, pálida, indiferente á todo, parecia una víctima engalanada para el sacrificio, y con inciertos pasos y negligente abandono obedecia á un vago sentimiento de instinto, siguiendo los pasos de su madrina, que en vano con la mayor dulzura á veces, en voz baja hablaba.

Su alma habia llegado á quedar insensible á fuerza de padecer, y solo algunas lágrimas que se esforzaba á contener, pero que observaron muchos de los que estaban presentes, manifestaban que aun conservaba en ella cierto sentimiento tan poderoso que se las hacia derramar.

Tambien Usdrobal habia echado de ver que lloraba, y tuvo que apartar de ella la vista para no perder el sentido.

Detrás de ellos, en fin, seguia una numerosa comitiva de damas de la reina y de caballeros, y cuando entraron todos en el salon ocuparon cada cual su asiento segun su categoría, y á una señal del rey se abrió una puertecilla secreta que caia al tablado, y cuatro hombres, vestido uno de médico, otro de alfaquí ó sacerdote moro, y los otros dos uno tambien de árabe y otro de caballero cristiano, aparecieron en el escenario.

En gran risa prorumpió dando palmadas todo el concurso al verlos, puesto que los dos moros se habían adornado tan ridículamente, y salieron haciendo tales gestos, que no hubo alma cristiana que no se regocijase de verlos.

—Mirad, Saldaña, dijo el rey á su ahijado, y dejad por Santiago vuestro mal humor.

—Sí, ya miro, replicó el de Cuellar, y me alegro que sea la fiesta del gusto de vuestra alteza.

La reina dijo tambien algo á Leonor, que la respondió maquinalmente.

Entretanto los cuatro juglares recitaron una especie de loa en versos alejandrinos, muy larga y bastante mal hilada, en alabanza del rey y la reina y de los dos esposos, sin olvidar tampoco al ilustrado público, de que más de la mitad se habia dormido, y la otra mitad ó hablaban unos con otros ó bostezaban.

No obstante, la loa parecía bien á todo el mundo, y todos aplaudieron unánimes, persuadidos de que era lo mejor que habian dejado de oir en su vida.

Sonó en seguida algunas fanfarrias la música, que despertaron á los más tenaces, y los cuatro histriones empezaron despues á representar no una tragedia greco-francesa-clásica á lo Racine, no alguna hermosa creacion romántica á lo Shakespeare ó á lo Calderon, no siquiera una farsa, un sainete, un entremés, sino un tejido de disparates é insultos que unos á otros se dirigian en versos compuestos allí de repente, que hacian

morirse de risa á los espectadores, para quienes no habia cosa mejor en el mundo.

Nosotros procuraremos dar una idea de esta funcion, puesto que nunca puede ser exacta por faltarle la parte mimica, que era lo que con más espresion y gracia desempeñaban.

Reduciase el poema á suponer que el médico y el alfaquí disputaban sobre religion y se injuriaban de palabra y de obra, hasta que llegando el otro moro los trataba de separar en nombre del Zancarron, á lo que el alfaquí se detuvo, pero el médico seguia más furioso y los insultos cruzaban de una parte á otra como flechas envenenadas.

Llegaba entonces el caballero cristiano, y diciendo y haciendo tiraba de la espada y arremetia á todos juntos: en esto sonaba una trompeta, salian más moros, y el caballero los ponía en fuga con su valor sobrenatural, teniendo el público el placer de quedar sorprendido al saber que aquel caballero era Santiago en persona, que venia á ofrecer su espada y á hacerse armar caballero por el rey D. Sancho el Bravo y la reina su esposa, que le había de calzar las espuelas, gracia que esperaba alcanzar en tan fausto dia, concluyendo su relacion con pedir perdon no á Dios, sino al público, de las faltas que pudiera haber cometido.

El saludo de los cristianos á los moros era el siguiente:

Hola, adios Alcuzcuz; el cielo quiera
abreviar de tus dias la carrera.

Con no ménos cortesía y buen deseo contestaba el moro, puesto que como eran cristianos los cómicos y los espectadores, los pobres musulimas siempre solian llevar la peor parte.

Tal era el acertado plan de este drama, que si carecia de ingenio, rebosaba al ménos de majadería, y no pertenecia de ningun modo al género soporífero, como la loa y algunas obras clásicas de nuestros dias, sino al disparatado risible en que campea la locura.

Y ya estaban terminando la representacion, cuando un grito histérico resonó al otro extremo de la sala detras de los espectadores, que hizo estremecerse á muchos y volver á todos la cara hácia el sitio de donde habia salido.

Pero no vieron á nadie y todo quedó en silencio al momento, y solo oyeron la voz de Saldaña que se habia puesto en pié, desencajado el semblante, y que dijo:

—¡Ella es, ella es, que viene á anunciarme mi muerte!

III.

Suspendióse la representacion, pusiéronse en movimiento, y hasta el mismo rey pareció algo turbado con aquel alharido fúnebre que como por encanto de

algun sér sobrenatural parecia que habitaba invisible en aquella estancia.

Leonor aterrada se abrazó estrechamente á la reina, que con no menos sobresalto temblaba de piés á cabeza, sin saber á quién atribuir aquel grito que habia helado hasta el tuétano de sus huesos, y todos agoraron mal de la boda que bajo auspicios tan tristes iba ya á celebrarse.

Hasta los más despreocupados no supieron á qué atribuir aquel alharido, semejante al que podria lanzar un hombre en el tormento, que todos habian oido, pero que nadie podia imaginarsiquiera la boca de donde habia salido.

No tardó el rey sin embargo de recobrar su serenidad, y dando por supuesto que aquel grito procedia de alguno que se hallaba en el próximo corredor, dió orden á los maceros para que despejasen la gente que se habia agolpado, y mandó que prosiguiese la fiesta.

—Serenáos, dijo á Saldaña en voz baja, y mostrad el ánimo que á un caballero conviene: sobre todo no esteis así, y hablad algo á Leonor, que parece que sois de piedra.

—¿Y qué he de decirla yo, que he hecho su infelicidad?

—Amigo mio, repuso el rey, eso hubiera sido bueno considerarlo antes. Ahora ya es tarde, y es preciso hacer de tripas corazon. Señora, prosiguió dirigiéndose á Leonor, esforzáos y no tengais miedo, que entre amigos estais que os defenderán si fuese preciso.

Leonor en aquel momento pensaba en la maldición de su hermano, y envilecida á su parecer no hacia sino rogar á su padre, que desde la mansion celestial mirase su flaqueza con ojos de misericordia.

Los dos novios eran sin duda los mas tristes y los mas desdichados de cuantos habian concurrido á la fiesta, y que tal vez envidiaban su suerte en aquel instante. ¡Con qué placer la hubieran ellos trocado por la del mendigo mas despreciable!

Entretanto el bullicio en los patios de la fortaleza y en la espaciosa esplanada crecia á cada instante con la llegada de nuevos huéspedes, que de los pueblos de las cercanías desembocaban en aquel mar de hartura y de borrachera.

Peregrinos, soldados, labriegos, mendigos, en fin, cuantos vagabundos ha criado la divina Providencia, cuantos hombres y mujeres de buena y de mala vida habitaban aquellos contornos, otros tantos eran los que acudian, habiendo llegado á entrar tantos en el castillo, que por buena providencia hubo de no permitirse la entrada á nadie cuando ya era imposible que cupiesen mas, y se sacaron toneles de vino y comida en abundancia á las calles de la ciudad y al campo, donde ya podia contarse que cada hombre cabia á borracho por barba sin errar la cuenta en un ápice.

Notábase empero entre tantos alegres alguno ú otro pensativo y meditabundo, puesto que distraído observaba las cuadras de los soldados, reparaba en la fuerza de gente que estaba sobre las armas, y se introdu-

cia en todas partes sin volver nunca atrás sino cuando algun centinela le impedia pasar adelante.

Llevaba uno de ellos, pues eran tres los que se observaban que andaban juntos, un traje de peregrino y un sombrero tan ancho de alas que le cubrian todo el rostro, mientras envueltos los otros dos en sus anchas capas, á la antigua usanza castellana (1), seguian uno detras de otro, y al andar hubiérase dicho que llevaban armas á juzgar por cierto ruido casi imperceptible en medio de aquel estrépito, pero que poniendo cuidado solia sentirse de cuando en cuando.

Hablábanse al oido á veces, mirando antes si alguno los observaba, separábanse, perdíanse en la confusion, hablaban con algunos de los que andaban por allí en secreto, juntábanse al cabo de un rato y volvian á hablarse con mucho misterio, y recatándose de todo el mundo.

—No es tan fiero el leon como lo pintan, decia el que iba vestido de peregrino; dígolo porque hasta ahora nuestra empresa no me parece descabellada.

—En el año de 1200... repuso uno de los de las capas.

—Dejadnos ahora de fechas, interrumpió el otro. ¿Usdrobal, sabeis dónde está?

—No tengais cuidado, respondió el de la esclavina, que ya sabe lo que se hace, y nos avisará cuando sea

(1) Ahora y en nuestros dias no hay castellano viejo que no asista con su capa parda á las fiestas del lugar, y es el traje de ceremonia que usan cuando van á casarse y en cualquier funcion de etiqueta.

tiempo. Separémonos, separémonos, que allí está Martín Gutierrez y no hace sino mirarme.

Separáronse en efecto, porque como decia no quitaba ojo de él hacia rato el jefe de los aventureros, empeñado en encontrar cierta semejanza entre el Velludo y aquel peregrino, en lo que no andaba quizá muy equivocado, como ya habrá adivinado el lector, que no necesitará tampoco que le digamos que los otros embozados eran Nuño y su amo el señor de Iscar.

Confundióse, pues, el Velludo entre la muchedumbre, donde la mayor parte eran de su gente, que esparcidos entre las turbas de vagabundos llevaban ocultas sus armas bajo sus ropas, y prontos á reunirse en ciertos puntos ya marcados á una señal de su capitán.

Habian acompañado varios de ellos á Usdrobal, que como ya hemos visto conocia bastante bien algunos secretos de la fortaleza, siendo la intencion del Velludo tener repartida su gente de tal manera que fuesen sorprendidas las guardias y tomadas todas las avenidas en el momento mismo que aquel diera la señal de alarma.

El amor habia hecho á Usdrobol desobedecer en parte la órden que le habian dado, no habiéndose dirigido inmediatamente á donde debia por ver pasar á Leonor; pero cuando volvió de su turbacion no tardó en colocar su gente en los sitios mas convenientes, disponiéndose al mismo tiempo á subir á la torre principal y desarmar los que guardaban el pendon de Castilla y la bandera del señor de Cuellar.

Acometerlos y levantar en lugar suyo la enseña de los rebeldes todo habia de ser en un punto, siendo este el momento en que el de Iscar, Nuño y el Velludo habia de apoderarse, cada uno al frente de su peloton, de las armas de sus enemigos, de las salidas del castillo y de los puentes lavadizos, mientras otros promoverian el desórden por todas partes y darian muerte á cuantos se resistieran.

Tal era el volcan sobre que paseaban sin temor el rey y sus cortesanos, confundido entonces el ronco hervidero de sus entrañas entre el rumor de la multitud festiva, tales los planes que la ambicion y la venganza maquinaban, y el sol en todo su esplendor deramaba sus rayos desde el cénit alegrando como antes la tierra, que pronto iba á inundarse en torrentes de sangre y á cubrirse de luto y desolacion.

IV.

La fiesta seguia, la multitud no cesaba, y el regocijo era general. Arriba mismo en los salones se habian olvidado ya del tremendo grito, y fueron tales los chistes y tan ridículos los mohines de los juglares, que hasta Saldaña se sonrió.

Leonor misma parecia ya mas resignada á su suerte, y oía con gusto los consejos que la daba la reina con la mayor dulzura, dirigidos todos á confortarla y darla ánimo para sufrir su destino con paciencia y resistir con valor á la adversidad.

Acabaron de bailar los histriones, y despues de haberse retirado colmados de aplausos y de regalos de la grandeza, pasó el rey y su comitiva á otra sala no menos ricamente adornada, donde un espléndido banquete les aguardaba.

Habia allí varias mesas además para los caballeros que, aunque no eran de la comitiva del rey, estaban convidados por el señor del castillo, ó se habian ellos convidado á sí mismos.

Y las mesas, servidas con profusion, como podian dar cabida á mucha mas gente, no se resentian de esta carga de pajaritos que quizá habrian hecho temblar el convite mas opíparo de nuestros dias, ni se trajo, ni se aumentó nada mas, puesto que nadie, como ahora se estila, anduvo con melindres con la comida.

En esto estaban, y ya el Velludo impaciente no hacia sino mirar á la torre de donde debia Usdrobal dar la señal.

Hernando tenia ya aperebida su gente para envestir, y Nuño no acertaba cuál podia ser la razon por qué Usdrobal no cumplió la órden, cuando uno de los pajes se acercó al rey, y habiendo hincado la rodilla en tierra, con gran sorpresa de todo el mundo le pidió un instante de audiencia, porque en lo que tenia que decirle le iba á él la vida y á cuantos allí estaban.

Pasmáronse todos, sobresaltóse Saldaña, y el rey se levantó de su asiento, y habiendo salido con el de Cuellar á otra estancia

—Pardiez, dijo al paje, ¿qué tienes que decirme? y

mira bien que no mientas; porque juro á Dios que te hago ahorcar si por divertirme has puesto en tanto susto mi córte.

—Podeis hacer de mí lo que mejor os parezca, repuso el paje con serenidad: mi deseo es salvar á vuestra alteza y á todos sus servidores de un peligro que una casualidad acaba de descubrir. En la esplanada, ahora poco, armaron dos hombres una pendencia, echaron mano á las dagas, y á pesar del gentío que trató de impedir la quimera se acometieron. Rajó el uno al otro el pecho del primer golpe, acudieron todos á socorrerle, y Gutierrez, el jefe de los aventureros, llevó ó los dos presos. En este momento el herido empezó á pedir confesion y á decir que queria revelar un secreto del cual dependia la vida de vuestra alteza. Llegó allí un fraile, y cuando el herido iba á hablar un hombre arrojado, vestido de peregrino, rompió de un salto por medio de los soldados, llegó á la angarilla donde le conducian, y le clavó tales dos puñaladas que le dejó muerto en el acto. Hizo todo esto en un abrir y cerrar de ojos, de suerte que no lo habian visto hecho cuando ya el agresor habia desaparecido entre la multitud. No obstante, Martin Gutierrez dice que apostaría á que es el Velludo, y por sí ó por no ha hecho á sus aventureros tomar las armas.

—¡Por el Velludo! dijo el rey con desprecio; ¡y habia de tener un caballero miedo de un miserable bandido!

—Vuestra alteza se engaña mucho si desprecia á ese

hombre, puesto que á él solo y como bandido tambien le tengo yo en poco, replicó el de Cuellar, pero...

—¿Y no hay mas que eso? interrumpió el rey dirigiéndose al paje.

—Si señor, mas hay, replicó, porque aunque el Velludo mató á uno para que callara, el tormento ha hecho hablar al otro, y ya se sabe que están aquí dispuestos á dar un golpe Hernando de Iscar, el Velludo y otro, que segun se suena se hubo de desertar de los aventureros hace ya mucho tiempo.

—¡Hernando de Iscar! exclamó Saldaña.

—Sí, un caballero que está en una gavilla de ladrones, replicó el rey, sin crédito ni opinion, y despreciado hasta de su misma hermana. ¿Y no los han puesto presos?

—Señor, repuso el paje, se sabe que están, pero no quiénes son:

—Está bien, retírate. ¡Já! ¡já! una cáfila de villanos, dijo el rey cuando el paje volvió la espalda, riéndose á carcajadas mientras oyó sus pasos que se alejaban. Pero luego que conoció que nadie podia escucharle, acercándose á Saldaña, continuó:

—El plan es diabólico, pero es menester que nadie conozca nuestro temor, porque se acabaria la fiesta al momento. Id, dad la orden á los capitanes de mas confianza para que al lado de cada hombre que se presume siquiera que lleva armas coloque dos de los nuestros que no le pierdan nunca de vista, y que le prendan si pueden sin alborotar, que nuestros arqueros

con el arco tendido escuchen ocultos desde las torres y las ventanas, que los puentes levadizos queden en falso, y que toda la tropa esté sobre aviso en sus cuadras. Cuidado, Saldaña, que es preciso disimular, y sobre todo con Leonor. ¿Me entendéis?

—Yo haré un esfuerzo, y callaré por lo menos, contestó Saldaña.

Y saliendo de allí enseguida, no tardó en arreglar la gente como capitán veterano, y tomar, además de las del rey, las disposiciones que le parecieron más convenientes.

V.

El rey volvió al festín burlándose del miedo del paje que tanto había sobresaltado á todos, lo que sirvió de pasatiempo á los cortesanos, que hicieron con este motivo su chiste, y aunque á Saldaña no se le vió venir tan alegre, nadie hizo alto no obstante, acostumbrados á verle siempre de mala cara.

La desdichada Leonor apenas había hablado tres palabras durante todo aquel día, y no osaba siquiera preguntar por su hermano, á quien ella creía todavía en el castillo en rehenes hasta que se celebrase su casamiento. Pero en donde todo había ya cambiado de aspecto era en los patios.

El Velludo había mudado de traje, Usdrobal no había podido dar el golpe por falta de gente, Hernando veía que sus planes iban á malograrse, y no tardaron

los tres mucho tiempo en conocer que los vigilaban, y que prevenida, como ya estaba, la guarnicion del castillo, era imposible llevar adelante la empresa.

—Debemos, dijo Hernando, desistir de lo que ya fuera una temeridad, y vos, Velludo, debeis retiraros con vuestra gente.

—¿Y vos? preguntó el Velludo.

—Yo me quedo á completar mi venganza y á morir.

—Y yo con él, repuso Usdrobal, y Nuño afirmó lo mismo, aunque movido de muy diversas causas que aquel.

Dudó el Velludo un momento sin decidirse á nada; pero habiendo pensado cuán imprudente seria quedarse el allí únicamente á morir, determinó retirarse, aunque muy á su despecho, y enojado de haber errado aquel golpe que debia haberle colmado de gloria.

—¿Es posible penetrar en donde está ahora Leonor? preguntó su hermano luego que el Velludo se retiró.

—Ahora, respondió Usdrobal, no dejan entrar á nadie en la fortaleza.

—¿Y entonces ¡vive Dios! qué hacemos?

—Al anochecer en la capilla, repuso Usdrobal; yo os llevaré, y nos mezclaremos con los de la comitiva del rey. Es el momento de la venganza.

—Está bien, replicó el caballero, y se separaron.

VI.

Entretanto el atildado dean de Valladolid, vestida ya la estola sobre sus clericales ropas, aguardaba la hora en la sacristía, y ya estaba toda la iglesia iluminada soberbiamente con infinitad de hachas de cera, cuyo esplendor formaba cierto contraste con su arquitectura gótica, sombría y temerosa, y el color oscuro que los años habian prestado á sus muros.

Veíanse á un lado y otro varios sepulcros de los antiguos dueños de aquel castillo, y sobre ellos algunas estatuas de piedra toscamente trabajadas, unas de rodillas sobre la losa, y otras de pié en actitudes guerreras: y presentaba aquel sagrado recinto una mezcla de majestad y tristeza, una confusion de luz y de sombras, mas fácil de imaginar que de describir.

Sonó en fin la hora, y las espuelas de los caballeros y el rumor de los pasos que sonaban sordamente eleco, anunció la llegada del rey con su comitiva.

Ocuparon los que componian ésta, divididos en dos hileras, los dos frentes de la capilla con el mayor silencio, y algunos entre columnas ó arrimados á los sepulcros, hubiérase creído que eran sus habitantes que dejaban las tumbas para asistir á las bodas de su nieto con la desventurada de Iscar.

Ocupó el dean con sus dos acólitos la parte de la baranda de hierro que caía al altar, y los novios, teniendo cada uno su padrino y su madrina á su lado,

se arrodillaron sobre dos cojines árabes de la otra parte.

Todo estaba en silencio, y ni una tos ni un murmullo interrumpia la majestad de la ceremonia.

Una voz resonó como un trueno en aquel instante ¡muera! y tres hombres con sus espadas desnudas se arrojaron del fondo de la capilla hácia el altar. Pero mas de veinte se lanzaron al mismo tiempo delante de ellos y los detuvieron peleando, mientras otros gritaban:—*¡Profanacion! ¡Anatema!*

Los tres hombres se resistian, y aun adelantaban terreno: la desesperacion parecia que les prestaba fuerzas, y á cada golpe caia en tierra uno de sus enemigos.

En vano era el número, en vano el arrojo de sus contrarios, en vano estaban ya cubiertos de heridas, que ya se abrian paso entre la multitud, y dos de ellos, dos sobre todo, hubiérase dicho que eran inmortales, y que su espada era la del angel del esterminio.

Ya habian logrado llegar hasta la mitad de la capilla; su camino era un reguero de sangre, sus espadas, al reflejo de las luces, parecian de fuego, sus ojos áscuas al través de las barras de la visera, y ya empezaban todos á creer que eran demonios que venian por Saldaña, como presa que les estaba destinada hacia ya mucho tiempo.

No fué él tampoco el último que lo pensó; pero como era hombre de valor púsose en pié, y ya iba á echar mano á su espada, cuando una sombra, un espectro

que se levantó de una tumba y se deslizó junto á la baranda con direccion á él, se puso entre él y Leonor dejándole helado y sin movimiento.

Un grito de horror retumbó entonces sobre el estrépito de las armas y las voces de los combatientes; retiráronse amedrentados los dos padrinos, y el génio del mal, que tal parecia aquella fantasma, soltó una carcajada infernal, á tiempo que Leonor cayó en tierra anegada en su propia sangre. Este terrible suceso suspendió el combate y dejó á todos petrificados.

El espectro cogió de una mano á Saldaña.

—Mírala, le dijo, mírala... muerta. ¡Tiemblas! ¿Me conoces?

—¡Cielos! ¡Zoraida! gritó Saldaña, y cayó sin sentido.

—Sí, yo soy el demonio que te persigue. Yo soy Zoraida: ya me he vengado de tí.

Y diciendo así tomó el camino que habia traído, y volvió á hundirse en la tumba.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

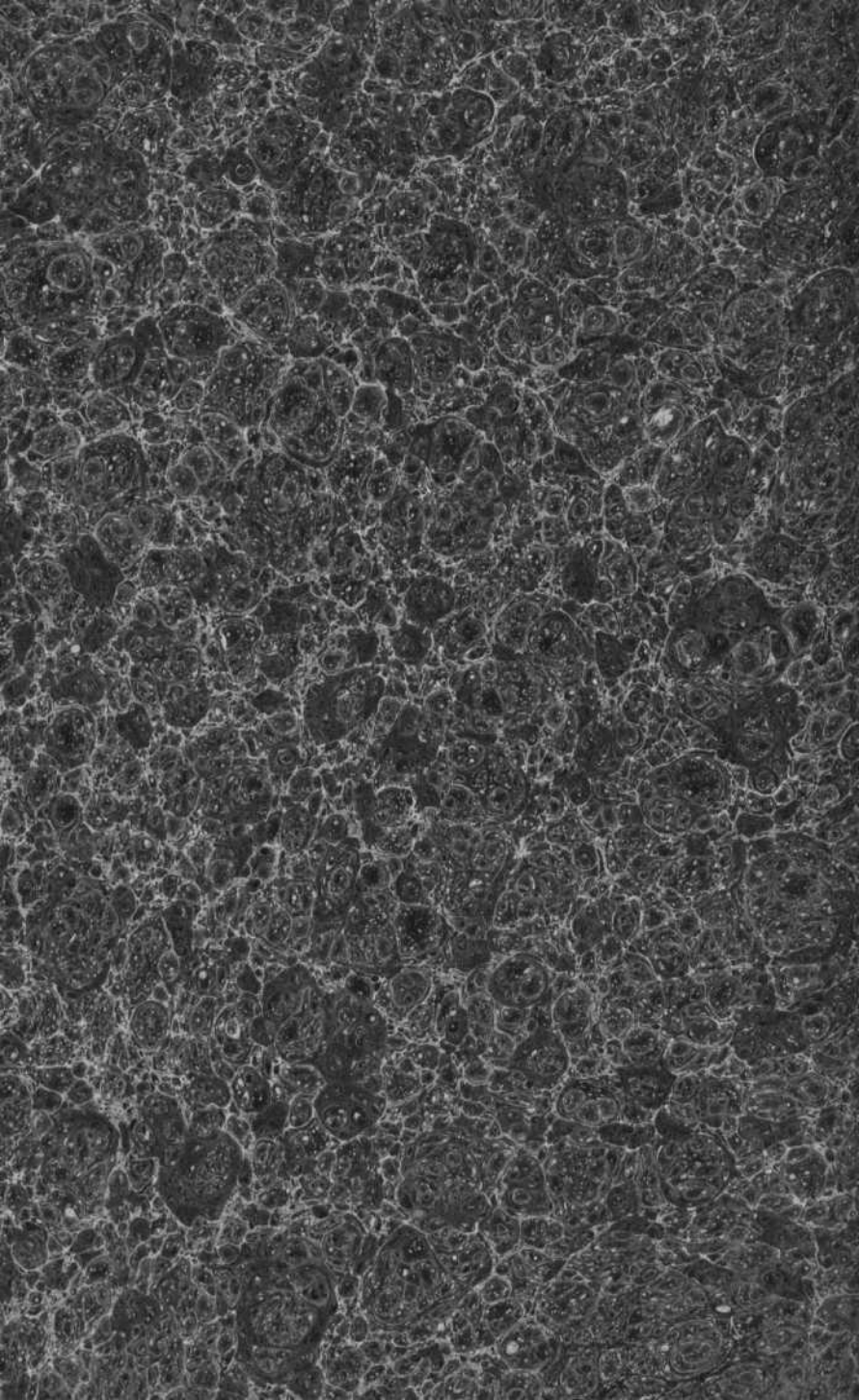
Capítulos.

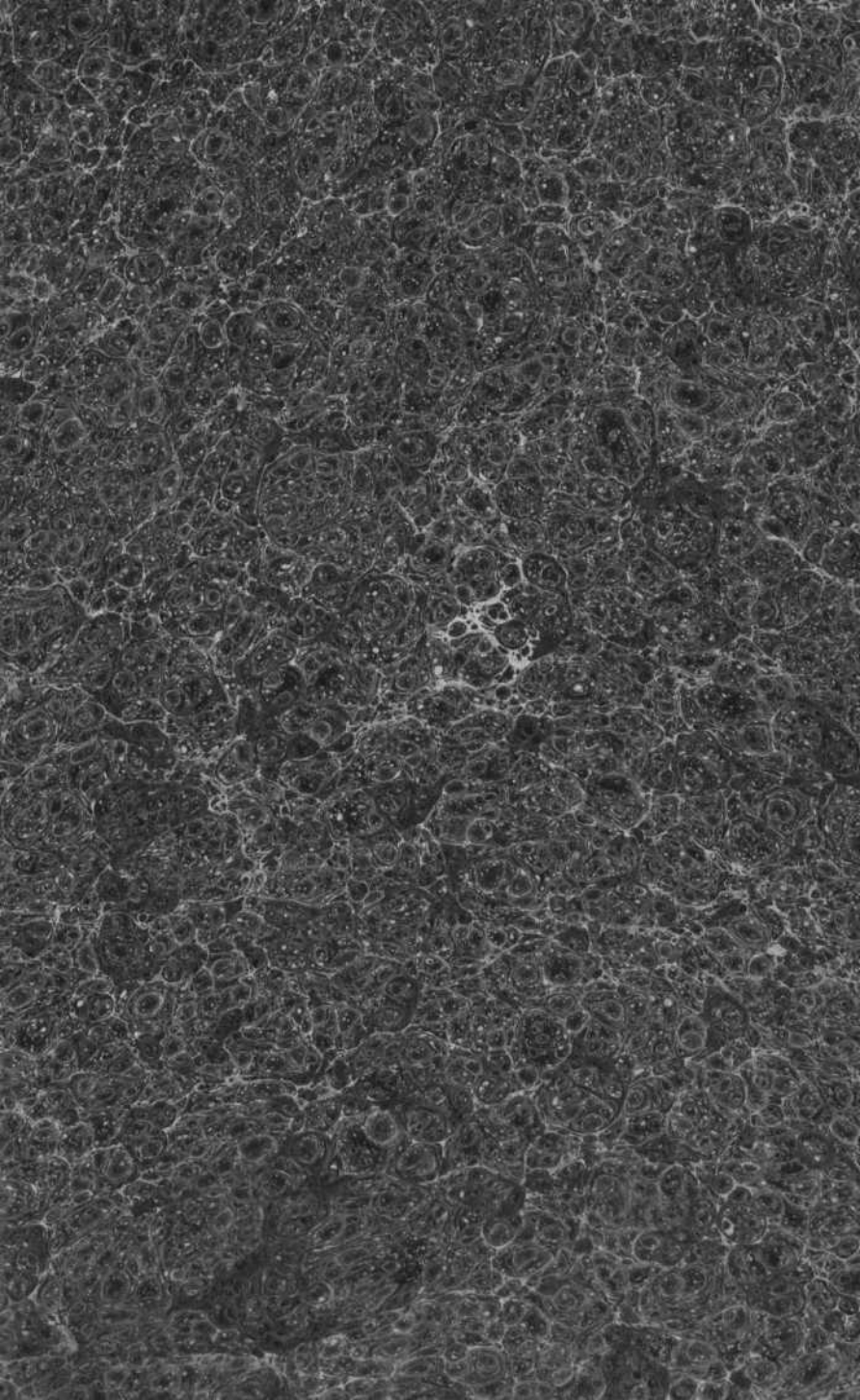
Páginas.

I.	1
II.	22
III.	40
IV.	81
V.	110
VI.	130
VII.	137
VIII.	157
IX.	186
X.	219
XI.	247
XII.	267
XIII.	287
XIV.	314
XV.	339
XVI.	356
XVII.	369
XVIII.	406
XIX.	414
XX.	418
XXI.	456
XXII.	466
XXIII.	480
XXIV.	488
XXV.	517

ÍNDICE.

Capítulos.	Páginas.
XXVI.	529
XXVII.	539
XXVIII.	551
XXIX.	566
XXX.	583
XXXI.	592
XXXII.	604
XXXIII.	613
XXXIV.	629
XXXV.	653
XXXVI.	672
XXXVII.	688
XXXVIII.	696
XXXIX.	704
XL.	706
XLI.	716
XLII.	721
XLIII.	739
XLIV.	758
XLV.	765
XLVI.	784
XLVII.	788
ULTIMO.	799







SALDAÑA

SANCHO

G 31161